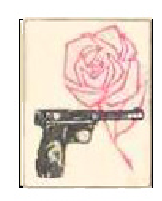


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El Dios Dólar, vol. 1 y 2

«Dólar» es el «malo» de esta aventura. Ha montado un negocio de cientos de billones de dólares (sí, Billones), para lo cual, respaldado por los listos codiciosos de siempre, ha hecho previamente una inversión enorme, incluyendo la construcción de un «hogar» de extrañas características.

El perverso señor «Dólar» tiene en marcha unos planes que podrían desencadenar la Tercera Guerra Mundial.



Lou Carrigan

El Dios Dólar, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 68

Brigitte en acción - 69

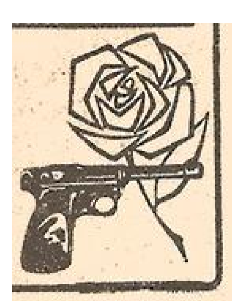
ePub r1.0

Titivillus 26.06.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

El hombre había estado vacilando durante largo rato, pero al fin se decidió a acercarse a la más bella dama de la espléndida fiesta en la embajada. Lo decidió cuando la bellísima mujer de ojos azules quedó sola un instante, ante el bufé en el que se servían las bebidas, tras una petición al camarero. Y cuando lo decidió, lo hizo rápidamente, como si temiera que le faltase el valor en el último momento, o que la bellísima dama volviera a estar acompañada… Era poco menos que milagroso que se encontrase sola…

—Perdón…

La bellísima dama de los maravillosos ojos azules volvió levemente la cabeza, para mirar al hombre. Y un brevísimo destello de admiración pasó por aquellas dos maravillas azules cuando quedaron fijas en el ejemplar masculino de más de seis pies, hombros anchísimos, cintura esbelta, cabellos rubios y ojos grises, que parecían despedir una luz de profunda inteligencia que se extendía por todo el varonil rostro tostado por el sol. En cuanto a elegancia, aquel magnífico ejemplar masculino parecía que toda su vida hubiese llevado esmoquin.

—Diga… —musitó la bella dama.

—Emmm… Espero que no la moleste mi atrevimiento, señorita… Todo lo que pretendo es presentarme. Temo que nuestros anfitriones han omitido ese detalle.

—Somos muchos invitados —sonrieron los ojos azules—. O quizá dan por descontado que todos sus invitados se conocen entre sí.

—Son dos posibilidades que hay que tener en cuenta —sonrió el apuesto atleta—. De todos modos, le aseguro que mis palabras no han querido… significar una crítica hacia nuestros anfitriones, naturalmente. Han sido solo una excusa hacia mí mismo por mi atrevimiento. ¿Me permite…?

El camarero se había acercado a donde estaba la bella dama, y había servido champaña en una copa, en la cual había ya una hermosa, guinda de un delicioso tono rojo. El hombre la tomó, ofreciéndola a la dama, mientras comentaba, tras una rápida mirada a la botella de champaña:

—Champaña Perignon 55… Un gusto excelente el suyo, señora.

—Señorita —aclaró la divina,

—Magnífico —suspiró el atleta rubio—. Realmente magnífico.

—¿El champaña?

—No, no… Me refiero al hecho de que sea usted soltera… Si me lo permite, le diré que hay algo en su copa de champaña…

La bellísima mujer de los inmensos ojos azules bebió un sorbo dé champaña y luego asintió con la cabeza.

—Una guinda —aclaró—. Es una guinda, señor…

—Oh… Bueno, he venido a presentarme, y resulta que me pongo a charlar… Boris Neuliyev, a sus pies. Siempre a sus pies.

—Muy amable… ¿Boris Neuliyev? Me parece una tontería preguntarle si es usted ruso, señor Neuliyev.

—De la mismísima Moscú, ciertamente. He sido agregado hace pocos días a la Embajada soviética en Nueva York.

—Supongo que con un cargo importante.

—Pues… la verdad es que no demasiado. ¿Le importa que beba champaña con usted?

—De ninguna manera. ¿Le gusta la fiesta?

Boris Neuliyev miró a su alrededor, casi con indiferencia. No cabía duda de la esplendidez de la fiesta en todos los sentidos. Bellas damas, elegantes caballeros, conversaciones interesantes, joyas, escotes, sonrisas, buenos modales…

—Me gusta. Como todas. En realidad, cualquier fiesta diplomática es igual a otra fiesta diplomática. ¿No lo cree así?

—Sin duda. A menos que en determinada fiesta se conozca a determinada persona más interesante que las demás.

—Lo cual sucede en contadísimas ocasiones. Esta, por ejemplo, es una de esas contadísimas ocasiones

—Otra amabilidad suya, señor Neuliyev. Oh… Supongo que usted está esperando saber con quién está hablando…

—Nunca he llorado por el hecho de que las estrellas me impidan ver el cielo.

—Señor Neuliyev —sonrió agradablemente sorprendida la dama—, si no me equivoco, esa frase, más o menos exacta, pertenece a Rabindranath Tagore, el poeta hindú… ¿No hay poetas en Rusia?

—Muchos. Yo mismo soy un poeta… Muy modesto, pero sincero… Estoy seguro de que usted ha entendido mi frase, señorita.

—Creo que sí. Veamos… Según entiendo, mi nombre es el cielo, pero no le interesa demasiado a usted porque yo soy las estrellas, y usted las considera más hermosas que el uniforme azul-negro nocturno del cielo… ¿Exacto?

—Absolutamente exacto.

—Es usted muy gentil. Pero, con el sentido práctico de los americanos, creo que sería conveniente ver las estrellas… y también el cielo, ¿no cree? Mi nombre es Brigitte Montfort.

—Mmm… ¿Francesa?

—Estadounidense, señor Neuliyev.

—Bien… Como el apellido…

—Una historia muy larga. ¿No le gustaría una guinda, con el champaña?

—Champaña con guinda… Debe de ser una combinación de gustos excelentes si usted lo toma. Yo también lo haré, con su permiso.

Hizo una seña al camarero, que dejó caer con las pinzas una guinda en su copa. Boris Neuliyev se quedó mirando la guinda a través del transparente champaña, y luego hizo un simpático gesto con los anchísimos hombros.

—Siempre se aprende algo… ¿Habla usted ruso, señorita Montfort?

—¡No! —mintió, riendo, la divina espía—. ¡Desde luego que no!

—¿Ni ha estado nunca en Rusia?

—Estuve una vez, un par de días… En Moscú. Llegué a Domodedovo, ese magnífico aeropuerto que tienen ustedes, llevando no sé qué cosa para unas personas. Solamente dos días, me dijeron que todo estaba bien, y volví a casa.

—¿Quizá llevó valija diplomática?

—No lo sé. Fue un encargo especial de unos amigos… Llegó un momento en que hasta temí que me hubiesen envuelto en algún asunto de espionaje… Pero no. Todo fue bien… En general, ustedes, los rusos, son simpáticos. Sobre todo cuando saben hablar en inglés.

—¿Le gustaría aprender el idioma ruso?

—Me gustaría… Pero temo que me llevaría demasiado tiempo.

Boris Neuliyev sonrió virilmente.

—Por eso mismo me ofrezco a enseñárselo.

Baby, de la CIA, la más astuta espía del mundo, se echó a reír alegremente.

—Tendré en cuenta su ofrecimiento, señor Neuliyev. Pero temo que los dos somos personas muy ocupadas.

—Siempre queda tiempo para la vida privada.

—¿Incluso a un ruso?

—Incluso a un ruso —frunció el ceño Neuliyev—. Creo que usted tiene una opinión equivocada de… ¿Le ocurre algo?

—No… No, no… Nada. ¿Me permite un instante?

—¿Se va usted? —se desencantó Boris.

—Volveré pronto —sonrió la espía, que nuevamente notó la vibración especial en el mecanismo secreto de su relojito de pulsera —. Será cuestión de unos minutos.

—¿Puedo esperarla? Creo que otra copa de Perignon no me hará ningún daño…

—Así lo espero. Hasta ahora, señor Neuliyev.

La divina espía cruzó todo el salón, repartiendo sonrisas a diestro y siniestro, pero demostrando con su actitud cortés que no podía detenerse a conversar. Salió al gran vestíbulo, y de allí fue al tocador de señoras. Como había temido, varias damas dedicaban parte de su tiempo a retocar lo pequeños desperfectos de su maquillaje, de modo que desde allí era imposible atender la llamada.

Decidió salir al jardín, buscó un lugar oscuro y solitario, abrió su bolsito y sacó la pequeña radio para comunicaciones a corta distancia. La accionó.

—¿Me está llamando, tío Charlie? —musitó.

—Si ha oído la vibración en el reloj, es que la llamo por la radio, ¿no? ¿Por qué ha tardado tanto en contestar?

—Estaba charlando con un ruso llamado Boris Neuliyev. Por cierto, averigüen quién es y qué hace aquí. Asegura estar agregado a la embajada rusa aquí, en Nueva…

—Deje eso ahora La necesitamos con toda urgencia… ¿Está en la embajada, en la fiesta…?

—Desde luego. Como nota interesante, solo el señor Neuliyev. ¿Por qué me necesitan con tanta urgencia?

—Tendrá que detener a un hombre. Si es posible, vivo. Si no pudiera detenerlo vivo, mátelo.

—Pero… ¿ahora?

—Cuanto antes.

—Bien —suspiró la espía—. ¿Quién es el hombre, dónde está, qué está haciendo…?

—Nos está espiando. Estamos reunidos algunos agentes en el Punto Nueve del Sector de Nueva York, recibiendo informes directos de uno de nuestros hombres recién llegados de Europa… Pues bien: en el tejado número seis de los circundantes hay un hombre que nos está vigilando… Ha lanzado un dardomicrófono con un fusil de aire, y está escuchando lo que hablamos… Excepto esta conversación con usted, naturalmente. ¿Lo ha entendido todo bien?

—Desde luego. Salgo para ahí inmediatamente. Sigan hablando, que él no se vaya.

—De acuerdo.

—Hasta ahora, tío Charlie. Y dígame…, ¿qué haría usted sin mí, querido?

Cortó la comunicación, abrió la pequeña radio, movió apenas una pieza, la volvió a cerrar y apretó el botoncito de llamada. Apenas cinco segundos más tarde oía la voz de Peggy, su linda y fiel doncella, desde su lujoso apartamento en la Quinta Avenida, no lejos de allí.

—Dígame, señorita.

—Peggy, recoge mi «Elemento 14», toma un taxi y apéate en el cruce de la Pelham Bay y la Tercera Avenida, en el Bronx. Eso es todo.

—Enseguida, señorita.

—Exactamente eso es: enseguida.

Cerró la radio, la guardó en el bolsillo y se incorporó entre las flores y plantas. No se veía a nadie. Cruzó el jardín, salió al sendero, y poco después abandonaba la embajada, directa hacia su coche, rechazando con una sonrisa el ofrecimiento del empleado de la embajada que se ofreció para traérselo.

Subió, lo puso en marcha…

* * *

La doncella Peggy entró en el coche, en el cruce de Pelham Bay y la Tercera Avenida, tras despedir el taxi.

—Aquí lo tiene, señorita. ¿He tardado mucho?

—Lo has hecho bien, Peggy. Ahora, te dejaré unas pocas calles más arriba, y volverás a casa en otro taxi. Estate muy atenta a la radio privada, al teléfono y a la radio de bolsillo. Si alguien que no sea el tío Charlie preguntase por mí, dirás que estoy en la embajada.

—Sí, señorita.

Un par de minutos más tarde, Peggy se apeaba del rutilante auto de la espía internacional, y esta seguía inmediatamente su marcha hacia el Punto 9 del Sector de Nueva York, pensando en quién sería aquel hombre apostado en el tejado número seis de los circundantes al Punto 9. Fuese quien fuese, sería mejor para él que optase por dejarse atrapar vivo a la primera intentona…

* * *

Allá lo tenía.

Estaba tendido boca abajo sobre el tejado número seis, en efecto. Vestido completamente de negro, era apenas una sombra, casi imposible de distinguir. Pero cuando el juego va entre espías, la confianza es una moneda muy costosa.

Más allá, como a quince yardas, se veía la ventana que daba al patio interior del Punto 9 del Sector de Nueva York de la CIA. Y a través de los cristales, bajo una pantalla que arrojaba la luz recogida sobre la mesa, seis hombres, que parecían estar jugando al póquer. Uno de esos hombres era facilísimo de identificar para la agente Baby; menudo, con cara astuta, ojos diminutos, gesto avinagrado… El tío Charlie, o sea, Charles Alan Pitzer, el jefe de la CIA en el Sector de Nueva York…

El hombre vestido de negro no se movía lo más mínimo. Parecía imposible que Charles Pitzer hubiese podido enterarse de su presencia, pero, sin duda, habían recurrido a la luz negra tras oír el suave golpe del micrófono-dardo al clavarse en la ventana.

Lenta, silenciosamente, con movimientos seguros, como una gatita, la espía Baby, en otro tejado, el cinco circundante, empezó a

montar de modo indiferente el «Elemento 14», que, de parecer un paraguas plegable, pasó a ir tomando la forma de un fusil de tubo delgado, roscado en tres secciones. Una vez montado, incorporó a él el pequeño catalejo iluminado interiormente, y se lo colocó en uno de los desnudos hombros dorados de sol, que contrastaba peligrosamente con el ligero vestido de noche azul oscuro… Pero, con aquel riesgo y todo, la espía Baby pudo ver perfectamente, dentro del catalejo, la cabeza del hombre tendido en el tejado seis. Llevaba gorra, bigote, lentes… Demasiadas cosas, ya que si aquel hombre escapaba y se quitaba todo aquello, ni ella misma podría identificarlo si volvía a verlo.

De modo que no podía fallar el disparo.

Metió la diminuta cápsula de cristal por el tubo-fusil, volvió a apuntar con todo cuidado, y fue desviando el disparo hasta que supo que la cápsula de gas fulminante daría en el cuello del hombre, bajo la oreja. Inmediatamente, bajo los efectos del gas que saldría de la ampolla rota, el hombre quedaría desvanecido…

Y en aquel mismo momento el hombre se movió. Volvió la cabeza hacia atrás y a la derecha, esto es, precisamente, hacia donde estaba agazapada Brigitte, a punto de disparar.

El hombre debió de verla, porque hizo un movimiento como si quisiera ponerse rápidamente en pie.

«Plofff»…

Fue un sonido muy apagado el del disparo. En realidad, nadie que estuviese a más de quince pies de Brigitte podía oírlo. El hombre no pudo oírlo, por tanto… Pero, justo cuando había iniciado el movimiento para incorporarse, la capsulita de cristal iba ya hacia él… No dio bajo la oreja, sino en un ojo; lo cual era lo mismo a efectos de desvanecimiento, si bien los pequeños y delgadísimos trozos de cristal de la ampolla podían entrañar peligro para el ojo del hombre.

Este se encogió apenas iniciado el movimiento. Y bruscamente la cabeza cayó hacia delante, con fuerza, evidenciando una vez más la efectividad del gas fulminante…

Pero la cabeza cayó tan bruscamente y con tanta fuerza hacia adelante, que todo el cuerpo se desplazó con ella hacia el borde del tejado… Un brazo del hombre colgó fuera, con lento y breve balanceo. Luego, el cuerpo resbaló un poco más hacia el borde del

tejado… Brigitte se puso en pie velozmente, recorrió el tejado cinco y saltó al seis, silenciosa como un felino. Mientras tanto, el hombre se iba deslizando más y más sobre las tejas, hacia el peligroso borde, hacia el negro abismo del patio interior… Y Brigitte corría cuanto podía por el peligroso tejado inclinado, con sus zapatitos de tacón alto, su vestido de noche… Estaba a menos de cuatro o cinco pies del desvanecido individuo cuando pareció que algo tiraba del cuerpo hacia abajo… y las manos de la espía se cerraron, crispadas, donde una fracción de segundo antes había estado el pie derecho del desconocido.

Abajo se oyó un sordo golpe… Y eso fue todo.

Disgustada y consternada, Brigitte miró hacia la ventana donde se veían los seis hombres jugando al póquer… Uno de ellos estaba asomado allí, en silencio. Los demás se dirigían hacia la salida del cuarto, a toda prisa, pero sin agitación, con serenidad.

No poco disgustada consigo misma, Brigitte se descolgó por un canalón de desagüe hasta el patio, siempre como un dulce felino rebosante de facultades. Fue la primera en llegar junto al hombre. Tomó su mano y no encontró en ella ningún latido… En la cabeza del hombre se veía una mancha brillante…

Oyó los pasos precipitados tras ella, pero no se volvió hasta que, presionando suavemente con sus deditos en la muñeca izquierda del hombre, se convenció de que no había ni habría ya jamás ningún latido de vida en aquel cuerpo.

Los pasos se detuvieron tras ella, y brotó una delgada raya de luz, que fue directa al rostro del hombre, al mismo tiempo que se oía la áspera voz de Charles Pitzer:

—¿Está muerto?

—Lo siento, tío Charlie. Hay gente que cuando cae de esta altura se rompe un brazo, o una pierna… Este hombre se ha roto la cabeza.

—No esperaba este fallo de usted, Baby.

—Se movió un segundo antes de que yo disparase con el «14»… No pude hacer nada ya.

—Está bien, está bien… No se puede esperar que una persona tenga siempre éxito en sus trabajos. Vuelva a la fiesta, a la embajada. Aquí no ha pasado nada. Veamos el rostro de este hombre…

Pitzer arrancó el bigote del desconocido, único detalle que quedaba de su disfraz, ya que la gorra había saltada lejos, y los lentes se veían rotos en el suelo, cerca de la cabeza ensangrentada…

—Simón —dijo Pitzer—, encárguese de que este hombre sea llevado adonde conviene, que se le examine, que se le identifique si es posible, y que… ¿Todavía está usted aquí, Baby?

—Déjeme la linterna… —musitó la espía

La quitó de la mano de Pitzer, y dirigió la luz hacia la muñeca izquierda del hombre, que había estado sujetando hasta entonces. En el pequeño círculo de luz quedó visible la mano, parte del antebrazo velludo, y, por tanto, la muñeca.

Y en esta, en la parte interna, el tatuaje. El signo del dólar, claramente visible, en un tatuaje perfecto, nítido: $.

Pitzer se acuclilló junto al muerto.

—¿Qué es eso?

—El signo del dólar, tío Charlie. Se ve bien claro.

—¡Entonces, es posible que ese hombre me haya estado siguiendo desde Europa…! —oyó Brigitte.

Alzó la cabeza y se quedó mirando al hombre que había lanzado la exclamación, como un grito de alarma. No le conocía… Conocía a los demás, pero no a aquel hombre de la CIA.

—¿,Quién es él, tío Charlie? —inquirió.

—No le importa. Vuelva a la embajada.

—No sea grosero. Desde luego, es el mejor modo de demostrar cuál es su carácter, pero ahórrese esas demostraciones conmigo, haga el favor… ¿Quién es él?

—El agente llegado de Europa. Y como no pienso decirle nada más, ya puede largarse… ¡Y me importa un rábano que a usted le parezca grosero o simpático y gentil!

—Nunca me pareció usted simpático y gentil. Buenas noches a todos… y allá se las arreglen. Adiós, Simón.

—Adiós, Baby —sonrió el ayudante directo de Pitzer—. Ya nos veremos en mejor ocasión.

—Pero que no sea para pedirme ayuda. Porque cuando este individuo tan grosero y descarado vuelva a llamarme —señaló a Pitzer—, le diré que si quiere matar a alguien, o cazarlo vivo, que lo haga él.

—Váyase por donde vino —gruñó hoscamente Pitzer—: esto es,

por el tejado. Y cepíllese el vestido antes de volver a la fiesta.

* * *

Boris Neuliyev se quedó mirándola incrédulamente.

—¿Usted? Estaba convencido de que se había marchado…

—Sin embargo —sonrió Brigitte—, continúa usted en el mismo lugar, señor Neuliyev.

—Mi paciencia es infinita. Y, además, siempre he dicho que solo lo mejor es bueno.

—No sé si le comprendo…

—Se lo explicaré. Si usted se va y yo busco otra compañía femenina, demostraré que mi gusto es pésimo. Para no tener un gusto pésimo, todo lo que podía hacer era esperarla a usted. Si venía, bien… Si no venía, mala suerte. Pero, en todo caso, vale más no tener nada que tener algo feo, sin valor. O usted, o nada. Solo lo mejor es bueno.

—¿Y lo demás? —sonrió Brigitte—. Me refiero a lo que no es lo mejor… ¿Qué se puede hacer con lo que no es lo mejor?

—Nada. Dejarlo… Dejarlo para quienes puedan o quieran conformarse con ello. ¿Le ha ocurrido algo?

—¿A mí? —alzó las cejas Brigitte—. ¿Por qué?

—Ha tardado más de una hora… No sé… Pensé que quizá le había ocurrido algo desagradable…

—Nada en absoluto. Lo único desagradable que me ha ocurrido es que se me ha parado el reloj… ¿Qué hora es?

—¿Tiene prisa?

—Ninguna. Solo me gusta saber la hora.

—Pues son las… doce y cuarenta minutos. ¿Qué… hace?

Brigitte había cogido con sus dos manitas la muñeca de Boris Neuliyev y, al parecer sin proponérselo, subió las mangas de la chaqueta y de la camisa…

Pero no. No había ningún signo del dólar en aquella muñeca. Habría sido demasiada coincidencia. A veces, incluso temía que su deformación profesional estaba alcanzando un grado agudo que acabaría por desequilibrarla emocionalmente. Veía espías en todas partes, todo le parecía materia u objeto de espionaje… Y porque aquel hombre era ruso, le parecía que podía pertenecer a la MVD,

cosa que por otra parte no sería del todo descabellado, ni mucho menos…

—Miraba su reloj —sonrió—. ¿Es ruso?

—Ah… Oh, sí, sí… Naturalmente.

—Naturalmente —rio la divina espía—. ¿Ha terminado usted con todo el Perignon 55, señor Neuliyev?

—Ni mucho menos. ¿Y sabe una cosa? Empieza a gustarme eso de la guinda.

—Entonces, tomaremos los dos otra copa… Ha sido usted muy amable al esperarme, señor Neuliyev. La verdad es que recibí una llamada y tuve que ir a mi periódico; a solucionarles los problemas a unos cuantos buenos… y torpes muchachos.

—¿Es usted periodista?

—Así es.

Boris Neuliyev se quedó mirando fijamente los hermosísimos ojos azules y, por fin, sonrió, de aquel modo ancho, recio, varonil.

—Estoy seguro —musitó— de que siendo periodista no despreciará la oportunidad de aprender algo de ruso, señorita Montfort. Es claro que no se aprende en un día, pero, como en todas las cosas, lo difícil solo está en el principio.

—Bien… Puedo probar, desde luego…

—Tengo muchos días a su disposición.

—Pero tenemos que empezar esta noche, ahora mismo… Por ejemplo: ¿cómo se, dice, en ruso, «Invíteme a bailar, Boris»?

Capítulo II

La campanilla de la puerta de la floristería emitió aquel simpático y ya tan conocido tintineo cuando la espía internacional entró, con la cabeza vuelta hacia el escaparate donde, entre otras diversas clases de flores, se veían sus preferidas: rosas rojas

Estuvo unos segundos mirándolas y oliéndolas placenteramente, hasta que oyó a su espalda el rumor de unos pies grandes, soportando el peso de una persona de no poca envergadura.

Se volvió entonces, y sonrió al hombre que la miraba irónicamente desde detrás del mostrador.

—Hola, Simón.

—Hola, Baby. ¿Rosas rojas?

—Ah, sí… Como siempre. ¿Está el grosero de nuestro jefe por ahí dentro?

Simón asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Tiene problemas con una pistola automática de factura rusa. No creo que acepte visitas ahora.

—¿Qué pasa con esa pistola?

—Algo va mal en ella, y el jefe está intentando ponerla en marcha.

—Esperemos que no lo intente contra mí. ¿Su humor es tan malo como siempre?

—Como siempre. Si usted no fuese la agente Baby, yo le aconsejaría que lo dejase tranquilo.

—Pero, querido —sonrió Brigitte—, resulta que yo soy la agente Baby. Por tanto, una vez más afrontaré cualquier riesgo. Veamos cómo me recibe el monstruo.

—Mal, puede estar segura… ¿Qué lleva ahí?

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En la mano izquierda?

—Justamente en la mano izquierda.

—Pues llevo un periódico, es evidente.

—¿Un ejemplar del *Morning News*?

—De la competencia —rio ahora la espía—. De cuando en cuando, hasta los otros periódicos tienen noticias interesantes.

—¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo, cómo lavarse las manos sin mojárselas. Pero lo más divertido de todos los periódicos son los horóscopos.

—¿Los horóscopos…? ¿Qué dice el suyo de esta semana?

—Buena suerte en todo cuanto emprenda. Color de la suerte, el azul; número favorito, el siete; piedra mágica, el topacio… Ah, y me aconseja que no me detenga ante nada, que si pongo voluntad conseguiré todo cuanto me proponga.

—Ojalá ese horóscopo no se equivoque. ¿La anuncio?

—No. Le daré una agradable sorpresa al querido tío Charlie. Ya salgo, Simón.

—Esperemos que con vida. ¿Le preparo las rosas rojas?

—Como siempre: dos docenas

—*Okay*.

Brigitte entró en la trastienda, recorrió parte del oscuro pasillo, se detuvo ante una puerta, se inclinó y se dedicó durante unos segundos a atisbar por el ojo de la cerradura. Efectivamente: Charles Pitzer, sentado ante una mesa, tenía sobre esta una pistola, desmontada, y parecía irritado consigo mismo. Lo cual, indudablemente, se debía a que no tenía cerca a nadie en quien descargar su irritación.

La espía dio unos golpecitos en la puerta, tras incorporarse.

—¿Se puede? —preguntó dulcemente.

—¡No!

Obtenida la respuesta, que no le interesaba ni poco ni mucho, Brigitte empujó la puerta, entró, y se quedó mirando a su jefe directo en el Sector de Nueva York de la CIA.

—Muy buenas, querido tío Charlie.

—No tengo trabajo para usted, Baby. Puede marcharse.

—Tanta amabilidad me deja abrumada, querido. No se moleste: yo misma me conseguiré una silla.

Lo hizo. Cogió la primera que tuvo a mano, la acercó a la mesa, se sentó y se quedó mirando la pistola, profundamente interesada.

—Creo que no ha montado bien el sistema de percusión, tío Charlie —comentó.

—Nadie ha pedido sus consejos.

—Es una pistola rusa… Seguramente, las entiendo mejor que usted.

—Nadie ha de decirme qué es lo que falla en una pistola.

—Pues adelante. Será curioso ver cómo la monta… para que funcione. A menos que haga ese cambio en el sistema de percusión.

—¿No tiene trabajo en el *Morning News*? —gruñó Pitzer.

—Como siempre. Pura rutina. ¿De dónde ha sacado esa pistola?

—Por ahí.

—¿Es la del hombre que se mató anoche, cuando cayó del tejado?

Pitzer alzó la cabeza, por fin.

Miró aviesamente a Baby, refunfuñó algo y volvió a enfrascarse en la pistola de factura soviética.

—Yo creo —insistió Brigitte— que todo el fallo está en el sistema de percusión. Es corto. Esa pistola, por bien que usted la monte, jamás disparará.

—¿Se apuesta algo?

—Lo que quiera, querido tío Charlie.

—Voy a montarla en quince segundos. Pondré una bala en la recámara, apuntaré a su hermoso busto… y apretaré el gatillo. Como usted dice que esta pistola no funcionará jamás si no cambiamos el sistema de percusión, nada puede ocurrirle.

—Apuesta aceptada. Pero usted también tiene que apostar algo.

—¿Qué cosa?

—Contestar a algunas preguntas de esta humilde espía, servidora de usted, de la CIA, de Estados Unidos y de la Paz Mundial.

—No me gusta contestar preguntas.

—Tampoco a mí me gusta que disparen contra mis lindos senos, querido cariñoso tío Charlie. Y he aceptado ese tonto juego.

Pitzer volvió a refunfuñar algo. Armó rápidamente la pistola, colocó una bala en la recámara y apuntó al pecho de Brigitte.

—¿Lista?

—Cuando quiera.

El jefe de la CIA en el Sector de Nueva York quedó muy serio, fijos sus ojos en el tenso, erguido seno izquierdo de la espía más peligrosa del mundo. Su dedo índice comenzó a crisparse… Alzó la

mirada hacia los azules ojos… y solo vio en ellos una sonrisa irónica, casi fría, congelada.

—Usted sabe que no voy a disparar —musitó al fin Pitzer.

—Eso no importa, querido, porque, aunque disparase, nada me ocurriría. Véalo.

La delicadísima manita de Brigitte se apoderó de la pistola tan rápidamente que Pitzer ni siquiera tuvo tiempo de pensar en evitarlo. Cuando vino a darse cuenta, la punta de la pistola estaba apoyada sobre el puntiagudo seno. Y el dedo índice de Brigitte apretó el gatillo. Se oyó un «cloc» metálico, apagado… Y eso fue todo.

—Está loca —tartamudeó Pitzer—. Ha podido matarse…

—La pistola no funcionará mientras no cambiemos el sistema de percusión —insistió Brigitte—. Y ahora, puesto que ya he ganado la apuesta, pasemos a las preguntas. Empezando por esta: ¿de quién es o era esta pistola?

—Del hombre que se abrió la cabeza anoche, en efecto.

—Es curioso… Un hombre bien equipado con disfraz, micrófono, receptor-grabador… y, en cambio, lleva una pistola que no puede matar. ¿Se sabe algo respecto al hombre?

—No. Nada absolutamente.

—Mala suerte. ¿Y respecto a Boris Neuliyev?

—Sobre ese se saben muchas cosas. Es diplomático, en efecto. Estudiante en Moscú, muy inteligente, soltero, con madre en Rusia… No hay la menor sospecha sobre él relacionada con asuntos de espionaje.

—Me lo temía —suspiró la espía, decepcionada—. De manera que dejaremos aparte al buen y simpático ruso llamado Boris y seguiremos con el asunto importante. ¿Qué pasó anoche después de que me fui de allí?

—Subimos al tejado y recogimos el equipo del muerto.

—¿Qué nombre estaba usando en Estados Unidos?

—Axe1 Mosel.

—¿Alemán?

—Eso decían sus documentos. Pero ningún ciudadano alemán llamado así había entrado en Estados Unidos en la fecha que indicaba el pasaporte del muerto.

—¿Llevaba encima incluso un pasaporte?

—Sí.

—Asombroso. Pasaporte falso, pistola sin percutor útil, sistema de micrófono y recepción… Un espía, desde luego. ¿Alemán?

—Creemos que no.

—¿Ruso, quizás?

—No sabemos.

—En resumen, tío Charlie, todo lo que se sabe de ese hombre que llevaba pasaporte a nombre de Axel Mosel es que, en su muñeca izquierda, llevaba tatuado el signo del dólar.

—Así es. Lo cual no significa nada. Hay millones de personas que van tatuadas… Y cada uno elige el tatuaje que más le gusta. Axel Mosel, según parece, eligió el signo del dólar para tatuarse.

—Sí… Muy interesante.

—¿Qué ve de interesante en ello? —se asombró Pitzer.

—Dígame, tío Charlie… Respecto al agente que llegó de Europa…

—Se halla descansando ahora. Prohibido molestarlo.

—¿Dónde está descansando?

—En un lugar. Olvídelo.

—Lo intentaré. ¿Qué fue lo que ese muchacho descubrió en Europa? Charles Pitzer quedó unos segundos pensativo. Por fin, asintió con la cabeza, como dando a entender que no perdía nada hablando con su mejor agente.

—Dólares.

—¿Dólares? —musitó Baby.

—Dólares americanos. Cientos de miles de dólares americanos.

—¿Falsos, quizás?

—Falsos. Forman parte de la llamada «Operación Dólar».

—«Operación Dólar»… ¿En qué consiste?

—No lo sabemos. Pero parece que debemos suponer que pretenden pasarlos en Estados Unidos… En cuya caso, el Departamento del Tesoro, o el FBI, se encargaría del asunto.

—Me parece lo más adecuado —susurró Brigitte—. ¿Y qué más?

—¿Qué más? —gruñó Pitzer—. No la entiendo…

—Bueno… Por supuesto, la CIA mete las narices en todas partes, tío Charlie. Pero me pregunto si concedería demasiada importancia a la producción de unos cuantos cientos de miles de dólares falsos. ¿Qué más hay sobre ello?

—Tenemos… una impresión determinada sobre el asunto. Parece que el agente que llegó de Europa obtuvo esos informes de un modo demasiado… fácil. Me refiero a los informes de la creación de dólares falsos, el nombre de «Operación Dólar»… Da la sensación de que alguien quiere que la CIA tenga noticias de la «Operación Dólar». Y, al mismo tiempo, quiere saber lo que la CIA opina sobre esa operación.

—No comprendo.

—¿Sabe lo que tenía Axel Mosel en el tejado, aparte del receptor-grabador?

—¿Qué tenía?

—Otro emisor. Pequeño, muy moderno. Estamos convencidos de que, aparte de escuchar los inicios de nuestra conversación en el Punto Nueve, y grabarla, la estuvo transmitiendo, a través del emisor, a otras personas.

—Es decir, que alguien se enteró de todo… ¿No es eso?

—Eso es.

—Bien… Parece mucha molestia, y un gran despliegue de fuerzas y recursos para conseguir poca cosa. Todo ello, según parece, lo está llevando a cabo un grupo de personas que están… fabricando unos miserables cientos de miles de dólares.

—Hay algo sorprendente en esto, Brigitte. Los dólares falsos se están manejando simultáneamente en varios sitios a la vez. Mmm… Creo que no me he expresado bien… He querido decir que aparecieron simultáneamente en varios lugares del mundo, muy distantes entre sí: Australia, Europa, Asia, África…

—¿Y en América no?

—No.

—Bueno… Es intrigante, ciertamente. Pero no demasiado sorprendente, ¿no es cierto? Casi diríamos que es razonable, ya que no van a poner en circulación unos cuantos millones de dólares, de pronto, en el mismo país o lugar.

—No es fácil pasar moneda falsa actualmente. Con lo cual, tenemos la opinión de que esos billetes se fabrican en el mismo lugar donde luego son puestos en circulación.

—¿Y…?

—Lo más curioso, lo sorprendente, es que todos los billetes han sido impresos con las mismas máquinas y planchas. Y fíjese bien

que digo con las mismas máquinas. Son detalles que un experto puede comprobar fácilmente. Aunque la plancha sea la misma, la máquina también tiene su importancia. En el sentido de que, con la misma plancha falsa, una máquina imprimirá mejor que otras los billetes, debido a diferentes presiones de los rodillos, diferentes tintas, diferentes maquinistas… No es este el caso. Todo parece la obra del mismo grupo de personas, de las mismas máquinas y planchas. Ahora, imagínese lo que significa andar por esos mares o continentes llevando encima todo ese equipo, de modo que se puedan imprimir billetes en Asia, Europa, África, Australia… ¿Se lo imagina?

—Parece que sería más sencillo pasar los billetes, simplemente.

—Cierto.

—Quizá sea eso lo que hacen.

—Todo es posible. Pero creemos que no. Luego, está ese asunto de la llamada «Operación Dólar»… Nos gustaría saber en qué consiste exactamente.

—Yo…

—Usted, no. Es un asunto de escasa envergadura política, de ninguna proyección internacional. A fin de cuentas, solo se trata de la fabricación de unos cuantos dólares falsos.

Brigitte quedó pensativa, fruncido graciosamente el ceño. Allá tenía un caso curioso. Muy curioso, si se tenía en cuenta la noticia que ella había leído en el periódico que tenía todavía en la mano izquierda. Una noticia que normalmente no habría llamado su atención ni siquiera habiendo estado en primera plana.

—Emmm… En este periódico, tío Charlie, hay una noticia que me parece curiosa. Está en las páginas interiores, en pocas líneas… No se le ha concedido ninguna importancia.

—¿Y la tiene?

—Puede tenerla.

—¿Qué noticia es esa?

—Pues… se trata del asesinato de un banquero italiano. Parece ser que estaba veraneando en la localidad estival italiana llamada Portofino. La Policía italiana, de acuerdo a cómo encontraron la escena del… crimen, ha deducido lo siguiente: el banquero asesinado estaba en el despacho de la villa que tenía alquilada en Portofino, y un hombre entró en ese despacho por el ventanal que

da al jardín, cerca del mar. Se ignora exactamente lo que pasó, pero lo cierto es que el banquero italiano estaba tendido de bruces, en el suelo, con una pistola en la mano y dos balas en el pecho. Y junto al ventanal, de espaldas al banquero, estaba el asesino, con una bala en la espalda, que había sido disparada por el banquero. ¿Lo entiende?

—Desde luego. El asesino entró, debió de disparar contra el banquero italiano, y cuando escapaba el banquero lo mató a él pese a estar malherido.

—Y murieron los dos.

—Esa es la noticia.

—Parece más bien una cuestión policíaca que de espionaje… ¿Qué nos importa eso a nosotros?

—La parte final de la noticia dice que la única pista de que dispone la Policía para encontrar la identificación del asesino, es el signo del dólar tatuado en su muñeca izquierda.

—¿Cómo…?

—El asesino llevaba una documentación italiana, a nombre de Marino Venitole; estaba alojado hacía dos días en el Albergo Portofino, que es un hotel de lujo construido sobre unas rocas, sobre la playa. Pero la documentación es falsa, el nombre es falso… y el tatuaje es verdadero. El signo del dólar tatuado en su muñeca izquierda.

—Bien… Puede ser casualidad…

—Claro. Puede ser casualidad.

—Capto perfectamente su ironía —gruñó Pitzer—. ¿Qué demonios quiere usted? ¿Ir a Portofino, acaso? Sea o no sea casualidad, el asunto de los dólares falsos no es de nuestra incumbencia.

—Depende de lo que quieran hacer con esos dólares falsos.

—Mire, Brigitte, no me parece inteligente su actitud. No insista. Tenemos en Europa muchos agentes que, si es necesario, se encargarán del asunto. Vaya a su periódico, viva tranquilamente, y si sale algo digno de la agente Baby, no dude que la llamaré.

—Quiero hablar con el agente que llegó de Europa.

—No.

—Dígame qué nombre está utilizando ahora, durante su descanso en Estados Unidos.

—No.
—¿No quiere decirme dónde está, ni…?
—No.
—Bien —Brigitte cogió la pistola, la desmontó, la estuvo mirando unos segundos y volvió a montarla, velozmente—. Parece que su decisión es firme, tío Charlie.
—Lo es.
—Entonces, no tengo nada más que hablar con un tipo tan antipático como usted. Adiós.
—Adiós. Y le diré una cosa: nunca creí que la agente Baby fuese de las personas que pierden el tiempo. Y lo ha perdido al venir aquí.
—Yo siempre hago algo útil, querido. Si pone una bala en esa pistola, tenga cuidado con ella.
Salió de la trastienda.
Afuera, Simón le había preparado ya un ramo de dos docenas de rosas rojas, como siempre. La señorita Montfort era una buena y asidua clienta de la floristería…
—Es un ramo encantador, Simón. Naturalmente, por cuenta de la CIA.
—¡Qué remedio…! —sonrió el espía.
—Es una atención de la CIA hacia mí esto de tener una floristería a mi disposición, ¿no le parece?
—Usted merece mucho más, divina.
—Ha llegado usted a mi corazón… Cualquier día dejaré que me invite a cenar.
—Sueña el rey en sus riquezas —suspiró Simón—. Y yo sueño algo que nunca llegará… Supongo que es una broma.
—No es broma. Cualquier día se lo permitiré. Es usted siempre muy amable, simpático y atento conmigo… Y abusando de eso, Simón, quería pedirle un pequeño favor que… ¿Qué es eso?
—Un papel —le estaba entregando Simón—. Un pequeño papel en el cual está escrito el «pequeño favor» que iba a pedirme. Se lo iba a dar de todas maneras, y he salido ganando con sus simpáticas palabras.
Brigitte leyó el papel y miró amablemente a su compañero de espionaje.
—¿Sabía que le iba a pedir esto?
—Lo sabía. Pero, favor por favor, Baby: ese nombre, y la

dirección, lo ha conseguido usted solita. Por algo es la espía más astuta del mundo… ¿*Okay*?

—*Okay*, Simón. Y… ¿sabe?, ¡usted tampoco es tonto!

—¿Respecto a lo de la cena juntos…?

—Yo solo tengo una palabra, querido. Usted dirá la fecha.

—Bien. Creo que esperaré a que usted arregle eso de la intrigante «Operación Dólar». Si he estado esperando… ¡¿Qué pasa…?!

Una enorme pistola apareció, de pronto, en la mano de Simón, mientras este se precipitaba hacia la trastienda, tras oír el apagado «plop» y el grito de sobresalto de Charles Pitzer… Brigitte se quedó ante el mostrador, oliendo las rosas rojas con expresión de querubín… Cuando los dos hombres salieron, pálido Simón y lívido Charles Pitzer, su expresión de querubín había llegado al máximo.

—¿Ha ocurrido algo? —murmuró dulcemente.

—¡Usted arregló la pistola! —aulló, tartamudeando, Pitzer.

—En efecto.

—¡Debió advertírmelo! Menos mal que se me ha ocurrido disparar al suelo, que si disparo contra mi pie…

—Pues habría un cojo más, querido. Ya le dije que yo siempre hago algo útil, y que tuviera cuidado con la pistola.

—¿Cómo… cómo ha logrado que funcione…?

—Adiós, caballeros. Y gracias por las rosas rojas.

* * *

Si la dirección escrita por Simón era cierta, el agente de Europa estaba descansando en aquella bonita, solitaria y diminuta cabaña, junto al lago. Una buena manera de descansar de los peligros de ser espía es dedicarse a la pesca, ocupación que deja mucho tiempo para pensar…, y, por tanto, quizás haga brotar la sensatísima idea de dedicarse a otra cosa y que se dediquen otros al espionaje.

Pero el agente llegado de Europa, que estaba aposentado por la CIA en aquella cabaña, con el nombre de Arnold Arden, no se dedicaba a la pesca. Ni a ninguna otra actividad recreativa, a menos que consideremos como tal el sueño.

Una vuelta por los alrededores de la cabaña convenció a Brigitte de que Arnold Arden debía de estar durmiendo. El silencio de la

tarde era completo, absoluto. Pasaron unos cuantos patos hacia el Sur, pero no graznaron ni una sola vez siquiera…

Brigitte se acercó a la cabaña un poco más, no poco escamada. Ciertamente, los espías también duermen, pero un hombre con la tensión nerviosa que debía de tener Arnold Arden, que había insinuado la noche anterior que habían llegado persiguiéndole desde Europa, debía de dormir solo con un ojo y un oído…

—¡Arden! —llamó—. ¡Arnold Arden!

Y justamente entonces, cuando toda la respuesta que obtuvo fue el suave rumor de los pinabetes al agitarse bajo el ligero viento del Norte, la espía comprendió que todo estaba decidido.

Empujó la puerta de la cabaña, que cedió con agudo chirrido. Y ese fue el último detalle.

Cierto.

Tristemente cierto.

Arnold Arden estaba tendido en el piso de tablas de la cabaña, de bruces, con una fea mancha roja ya seca en la espalda, sobre la camisa de franela. Todavía sin tocarlo, ya que no se hizo la menor ilusión de que su compañero de la CIA estuviese vivo, Brigitte se dio una vuelta por la cabaña. Había dos rifles de caza, cañas de pescar, dos catres, chimenea, una despensa con algunos botes de conservas, y pan… Sobre uno de los catres, una maleta de piel, tipo bolsa, que todavía contenía algunas cosas.

Pensó en la conveniencia de avisar para que viniesen a buscar en la cabaña huellas diferentes a las de su compañero, pero desechó inmediatamente la idea. No habría huellas. No habría nada. Solamente, su compañero de Europa, asesinado por la espalda.

Se acuclilló junto a él y le dio la vuelta, despacio, como resistiéndose a abandonar la última esperanza de un soplo de vida en aquel cuerpo que cedió blandamente. Pero no eran necesarias tantas precauciones, tanta delicadeza, porque Arnold Arden, el agente llegado da Europa, estaba bien muerto.

Y tenía, en la frente, marcado el signo del Dólar: $.

La espía, internacional quedó petrificada un instante, notando al mismo tiempo como un golpe en pleno corazón. Desconcierto, sorpresa, y, finalmente, una furia lenta, que llevó a sus ojos aquella clásica expresión congelada.

Ya no tocó ni miró nada más.

Salió de la cabaña, fue a su coche, entró, y bajó un compartimento del tablier. Descolgó el auricular del radioteléfono, pidió comunicación con la floristería, y cuando contestaron allá, preguntó:

—¿Simón?

—…

—Soy yo. Los espero a los dos en la dirección que me dio esta mañana.

* * *

Charles Pitzer dejó de mirar el signo del dólar marcado en la frente de Arnold Arden. Evidentemente, había sido estampado con un sello de goma, con tinta fuerte, pero fácil de borrar. No era un tatuaje indeleble, como el del hombre llamado Axel Mosel, muerto por rotura de cabeza al caer desde el tejado…

—Parece… un desafío —comentó Simón—. Arnold Arden vino de Europa con muchos datos, que parecía haber recibido… graciosamente, como si quisieran que la CIA estuviera al corriente, al menos, del inicio de la «Operación Dólar». No sabemos lo que es esa operación, ni en qué consiste, pero ellos quieren que la CIA intervenga.

Pitzer se puso en pie, sombrío el gesto, moviendo afirmativamente la cabeza. Sus duros y fríos ojos se clavaron en Brigitte, que permanecía en pie, con un cigarrillo entre los finos deditos.

—Pues si quieren que la CIA intervenga, vamos a darles gusto… ¿Qué dice usted, agente Baby?

—Saldré mañana hacia Portofino —dijo fríamente la mejor espía del mundo.

—¿Por qué hacia Portofino?

—Porque allí empezó a reunir datos el agente llegado de Europa. No me importa cómo se llamase en realidad Arnold Arden, tío Charlie. Pero acepte usted apuestas a que esa «Operación Dólar» va a fracasar… Les enviaré una postal desde Portofino.

Capítulo III

Dos días más tarde, un poco antes de la hora del almuerzo, un pequeño y airoso Fiat 850 Coupé se detenía en la rotonda del Albergo Portofino, cerca de la suntuosa entrada. Un coche que, ciertamente, no significaba un considerable poderío económico, y que parecía sugerir la imposibilidad de su ocupante para ocupar una *suite* en el carísimo hotel.

De un modo u otro, la persona que descendió del pequeño automóvil deportivo merecía la atención de cualquiera. Estatura mediana, cuerpo escultural, cabellos negrísimos, restallante de hermosura con su minifalda, su bolsito, sus enormes lentes para el sol de la más pura línea «op», su piel dorada por el sol… Y, sobre todo, la gracia de su caminar, la maravillosa cadencia de cada uno de sus pasos, directos hacia la entrada del hotel, en la cual dos botones parecían dudar respecto a la conveniencia de conceder importancia profesional a la viajera.

También el portero dudaba. De una parte, el coche pequeño, de fácil adquisición. De otra, la indudable elegancia de la dama, su aire de natural señorío, su desenvoltura mundana…

Francesa. Sin duda era francesa.

Quizá sí. Pero lo cierto fue que cuando la bellísima mujer pasó junto a los indecisos botones y el portero, tendió a este las llaves de su pequeño automóvil, ordenando amablemente, en nítido italiano:

—Mi equipaje. Y guarden el coche.

Eso fue todo. Ni siquiera alzó la voz, ni tampoco sonrió. Dio una orden, entregó las llaves del auto y entró en el hotel.

El conserje también tenía sus conocimientos mundanos, y, nada más ver a la viajera, supo calibrarla entre lo mejor, pese a su atavío quizá demasiado juvenil y llamativo.

Ella llegó ante el mostrador, caminando como si ya conociera el hotel. Se quitó los lentes, dejando ver unos deslumbrantes ojos

azules, y dijo:

—Brigitte Saintmarie, de París. Reservé hace dos días una *suite*. La mejor, fueron mis instrucciones.

También habló en italiano, quizá con un ligerísimo acento francés, pero en verdad impecable.

—Oh, sí, señorita… Teníamos noticias de su llegada esta tarde…

—Pude adelantar el viaje. ¿Todo está preparado?

—Desde luego… Si se siente fatigada del viaje, ordenaré que suban el almuerzo a…

—Nunca me fatigo. ¿Se ve el mar desde mi terraza?

—Sí, sí…

—¿Y el sol, desde que sale hasta que se pone?

—Por supuesto. Sus instrucciones…

—Sé cuáles fueron mis instrucciones. ¿Hay servicio en este hotel?

El conserje enrojeció violentamente. Llamó por señas a otro botones, que convergió ante el mostrador con los otros dos, cada uno de los cuales llevaba una maleta. El primero se hizo cargo de la llave, y la comitiva, siguiendo a la viajera, se dirigió hacia el ascensor central, de espaldas al que, desde el interior del hotel, llevaba directamente a la playa.

—*Suite* 32 A.

El botones abrió la puerta, cedió el paso a la dama, y cuando esta hubo pasado miró a sus compañeros y puso los ojos en blanco, simulando besar algo, en éxtasis. Luego, se sonrojó tan violentamente, tan intensamente como el conserje, cuando, al dejar de besar «algo», se encontró con la azul mirada fija en sus negros y maliciosos ojos.

Pero la viajera llamada Brigitte Saintmarie no dijo nada. Ni siquiera alteró un músculo de su bellísimo rostro. Se adentró en la *suite*, corrió unas cortinas, echó un vistazo a la terraza, entró en el espacioso dormitorio, examinó el baño… Los tres botones parecían hipnotizados, alucinados ante aquella bellísima escultura viviente, plena de vitalidad, de energía.

—¿Tengo que compartir la *suite* con vosotros? —preguntó Brigitte.

—No… Oh, no, *Madame*…

—Pues dejad las maletas y la llave y marchaos. Entregad mis

documentos al conserje —los entregó— y decidle que bajaré a almorzar dentro de media hora, y que ordene que limpien mi coche.

—Sí, *Madame*…

—Esto es para vosotros.

—Muchas gracias, *Madame*.

—Y no volváis a llamarme *Madame*. Si acaso, *Mademoiselle*. Pero me gustaría más que os acostumbraseis a llamarme «signorina». Saintmarie. Estamos en Italia, ¿no es así?

—Sí, mad… «signorina».

—Podéis retiraros.

Los tres botones salieron a toda prisa, dejando sola a la hermosa y reciente huésped del lujosísimo Albergo Portofino. Y cuando la viajera quedó sola se desnudó, se metió en el baño y se duchó, simplemente, con agua fría, durante diez minutos, sonriendo tan dulcemente bajo la caricia del agua que no parecía la misma mujer autoritaria y escueta.

Se secó, salió desnuda del baño, abrió sus maletas, escogió un vestido y, antes de ponérselo, se miró en el espejo del tocador.

—Espejito, espejito… ¿quién es la más linda mujer del mundo? ¿Verdad que soy yo, la agente Baby? Muchas gracias.

Se puso otro vestido, cuya falda era normal en longitud, y unos finísimos y ligeros zapatitos azules, de altísimo tacón. Ciertamente, si el espejo hubiera podido contestar, habría dado una respuesta muy satisfactoria para la agente Baby.

La cual, mientras se vestía, iba repasando los datos que había recibido en el avión, por medio de un larguísimo cable cifrado, procedente del servicio de la CIA en París: «El banquero se llamaba Giulio Ferrani; la villa alquilada junto al mar, Villa Sale, una milla después de finalizar Via Marina, en Portofino». Eso había sido todo. Luego, en Orly, dos hombres la habían estado esperando al pie del avión. Hubo un cambio de miradas, ellos movieron la cabeza, indicando que ya no se sabía nada más, y eso fue todo. La viajera abandonó París, Francia, rumbo a Portofino, Italia. Apenas en esta, compró el coche, y… *voilá!*, ya estaba en Portofino la espía más astuta y eficaz con que contaba la CIA.

—Muy bien… Villa Sole, una milla después de finalizar Via Marina, en Portofino…

* * *

Desde la ventanilla derecha del coche, Brigitte estuvo unos minutos mirando Villa Sole, desde lejos. Grande, hermosa, moderna… Había muchas flores, pinos, y, a juzgar por el olor que llegaba hasta allí, no pocos naranjos. La verja estaba cerrada, y la casa se vislumbraba al fondo como una mancha roja y blanca, magnífica, sin duda con rincones íntimos a los que no podía llegar la vista de personas que estuviesen en el exterior.

De modo que convenía entrar, simplemente.

Se apeó del coche, fue a pie hasta la verja y tiró de la cadenita, que hizo sonar nítidamente una minúscula campanilla. Apenas diez segundos después, por entre los barrotes, vio a alguien salir de la casa…

Desde luego, era una mujer. Pero una mujer… especial. Alta casi hasta llegar a los seis pies, gruesa, enorme, de senos desproporcionados, grandísimos. Caminaba como si llevase una pesada carga sobre los hombros, y sus pies eran tan grandes como tres de Brigitte. Llevaba unos zapatos de goma, blancos, y una bata del mismo color… Cuando estuvo lo bastante cerca, la espía pudo ver aquel rostro brillante de sudor, de orejas enormes, boca descomunal… y un solo ojo, diminuto, negrísimo, brillante. Sobre el ojo, un parche blanco. Los dientes eran grandes, separados, amarillentos… Los pudo ver cuando aquella mujer sonrió amablemente, preguntando:

—¿Qué desea?

Brigitte se estremeció. Ciertamente, era una visión estremecedora. Repugnaba e imponía al mismo tiempo. Y, sobre todo, cuando el único ojo actuaba, era forzoso notar aquel escalofrío, aquel estremecimiento de pavor y repulsión.

—¿Esta es la villa del señor Giulio Ferrani?

—Sí… Esta es la villa, pero…

Se notaba la vacilación en el gesto de la mujer y en su voz ronca, áspera, rechinante.

—Sé que el señor Ferrani tuvo… un contratiempo —admitió la espía—. Pero tengo que hablar con alguien que sea importante en esta casa… ¿No hay nadie importante?

De nuevo la vacilación en la mujer.

—Dígame quién es usted y qué quiere —chirrió su voz—. Y vuelva mañana. Es posible que la reciban entonces.

—Mi nombre es Brigitte Saintmarie. Y dígale a quien sea importante aquí que el señor Ferrani me llamó hace unos días, a París…

—¿Por qué no vino entonces?

—No estaba en casa. Recibí su recado cuando… cuando ya era tarde.

—Tarde… ¿para qué?

—Mire… No tengo tiempo para perder en tonterías, señora… Dígale a quien sea que he venido a hablar de la «Operación Dólar». Estaré esperando aquí, en este lado de las verjas, solamente un par de minutos. Ni uno más.

La mujer estuvo mirándola unos segundos, con su único ojo fijo, cada vez más brillante, con una extraña expresión que desasosegó a Brigitte. De pronto, dio media vuelta y regresó a la casa.

Salió minuto y medio más tarde, caminando casi presurosamente. Era como un elefante intentando correr como una gacela. Y a medida que se iba acercando, la desagradable impresión de su presencia parecía penetrar en Brigitte como un estremecimiento de asco. Y otra cosa… La horrenda mujer gigante tenía bigote… Un bigote feo, negruzco, revuelto, feroz, que, al parecer, hacía ya tiempo que había desistido de depilar.

Abrió la puerta, sonriendo, enseñando de nuevo sus horribles dientes amarillos. Esperó a que Brigitte entrase, cerró, y, sorpresivamente, le pasó un brazo por los hombros, tiernamente.

—Pase, señorita, pase… La recibirán…

Brigitte miró aquella enorme mano, de uñas sucias y largas, como las garras de una pantera vieja; los dedos eran gordos, rojizos, deformes. Sobre su fino hombro descubierto, dorado de sol, como seda palpitante, aquello podía ser muy bien la garra de un ser de otro mundo aterrando a una terrestre, cayendo súbitamente sobre el hombro…

—No podía ser de otro modo —dijo, procurando conservar su tono seco, frío, seguro—. Vamos allá.

Cuando echaron a andar por el ancho sendero de losas hacia la casa, tuvo la esperanza de que aquella mujer quitara la mano de su hombro… Pero no fue así. Por el contrario, la mano fue

descendiendo por la espalda, hasta llegar a la cintura, que abrazó suavemente, cariñosamente, apretando con todo cuidado la esbeltísima cintura de la espía.

—El señor Moranti la recibirá enseguida, niña… En seguida, ya lo verá… Y se pondrá muy contento cuando la vea, tan joven, tan bonita…

—Sí… Supongo que se pondrá contento…

—El señor Moranti era el secretario del señor Ferrani… ¡Pobre señor Ferrani! Tan bueno, tan amable… ¡Y aquel ladrón miserable lo asesinó!

—Fue… fue una gran desgracia, ciertamente.

Estaban subiendo los tres escalones del gran porche pintado de blanco y rojo, y la enorme mano seguía presionando la delgada cintura de Brigitte, como un cerco de acero, casi abarcándola completamente, palpando como si quisiera convencerse de que bajo la tela, realmente, había la misma carne tierna y fina que cubría el hombro de Brigitte.

Cuando estuvieron dentro de la casa, la otra manaza de la mujerota ascendió, hasta que los dedos acariciaron levemente el fino rostro de Brigitte.

—El señor Moranti estará muy contento… Muy contento… Tan bonita y tan dulce, tan joven…

Brigitte estaba poco menos que abrazada por la mujer, que no dejaba de acariciarla. Habían aparecido unas gotitas de sudor en su frente estrecha y hosca, y los labios se veían húmedos, entreabiertos… Brigitte dio un paso atrás, deshaciendo el abrazo pegadizo de la mujer.

—Dígale que ya estoy aquí.

—Pero si ya lo sabe… Vaya allí… Aquella puerta. Solo tiene que entrar. El señor Moranti la está esperando, niña.

La espía se dirigió allí, casi temblando de asco. Y en los pocos pasos que mediaron hasta la puerta, volvió a estremecerse… ¿Cómo sería aquel señor Moranti? ¿Quizá se parecía a aquella mujer? ¿O sería peor que ella? Porque, tan solo que fuese igual, estaba segura de que echaría a correr, alejándose de Villa Sole…

Pero no.

De ninguna manera.

El señor Moranti, afortunadamente, era lo más opuesto que

pudiera buscarse a la mujerota del exterior. Alto, esbelto, magnífico en su albornoz azul celeste con rayas negras, bien peinado y todavía con ojos de sueño. Unos ojos dorados, inteligentes, simpáticos…, pero con expresión desconfiada. Un hombre joven y hermoso… que parecía estar no poco asustado.

—¿Dice que Giulio la mandó llamar? —preguntó bruscamente, sin preámbulo alguno.

—Así es. Mi nombre…

—Angela me ha dicho su nombre. Yo soy Enrico Moranti, secretario de Giulio Ferrani. Supongo que está al corriente de lo que sucedió hace unos días.

—Así es… ¿Y la familia del señor Ferrani?

—En Roma… Todos en Roma. Se fueron para el sepelio… y, naturalmente, ya no han vuelto. Estamos solos en la villa Angela y yo, de modo que le ruego sea breve y clara, señorita Saintmarie. ¿Para qué la llamó Giulio a París?

—Usted… va demasiado de prisa, señor Moranti.

—Y usted aseguró a Angela que no tenía tiempo que perder. Por tanto, creo que la estoy complaciendo al ir directo al asunto… ¿Qué sabe usted de la «Operación Dólar»? ¿A quién está vinculada para que Giulio la llamase a París, precisamente a París?

—¿Tiene París algo de extraordinario? Señor Moranti, yo le he dicho que vengo de París llamada por el señor Ferrani, y eso es todo lo que tenía que decir. ¿A usted no se le ocurre hacer algún… comentario oportuno?

Enrico Moranti sacó su fino pañuelo del bolsillo del albornoz y lo pasó lentamente por su frente, en la cual habían aparecido unas gotitas de sudor. Estaba terriblemente asustado, de eso no cabía duda. Y por si a Brigitte le quedaba alguna, solo le faltó ver la mirada tensa, casi angustiada, que Moranti lanzó a su alrededor, como si temiera ver aparecer a alguien a través de las paredes.

—Tiene que comprenderlo… Tienen que comprenderlo todos ustedes, señorita Saintmarie: yo ya no puedo colaborar, no puedo hacer nada… Absolutamente nada. Dígaselo así a *herr* Leonitz. Lo… lo siento de veras, pero no puedo hacer nada… ¡Nada! La… la verdad es que yo… yo intenté… disuadir a Giulio de su cambio de ideas con respecto al «Dios Dólar», pero no… no pude, no…

Brigitte no pudo evitar un parpadeo de desconcierto. ¿Dios

Dólar? ¿Qué era aquello?

—Quizá sería mejor que me lo explicase todo, señor Moranti. Es natural que yo deba interesarme en todos los detalles, compréndalo. Están esperando una respuesta.

—Sí… Sí, sí, lo sé…

—Bien… ¿Puedo sentarme?

—¡No!

—¿No?

—Quiero… quiero decir que no… no quiero hablar aquí. Eso es lo que quiero decirle… No he debido recibirla…

—Mi opinión es que debe tranquilizarse, señor Moranti. Y si eso solo puede conseguirlo fuera de esta casa, por mi parte no hay inconveniente en que nos veamos en otro lugar. Estoy en el Portofino, y…

—¡Allí no! ¿Está loca?

—Pues… ¿Dónde le parece a usted?

—No sé… ¡En el yate viejo!

—¿El yate viejo? ¿Es algún café, o…?

—Es, solamente, un yate viejo. Está en la playa, a un lado… Giulio lo trajo aquí para venderlo, porque había comprado otro más grande y nuevo. Podríamos vernos allí.

—¿Hay alguien en el yate?

—¡Claro que no!

—Bien… ¿Cómo se llama el yate?

—*Mare Nostrum.*

—Muy romántico. ¿A qué hora?

—A las diez… No. Mejor a las once.

—¿A las once? Pero ¡señor Moranti, son apenas las cuatro y media de la tarde…!

—No pensará que voy a reunirme con usted allá a plena luz del día, ¿verdad? Le aseguro que su visita no me gusta nada, señorita Saintmarie. ¿No se le ha ocurrido pensar que debo estar vigilado? Y si quiere un buen consejo, haga sus maletas.

—¿Cómo? —exclamó Brigitte.

—Recoja sus cosas. O, mejor, no recoja nada. Cuando nos veamos esta noche, podríamos salir directamente hacia Palma de Mallorca los dos, sin despedirnos… Eso sería muy inesperado para ellos… Aunque estoy seguro de que no nos dejarían llegar a Palma,

a ver a *herr* Leonitz. Con el «Dios Dólar» nos alcanzarían enseguida, y…

Enrico Moranti se calló bruscamente. Cada vez sudaba más y más copiosamente, a cada minuto que transcurría estaba más y más asustado. Palma de Mallorca, el «Dios Dólar», *herr* Leonitz… Desde luego, no cabía duda de que Moranti tenía información muy abundante y sustanciosa, de modo que convenía tener paciencia con él.

Y mucha astucia.

Era demasiada la suerte que había tenido para echarlo todo por la borda por unas horas de impaciencia. Llega a Portofino, se va a la Villa Sole, consigue entrar, conoce a Moranti, que empieza a charlar por los codos, muy asustado… Demasiada suerte para estropearla con precipitaciones, con prisas.

—Está bien, señor Moranti. Nos veremos a las once en el yate viejo llamado *Mare Nostrum*. Hasta entonces, piense en la conveniencia de serenarse.

—Usted está muy tranquila porque no la conocen, no la vigilan… ¡Me gustaría verla en mi lugar! No sé qué hacer, ni adónde ir, ni cómo esconderme… Llevo todos estos días temiendo que vengan a matarme de un momento a otro…

—Serénese. ¿Prefiere que me quede con usted?

—¡Claro que no! —chilló Moranti—. ¡Lo mejor que podría hacer es marcharse de una maldita vez!

Brigitte se puso en pie, sin inmutarse, fría como un témpano.

—A las once, en el *Mare Nostrum*. Adiós, señor Moranti.

—¿Qué… qué piensa hacer, mientras tanto?

—Pues… No sé. Creo que me tumbaré un par de horas en la playa, a tomar el sol. Me encanta tomar el sol. Después, me dedicaré…

—¿Va a estar dos horas a la vista de todos? —exclamó Moranti.

—Después —sonrió Brigitte—, me dedicaré a pasear por Portofino, puede que compre algunas cosas graciosas, conoceré tan típico lugar… Cenaré hacia las ocho, daré otro paseo, tomaré algo por ahí… Espero no aburrirme demasiado hasta las once. Adiós, señor Moranti. No se moleste en acompañarme a la puerta: podrían verlo desde fuera… Y con un rifle con mira telescópica, ¡zas!

Se puso en pie, vivamente, y se dirigió a la puerta del grandioso

living. Antes de salir, todavía dirigió una mirada al italiano, que había quedado pálido, mirando hacia el ventanal que daba a la terraza, sin duda sopesando aquella posibilidad del rifle con mira telescópica. Sí, un hombre muy asustado, del cual se podía sacar partido con astucia y paciencia.

Angela, la estremecedora Angela, apareció cuando Brigitte estaba cruzando el vestíbulo, y se dirigió velozmente hacia ella, igual que antes, como un elefante intentando imitar a una gacela. Adelantó una mano hacia Brigitte, pero esta se la sacudió de un huraño golpe.

—¡No me toque más! —gritó.

—Querida niña, solo quería…

—¡No me importa lo que usted quiera! ¡Quita esas manos de mi vista!

Angela se mordió los labios y quedó como clavada en el suelo, mostrando una vez más sus amarillos dientes, brillante su único ojo, húmeda la cara de sudor, agitadas sus enormes orejas, y, sobre todo, el fantástico seno, voluminoso hasta decuplicar el de la espía. Brigitte continuó adelante, oyendo tras ella el retemblar de la tierra bajo los descomunales pies de Angela. Cuando llegaron a la verja, la mujer con bigote la abrió, en silencio, y la espía salió de la villa, alejándose sin volver la cabeza, sin despedirse siquiera.

Y cuando se alejaba en su coche, iba pensando que, a veces, la realidad cambia las fantasías. Por ejemplo, ella sabía que había una obra que se llamaba *La bella y la bestia*… Pues bien, en aquella villa llamada Sole, la obra habría tenido que titularse *El bello y la bestia*…

Capítulo IV

Desde allí, tumbada al sol cerca del parasol de alegres colores, veía el yate *Mare Nostrum*. Efectivamente, merecía el calificativo de viejo. Se veía no poco antiguo, deslucido, y, para una persona con muchas amistades, no cabía duda de que era pequeño. No obstante, posiblemente se podría vender, a una persona menos ambiciosa, con menos amigos, y que estuviese dispuesta a gastarse unos miles de liras en pintarlo y repararlo un poco.

Bien… Según aquella revista, la formidable actriz y bellísima e interesante mujer en que se había convertido Sofía Loren, estaba otra vez esperando la visita de la cigüeña, procedente, ¡cómo no!, de París; una nueva esperanza para Sofía, que ya había visto frustradas anteriormente en un par de ocasiones, según decía allí. A Brigitte le gustaba Sofía Loren, no por su belleza y actual elegancia indiscutibles, sino porque, con el tiempo, había sabido utilizar su belleza no como la base de su carrera artística, sino como un complemento más. Actualmente, la bella Sofía Loren tenía una calidad que…

—¿Molesto?

Brigitte alzó la cabeza, para mirar a través de los oscuros cristales de sus grandes lentes al hombre que había hecho la pregunta. Estaba en *slip*, muy tostado por el sol; era de mediana estatura, pero con una anchura de hombros aterradora y una cintura delgadísima; se notaban claramente sus músculos abdominales, los bíceps, los pectorales, los desarrollados dorsales. Un auténtico guapo de balneario, que sabe que lo es y siempre está dispuesto a sacar partido de ello. O sea, lo contrario precisamente que hacía la Loren en la actualidad. También su rostro era hermoso, con unos grandes ojos negros rasgados, cabello ensortijado, boca grande y viril… El primer impacto visual, desde luego, era a favor del guapo de balneario, cuya edad difícilmente rebasaría los treinta.

—Si me priva del sol, sí que molesta —contestó tranquilamente la espía—. Un poco más allá no me molestará.

Sus ojos continuaron fijos en los del hombre, que se dedicaba a mirar su cuerpo en circuitos cerrados: de los pies a la cabeza, de la cabeza a los pies… Y vuelta a empezar, deteniéndose, naturalmente, en los detalles más representativos del sexo femenino.

Con toda cachaza, sin dejar de sonreír, el guapo muchacho se sentó en la arena, junto a la silla plegable que ocupaba Brigitte, propiedad del Albergo Portofino.

—Ya no le tapo el sol… *Non é vero, signorina?*

—Es verdad. Ya no lo tapa, pero lo afea.

—Estoy alojado en el hotel, también.

—Ah. ¿Y…?

—Somos vecinos.

—Eso parece. Ya he estado en muchos hoteles que no tienen mucha vista en la admisión de sus huéspedes.

—Usted… me está confundiendo, señorita. No soy lo que está pensando.

—¿No?

—No, no… Lo dice Antonino Trieste.

Brigitte se bajó los lentes hasta la puntita de la nariz y miró al muchacho con clarísima impertinencia.

—¿Usted es Antonino Trieste?

—*Ecco!*

—Vaya… ¿Y qué es lo que usted supone que estoy pensando sobre usted, Antonino Trieste?

—Usted, al verme tan atlético, tan guapo, con una sonrisa tan simpática que parece profesional, ha pensado que yo soy una especie de… *gigoló. Non é vero?*

—Lo he pensado. ¿Y… no es cierto?

—No, no… De verdad. Antonino es un hombre serio. Todo lo que se le puede criticar a Antonino es que resulta… demasiado guapo. Pero eso no es culpa mía, señorita. Si vamos a tomarlo de ese modo, también a usted habría que censurarla por ser tan hermosa. Y Antonino se pregunta: ¿es culpa de la «signorina» poseer esa belleza tan natural y maravillosa? ¡Claro que no! Y no me parece justo que porque una persona sea hermosa, los demás tengan que pensar cosas feas de ella…

¿No está de acuerdo conmigo, señorita?

—Me parece que no tengo otro remedio —sonrió Brigitte—. Nadie tiene la culpa de ser hermoso o feo, Antonino.

—*Ecco!* Y, entonces… ¿por qué trató usted tan mal a la pobre Angela?

Brigitte se sentó en la extensible, mirando con nuevo interés al guapo de balneario.

—¿Angela? —musitó.

—Angela, Angela, sí… Angela Lombarte, la pobre mujer que está en Villa Sole… Oh, fue usted muy cruel con ella, señorita Saintmarie.

—¿Se lo ha contado Angela? —preguntó Brigitte, sin alterarse.

—No, no… Tengo otros medios para enterarme de las cosas. No de todas, claro.

—Mmm… ¿Puedo yo aclararle alguna, Antonino? —sonrió fríamente la agente Baby.

—Pues sí, «signorina», sí… Pero, ante todo, créame, esto es muy desagradable para mí, porque parece como si uno fuese descortés… Usted me comprende, *non é vero?*

—Desde luego, le comprendo muy bien. Por tanto, si tiene algo que preguntarme, yo seré lo más amable posible con usted.

Antonino Trieste alzó los ojos al cielo, como en éxtasis.

—*Ma ché cosa, mamma mia…!* ¿Te das cuenta, desde allá arriba, en el cielo? Siempre hay personas inteligentes en este feo mundo pintado de color sol… Es una lástima que esas personas…

—Esas personas… ¿qué?

—¿No tiene un cigarrillo, por favor?

—Desde luego.

Brigitte cogió su bolsita de playa, lo abrió, sacó el paquete de cigarrillos y los hizo saltar, ofreciendo uno a Antonino. Luego, sacó el encendedor, le dio fuego y encendió el que se había puesto en los labios. Antonino sonrió amablemente, dirigiendo una rápida mirada al encendedor, pero no comentó nada sobre él.

—Entendemos, señorita Saintmarie, que *herr* Leonitz está en España… En Palma de Mallorca, concretamente. ¿Es cierto eso?

—Usted sabrá, Antonino.

—Mmm… Sí… Parece que sí, que *herr* Leonitz está en Palma de Mallorca. Bello lugar, ¿no cree?

—Muy bello.

—¿Ha estado allí?

—Estuve no hace mucho. Pero poco tiempo, de paso.

—Lástima. Debió haber disfrutado más de aquel lugar. Dígame: ¿en calidad de qué está usted trabajando para *herr* Leonitz? ¿Por qué la mandó llamar Giulio Ferrani a París?

—Si se lo digo —sonrió Brigitte, dulcemente ahora—, no se lo va a creer, jovencito.

—Inténtelo. Yo soy un caballero, y, en general, jamás dudo de lo que me dice una dama… ¿Para qué la llamó?

—Mencionaba algo de una cierta «Operación Dólar», que me pareció… muy sugestiva… Me sugirió mucho dinero. Y Brigitte Saintmarie siempre procura estar donde hay mucho dinero. De modo que acepté… cuando volví de realizar otro trabajo fuera de París.

—Bien, bien… ¿Para qué la llamó Giulio Ferrani?

—Me contrató como guardaespaldas.

—¡Oh, vamos, «signorina…»! —rio Trieste—. ¡Eso no se lo cree ni usted misma!

—Me advirtió de que era un caso serio, y que estaba dispuesto a pagarme muy bien. Ya en otra ocasión, hace algunos años, tuve tratos con Giulio Ferrani, y me pagó espléndidamente. Creo que hizo una jugada sucia, de mucho dinero, pero a mí no me importó, ya que cobré un sueldo muy razonable; generoso, en realidad.

—¿De modo que usted es una… guardaespaldas?

—Nadie lo diría, ¿no es cierto, Antonino?

—No, ciertamente… Nadie lo diría.

—Por eso soy efectiva. Parezco una dulce jovencita, que puede ser considerada como la última amiguita de quien me contrata. Eso confía a mucha gente, y cuando intentan algo feo… se llevan la sorpresa.

—¿Le habló quizás en su mensaje Giulio Ferrani de las personas o persona que querían matarlo?

—Solamente mencionaba la «Operación Dólar» y a unos hombres que llevan tatuado, en la muñeca, el signo del dólar… Un signo igual al que veo en su muñeca, Antonino.

El bello italiano alzó el antebrazo y se quedó mirando pensativamente el signo del dólar, efectivamente tatuado allí, en la

cara interna. Alzó la vista, de pronto.

—Cuando usted habló con Moranti parecía que sabía más cosas.

—Moranti no es demasiado listo. Todo lo que hice fue sonsacarle, disparando al azar… Y él picó como un tonto.

—¿Debo entender que usted, efectivamente, fue llamada por Giulio Ferrani, pero que no tiene nada que ver con *herr* Leonitz?

—Exactamente.

—No la creo.

Brigitte encogió los hombros.

—Haga lo que guste, Antonino.

Este estaba mirando hacia la playa. Concretamente, hacia un bonito patín blanco, a pedales, sobre el cual dos hombres tomaban el sol, desplazándose lentamente, como adormilados. Pero, al parecer, captaron algún gesto convenido con Antonino, porque, inmediatamente, el patín comenzó a acercarse a la playa. Cuando Antonino miró a Brigitte, esta parecía distraída con el humo de su cigarrillo, pensativa.

—Le diré una cosa —musitó Antonino—: a veces, conviene dejar vivas a las personas, pero, a veces, conviene matarlas. Esto último es muy desagradable, lo admito. Pero, comprenda: cuando una persona ha dado de sí todo cuanto se esperaba de ella… ¿por qué mantenerla viva?

—¿Se refiere a mí? —preguntó impávida Brigitte, cogiendo de nuevo su bolsito de playa.

—Es posible. Aunque, a lo que adivino, usted es un pez muy pequeñito de Leonitz… ¿Qué piensa hacer ahora?

La pregunta fue seca, casi amenazadora. Pero Brigitte lo miró irónicamente y acabó de sacar la mano de su bolsito, mostrando una botellita de esmalte para, las uñas.

—Me gusta pintarme las uñas al sol. Se secan antes… ¿Tiene algún inconveniente?

—Ah, no… ¡Por supuesto que no —rio el italiano—. Pero, por favor, hágalo de prisa. A mis amigos no les gusta esperar.

—¿Sus amigos?

—Digamos, más bien, mis compañeros de profesión. Ellos no están alojados en el hotel, porque son un poco más… rudos, menos educados. Pero a esta playa privada se puede llegar desde la de otro hotel.

—¿Nadando?

—O en un patín de pedales —sonrió Trieste.

Brigitte miró hacia la playa, y pareció que solo entonces veía el patín y a los dos hombres que ya habían saltado al agua… Uno de ellos llevaba un catalejo larguísimo, y el otro una gran máquina fotográfica. Lentes de sol, sombreros de paja, *slips* listados verticalmente en varios colores…

—¿Aceptaría un consejo? —susurró Antonino.

—¿Cuál?

—Acabe de pintarse las uñas. Es todo lo que le conviene hacer, señorita Saintmarie.

—Bien… Quizá tenga usted razón. ¿Le gusta mi bikini, Antonino?

—Mucho.

—Entonces, quizás aceptaría que se lo regalase… ahora mismo.

—No, no… Llamaríamos demasiado la atención si usted se quitase el bikini ahora mismo. Y ya la estamos llamando por ser los dos tan hermosos… Ah, otra cosa: respecto al catalejo que lleva uno de mis amigos y la cámara que lleva el otro…, pues ni es un catalejo realmente, ni es una cámara fotográfica auténtica. Usted me entiende.

—Lo entiendo. ¿No tengo escapatoria?

—Temo que no.

—Se está equivocando conmigo, Antonino. Deduzco que el enemigo de usted… o de ustedes, es *herr* Leonitz. Y yo no tengo nada que ver con él. Simplemente, soy una guardaespaldas sin trabajo, puesto que he llegado tarde.

—Le juro que me gustaría creerla… Pero no puedo. Lo siento. Por favor, termine pronto. Y me decepcionaría mucho si una profesional como usted se pusiera ahora a gritar… Moriría de todas formas, pero sin dignidad.

—La dignidad es cosa muy importante… —Brigitte miró a los dos hombres, que se habían detenido junto a ella—. Pero la vida lo es más.

—Usted sabe que ya está condenada a muerte.

Brigitte todavía estaba mirando a los dos hombres. Altos, recios, ceñudos, fríos. Asesinos profesionales, naturalmente. Más que verlos, adivinó en sus muñecas los signos del dólar, tatuados. Dejó

de mirarlos para alejar una de sus manitas, con el dorso hacia ella, a fin de poder ver bien las uñas, que había pintado rápidamente.

—¿Le gusta el color, Antonino?

—Muy bonito. Fino y elegante, al mismo tiempo que alegre. Acabe ya, por favor.

—Oh, es una tontería… ¿Por qué voy a molestarme en pintarme las dos manos? No creo que a los peces les impresione eso, ¿verdad?

—Seguramente, no.

—Bien… Me gustaría encontrar una salida a este apuro, pero la cosa está difícil… Imagino que el catalejo es una especie de rifle silencioso, y la cámara fotográfica una pistola, también con mecanismo silenciador. Y, como usted bien dice, prefiero morir con dignidad que corriendo ridículamente hacia el hotel… No llegaría.

—Cierto. Y, además, quedaría tendida en la arena en postura muy poco decorosa, seguramente.

—Sí… Sí, sí, sí… Todo eso es cierto. Recogeré mis cosas…

—¿Para qué? Yo me quedaré aquí, con su bolsito. Ya no va a necesitarlo.

—Es verdad —sonrió la espía internacional—. Ya no necesito el bolsito, ni nada de lo que contiene. De todos modos, puesto que he sido siempre una persona muy ordenada… ¿me permitiría guardar el esmalte de las uñas?

—Yo lo haré.

—No llevo ninguna clase de armas en el bolsito, Antonino.

—Por si acaso. Adiós, señorita Saintmarie.

—Adiós… O hasta la vista… ¿Quién sabe?

—Eso: ¿quién sabe? —sonrió secamente Trieste.

—Insisto en que está cometiendo un error.

—Ya lloraré por él. Lleváosla ya.

Brigitte se puso en pie, lánguidamente, sonriendo, magnífica como siempre con su bikini rojo. Todos los hombres que había cerca la miraron entonces más directamente, con más avidez. Pero, como si quisiera desanimarlos de un modo definitivo, la espía se cogió a los brazos de sus dos ejecutores, llevándolos amablemente hacia el borde del mar, siempre sonriendo, como si fuese una invitada a dar un simpático paseo en patín.

El asiento de este era corrido, de modo que, además de los dos tripulantes que movían los pedales, cabía perfectamente otra

persona entre ellos, en el centro. Tras chapotear en la orilla del mar, la espía subió al patín, se sentó en el centro y esperó, sonriente, a que subieran primero uno y luego el otro de sus asesinos. Y cuando estos empezaron a pedalear a la inversa, para alejar el patín de la playa, alzó una manita, en cariñoso saludo a Antonino Trieste.

Luego, miró al hombre de su derecha.

—Bien pensado —comentó festivamente—, debí traerme el frasco de esmalte. Así no me aburriría hasta llegar al lugar donde ustedes tienen que matarme. Feo oficio el suyo, ¿verdad?

No recibió respuesta. Los dos hombres parecían ignorarla completamente.

—¿Adónde me llevan? ¿Mar adentro? Oh, no… Hay muchos balandros por ahí… Y algunos patines, *snipes*… Hasta me parece ver un yate, de modo que… Déjenme adivinar: me van a llevar a un lugar de la costa donde no haya playa, sino rocas. Eso es. Un sitio profundo, con rocas. Me atarán una a la cintura, con una buena cuerda, y *voilá!* Espero que tengan la amabilidad de matarme primero. Debe de ser horrible morir ahogada…

—Cierre la boca ya.

—¿Ni siquiera eso puedo hacer antes de morir, desahogar mi miedo hablando? Sean tan amables de contestar a esta pregunta: ¿se dedican habitualmente a asesinar? ¿Es su… profesión?

—¿Le parece mala?

—Muy mala. ¿Se dedican habitualmente?

—Así es, niña. Y ahora, cállese.

—¿No quieren que conversemos sobre la «Operación Dólar»? ¿Ni sobre el «Dios Dólar»?

—Si no se calla, la tiraremos viva al fondo del mar.

—Creo que será mejor que me calle… *Non é vero, caros?*

* * *

—Este es un buen sitio —indicó uno de ellos.

Lo parecía, en efecto. Era una entrada del mar en un repliegue de roca viva. El sol no llegaba hasta allí, y nadie parecía sentir el menor interés por tal lugar escabroso y sombreado, alejado, además, del Albergo Portofino y de los otros hoteles playeros. La profundidad tenía que ser considerable, ya que no se veían ni rocas

ni bancos de arena. Solo una negrura verduzca, o quizás azulada.

—Subiré el anclote —dijo el otro.

Había un trozo de corcho flotando, con una fina cuerda de plástico sujetándolo. El hombre empezó a tirar de la cuerda de plástico, hasta que, tras una recogida de no menos de veinte yardas de cuerda, el anclote fue visible. Lo subió a bordo de un tirón.

—Preparan muy bien las cosas… —musitó Brigitte—. Supongo que ahora me empaquetarán bien con la cuerda de plástico, junto con el anclote, y me dejarán caer. Es muy sencillo.

—Mucho. ¿Prefiere el balazo por la espalda o de frente?

—De frente —sonrió gélidamente la espía—. No tengo por qué ser menos valiente que mi madre. Y, además, puesto que ella murió desnuda… ¿tienen inconveniente en que yo muera del mismo modo?

—Ninguno. Al contrario, será un placer… ¿Verdad, Wolt?

—¿Por qué no? —masculló el otro.

Brigitte se movió, al parecer dispuesta a empezar a quitarse prendas. Con lo cual tenía muy poco trabajo, ya que solo llevaba dos… Pero, fácil o no, lo cierto es que se mostró bastante torpe. Lo bastante, al menos, para que una de sus uñas recién manicuradas rozara el costado del llamado Wolt, que lanzó un gruñido de disgusto.

—¿Qué demonios…?

—Lo siento… —se compungió la espía—. Tengo unas uñas tan finas, que…

—Me ha hecho sangre, maldita sea.

—Está bien —masculló el otro—. No creerás que vas a desangrarte por ahí, ¿verdad?

—No, pero…

—Esta es buena —refunfuñó sombríamente Brigitte—. Ustedes dos están dispuestos a matarme, y yo no me quejo. Y porque le hago un pequeño arañazo, usted se disgusta. ¿Le parece justo, Wolt?

—Je, je… —rio el otro—. Ella tiene razón, estúpido. Cierra la boca y veamos cómo está esta chica sin el bikini. Usted, nena, ¿se lo quita o no se lo quita?

—Sí, desde luego…

Brigitte se inclinó un poco, mirando de reojo a Walt. Sus manitas asieron el borde de la prenda inferior del bikini, pero sin que

pareciese dispuesta a quitársela. Mientras tanto, Wolt se llevó una mano al corazón, bruscamente pálido.

—No… no sé qué… qué tengo que…

—Quizá sea una insolación —sugirió Baby.

—No… No, no… Es algo… algo extraño que… que me está… pasando. Es como… como si me fuese… me fuese… muy lejos de aquí…

Se tambaleó, y el otro se acercó a él, ya alarmado. Wolt estaba tan terriblemente pálido que, ciertamente, había motivos para alarmarse. Sus piernas se doblaron, mientras sus ojos quedaban en blanco, mostrando la córnea solamente.

—¡Wolt! ¿Qué te pasa, Wolt…?

El otro estaba sujetando a su compañero por los sobacos, pero el peso de Wolt le vencía, casi derribándolo. Y cuando no sabía si soltarlo o tenderlo como pudiera sobre el patín, la voz de la espía sonó fríamente a su espalda:

—Wolt se está muriendo, querido.

El otro se volvió. Solo a medias… Lo justo para ver que la «señorita Saintmarie», en lugar de quitarse el bikini, se había limitado a extraer del borde de este un finísimo alambre de acero, que crujió de pronto, ante sus ojos… O, mejor dicho, sobre sus ojos. Fue como un trallazo de fuego, como un estallido rojo que lo dejó ciego, al tiempo que notaba aquel insoportable dolor en ambos ojos. Fue, todo a la vez, como una cuchillada, como un latigazo, como si le aplicasen un hierro al rojo vivo en ambos ojos. Un dolor tan intenso, tan brutal, tan lacerante, que cayó de rodillas, de espaldas a la «inocente víctima» de su profesión.

Y ni siquiera se había recuperado lo más mínimo cuando el finísimo alambre pasó ante su garganta, clavándose allí, cortante como el más afilado cuchillo…

—¡¡¡Aaa-AaGGG…!!!

Tras él, la agente Baby tiraba con todas sus fuerzas del fino alambre, casi cortándose las manos. Unas gotitas de sangre aparecieren en la garganta del hombre, deslizándose hacia el desnudo pecho. Clavados en sus pómulos, también produciendo sangre, estaban los pequeños trozos de los cristales de los lentes de sol, destrozados por el latigazo de acero… Y teniendo a sus pies a su compañero Wolt, el otro pataleó, en vano, intentando arrancarse

aquel dogal cortante que estaba estrangulándolo, y, casi al mismo tiempo, decapitándolo.

No había nada que hacer.

Las dulces manos de la espía estaban preparadas para el manejo de aquel alambre. Y apretaron más, y más, y más… Apretaron hasta que el hombre perdió toda rigidez muscular, hasta que quedó colgando del alambre, blandamente, estrangulado, casi decapitado… Muerto, en suma.

El suave oleaje mecía blandamente el patín cuando la agente Baby quitó el alambre del cuello del hombre. Entonces, sí se quitó la prenda inferior del bikini, se sentó tranquilamente en el asiento corrido, y volvió a pasar el alambre por la cinturilla. Volvió a ponerse la prenda, y se quedó mirando a los dos hombres, con un frío gesto implacable. Wolt estaba deslizándose por un lado del patín, hacia el agua negra y azul. Parecía que estuviese metiendo las manos en la dulce frescura del mar…

—Con la vara que midáis, seréis medidos… —musitó la espía—. Supongo que ahora estáis enterados de que habéis pretendido matar a la agente Baby, de la CIA. Una insensatez muy cara, queridos. Como pago a vuestra maldad, solo puedo proporcionaros mi propia tumba.

Los ató a los dos juntos, con la larga cuerda de plástico; luego, ató el extremo de esta al anclote. Y, finalmente, con un piececito, empujó todo el «paquete» al mar. Vio el chapoteo, la blanca espuma… Durante unos segundos, dada la transparencia superficial del agua, pudo ver los dos cadáveres, arrastrados rápidamente hacia el fondo por el anclote… y por la muerte.

Luego, se sentó en el banco corrido, ante uno de los juegos de pedales, y miró el sol de la tarde.

«Es hora de regresar», pensó.

* * *

El guapísimo Antonino Trieste estaba fumando, pensativo… La verdad era que, si de él hubiera dependido, habría dado a la chica llegada de París otro destino muy diferente, pero órdenes son órdenes. Parecía que no era demasiado peligrosa. En el bolsito, ciertamente, estaba la única prueba de que la chica no era

demasiado tonta: el encendedor con la pequeña cámara incorporada. Le había tomado una fotografía, pero de nada iba a servirle, claro. Por lo demás, no había nada que pareciese un arma. A no ser la lima para las uñas… Un arma muy poco efectiva, por otra parte. Con una pequeña lima como aquella, nadie podría…

—¿Molesto?

Antonino Trieste notó una violenta sacudida en todo el cuerpo. Como si le hubiesen zarandeado de un golpe brutal. Cuando alzó la mirada, ya había en esta aquella expresión desorbitada de incredulidad.

Inconfundible.

Absolutamente inconfundible. Había que desechar inmediatamente la idea de que Brigitte Saintmarie tuviese una hermana gemela tan… tan gemela. Con el mismo bikini, la misma expresión de ojos… Por si tenía dudas, el telescopio de Wolt y la cámara fotográfica del otro cayeron en la arena, junto a él… Y tras ver todo esto, Antonino vio la frialdad de aquellos hermosísimos ojos azules.

Tragó saliva, y musitó:

—Si me priva del sol, sí…

—Entonces, me sentaré a un lado, a fin de no privarle de tan exquisito placer.

Así lo hizo la espía. Tomó su bolsito, sacó el paquete de cigarrillos, se colocó uno en los labios… y se quedó mirando a Trieste.

—¿Tendrá la bondad de devolverme mi encendedor?

—Por supuesto.

Ella lo tomó, encendió el cigarrillo y tiró el encendedor dentro de la bolsita. Dio una profunda chupada, y luego, con el cigarrillo, señaló el telescopio de mano y la cámara.

—A mí no van a servirme de nada —aseguró—. Pero si no los quiere, los tiraremos al mar… justo en el mismo lugar donde están ahora sus amigos.

—¿Los ha… matado?

—Los he ejecutado —corrigió dulcemente Brigitte—. Y lo he hecho porque eran unos asesinos profesionales. Mala gente, Antonino. Ahora, recoja estos trastos y lárguese. Le perdono la vida… por ahora. Y no diga que no soy generosa.

Antonino Trieste se pasó la lengua por los labios, tan súbitamente resecos que parecían de piedra, o de arena. Jamás en su vida había tenido alucinaciones ni visiones producidas por los remordimientos. De donde se desprendía que la presencia allí de Brigitte Saintmarie no era otra cosa que pura, simple y sobrecogedora realidad.

—Esto… complica mucho las cosas, señorita Saintmarie.

—A usted, no a mí. Le veo en apuros para explicar a sus jefes que una pobre muchachita ha escapado del cepo tan bien preparado. Pero, por favor, no me pida que le disculpe ante sus jefes. Usted ya es mayorcito, Antonino.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Lo que tenía proyectado desde el principio: pasear por Portofino, adquirir algunos objetos típicos, cenar por ahí, quizás en alguna taberna donde haya muchachos tocando la guitarra y cantando… Lo que tenía pensado, repito.

Y era cierto. Mientras regresaba a la playa del Albergo Portofino, había pensado en la conveniencia de visitar nuevamente, con toda urgencia, a Enrico Moranti. Pero comprendió que nada ganaría con ello. Si a Moranti lo habían matado, mal. Si todavía estaba vivo, era que había conseguido huir, en cuyo caso quizá pudiera verlo en el yate viejo… ¿A qué remover las cosas, hasta las once de la noche?

—Usted… es una insensata.

—Y tengo mal carácter —admitió Brigitte—. Lo sé. Por eso, Antonino, aproveche mi oferta de perdón y márchese cuanto antes. Y llévese estos tontos juguetes. A mí no van a servirme de nada. Ni a usted tampoco —aclaró rápidamente—: están descargados.

Antonino recogió el telescopio de mano y la cámara.

—¿Ha comprendido su mecanismo? —musitó.

—Era desconsoladoramente simple. Si todos los hombres que intervienen en la «Operación Dólar» son como Wolt y el otro, les auguro un negro porvenir, Antonino. Ni siquiera saben distinguir a la víctima indefensa de la gatita con uñas envenenadas.

Y mientras decía esto, sacó el frasquito del esmalte para las uñas, mostrando al mismo tiempo su mano derecha, en tres de cuyos dedos, sobre el «esmalte», se veían unas gotitas de sangre.

—¿Uñas enve… envenenadas…?

—Claro, querido. Hay venenos activísimos, que se aplican por

vía sanguínea. Basta un simple arañazo para que la persona que lo ha recibido muera en menos de cinco segundos. —Agitó su mano manicurada, con el frasquito del esmalte en ella, y, de pronto, se la quedó mirando, sonriendo como un felino gozoso—. Oh, por supuesto, querido Antonino: no es cierto que esta botellita contenga un auténtico esmalte para las uñas, sino otra cosa, claro… ¿Verdad que dije hasta la vista?

—Sí…

—Pues ahora le digo «adiós». Y por si insiste en matarme, recuerde esto: cada uno tiene sus trucos. *Adieu, mon chèr…!*

Capítulo V

A las once menos cinco minutos de la noche, la agente Baby detenía el pequeño bote alquilado junto al viejo yate llamado *Mare Nostrum*, que parecía abandonado.

Se quedó mirando pensativamente el trozo de escalera de cuerda que colgaba por el lado de babor. Desde luego, no había estado toda la tarde y parte de la noche paseando lejos del hotel para, a fin de cuentas, ir a caer en una tonta trampa. Varias veces había estado a punto de buscar el contacto con Enrico Moranti, y todas ellas había desechado la idea, aferrándose a la opinión de que si Moranti no había sido asesinado, se habría escondido hasta el momento de la cita. Igual que había hecho ella, exactamente.

Por tanto, era una posibilidad digna de tenerse en cuenta aquella de que la escalera hubiese sido echada por Moranti, tras subir él a bordo, dispuesto a esperarla.

Así, pues, la espía subió por la escala de cuerda, llegó a la cubierta del yate y se acuclilló junto a la borda.

—Moranti… —llamó quedamente—. ¿Está usted ahí?

Solo el ligero golpear de las negras aguas contra el costado del yate. Y más allá las luces de muchos otros yates. Uno de ellos, el *Oddyseia*, pertenecía a Liz Taylor y Richard Burton, que se habían enamorado de Portofino, y allá estaban, disfrutando del verano… Una pareja de actores que parecían haberse encontrado el uno al otro, por fin. Divorcios por aquí, divorcios por allá… Cada uno vive su vida como quiere… o puede.

—Moranti…

Desde la playa llegaba música y canciones. Había visto, ciertamente muchachos con guitarras, cabellos largos, jerséis descoloridos y deteriorados, pero con aspecto de ser felices, porque muy poco necesitaban para serlo…

Era absurdo continuar llamando a Moranti. Absurdo y, además,

impropio de una espía de su categoría.

Se alzó la cortísima falda negra y despegó del muslo izquierdo la pequeña pistola de cachas de madreperla, así como una diminuta linterna que parecía un lápiz labial. El yate apenas se movía sobre las quietas aguas negras manchadas de luces de colores.

Una vuelta lenta y precavida por la cubierta la convenció de que Enrico Moranti no estaba allí. Por tanto, si era él quien había empleado la escala de cuerda, tenía que estar abajo, en las cabinas.

Y la doble puerta que llevaba a estas cedió, con ligero chirrido, cuando Brigitte las atrajo, lentamente. Dirigió el delgado haz de luz hacia el fondo. El piso de madera alfombrado con estera de paja, una pata de una mesita, una silla, un periódico en el piso…

El primer peldaño crujió cuando puso el pie en él. Los demás, no. No crujieron. Soportaron silenciosamente su peso mientras iba descendiendo muy despacio, muy despacio, muy despacio…

Enrico Moranti estaba tan asustado que quizá ni siquiera hubiera tenido valor para acudir a la cita. Esta era una probabilidad muy digna de tenerse en cuenta, porque…

En efecto.

Enrico Moranti había acudido a la cita.

Allí estaba el guapo italiano del rostro asustado. Más asustada que nunca su expresión, eso sí. Solo que esta vez con fundadísimos motivos.

A algunas personas les gusta pescar pulpos bajo el agua. El pulpo corriente es un animal tímido, casi cobarde, y, desde luego, de una inteligencia inferior a la de una piedra. Si a un pez cualquiera se le dispara un arponazo, es poco probable que el pez permanezca luego por aquellas aguas. El pulpo, no. El pulpo, si no se le ha acertado a la primera, se queda junto a la misma roca, mirándolo a uno como extrañado, absorto, quizá fascinado. Por eso, para pescar pulpos corrientes, el fusil de arpón no sirve gran cosa. Es mejor un buen tridente, de mango de madera poco pesada y con un buen juego de tres púas dentadas en la punta. Con este adminículo, se acerca uno al pulpo, lo busca por los agujeros de la roca, y cuando lo ve…, ¡zas!, le atiza un pinchazo, lo atrapa y se lo lleva a la superficie. El pulpo es siempre tan tonto que ni siquiera ha intentado huir. Y así, queda ensartado en las tres púas dentadas, imposibilitado para escapar.

Igual… Igual, igualito, le había sucedido a Enrico Moranti.

Estaba clavado a la pared del yate por un tridente de poca envergadura, de esos para cazar pulpos corrientes, de cuatro o cinco libras. Las tres púas se habían clavado en su garganta, con una fuerza tan tremenda que lo habían clavado a la pared de madera.

Y allá estaba, en pie, hincado como un pulpo, desorbitados los ojos, desencajado el rostro, sostenido por el arpón que se había clavado en su garganta.

Y en su frente, el signo del dólar: $.

Dominado ya su sobresalto, la espía se acercó al fallecido Moranti y se quedó mirando el signo del Dólar, nítidamente visible a la luz de la diminuta linterna. Pasó un dedo por la marca… y el dedito se manchó de tinta fresca. No hacía mucho que a Enrico Moranti lo habían matado bajo el signo del dólar.

¿Qué era aquello? ¿Puro teatro? ¿Ganas de impresionarla a ella, quizás? Porque, evidentemente, si habían matado allí a Moranti, quería decir que lo tenían condenado a muerte. Entonces…, ¿por qué no matarlo en Villa Sole, tranquilamente, sin complicaciones…?

Luego, estaba el modo de matar. Revelaba un indudable sadismo, una complacencia ante la muerte…, ajena, por supuesto. Un artista del asesinato, alguien que goza matando, que lo considera un arte… ¿Por qué matar a un hombre de un balazo si se le puede matar de un arponazo, sorprendiéndolo, aterrorizándolo, paralizándolo de espanto…?

Cuando Brigitte oyó el crujido de las tablas tras ella, ya era demasiado tarde. Quiso volverse, enfocar hacia atrás la linterna, disparar contra quien fuese y como fuese…

Y antes de conseguirlo, recibió en plenos riñones un golpe tan espantoso que creyó morir partida en dos. Salió disparada contra Moranti, rebotó en el pecho de este… y recibió, ahora a oscuras puesto que la pequeña linterna había escapado de su mano, otro golpe gemelo, idéntico, también en los riñones.

Cayó de bruces, estremecida por sus propias náuseas, transida de dolor, frío el cuerpo, a punto de estallar la cabeza…

Y eso fue todo.

* * *

Estaba segura de que había abierto los ojos, pero no vio nada. Absolutamente nada. A su alrededor todo era de una negrura infinita, total. Cuando se movió, tuvo la impresión de que sus riñones no estaban donde siempre, sino colgando, sueltos, por todo el cuerpo… ¿O quizá fuera del cuerpo?

Se sentó, gimiendo, casi incapaz de moverse, debido al dolorosísimo agarrotamiento de todo el cuerpo. Oyó algo, pero no hizo caso hasta transcurridos unos segundos. Entonces, pensó que lo que había oído era el rodar de algo pequeño, metálico, ligero…

Tanteó con la mano derecha, hasta encontrarlo. En efecto: era su pequeña linterna que parecía un tubo para lápiz labial. Y funcionaba. La delgada raya de luz brotó al ser oprimido el pequeño botoncito dé la base…

Y lo primero que supo entonces la agente Baby fue que estaba completamente desnuda. Se vio el vientre, las ingles, las piernas. Y, más, los senos, como una agresiva forma doble erguida.

La segunda cosa que supo, fue que el cadáver de Enrico Moranti ya no estaba allí. Estaba el arpón, clavado en la madera. Pero el cadáver de Moranti había desaparecido. Parecía que alguien quería darle la seguridad de que no había soñado, de que, efectivamente, había visto allí el cuerpo de Moranti, clavado a la pared por el tridente. Incluso no se habían molestado en limpiar las manchas de sangre de la nuca del italiano.

La luz de la pequeña linterna continuó su recorrido, hasta posarse sobre un montón de ropas. Las de Brigitte Montfort, alias Baby. Estaban en un rincón del *living-yacht*, amontonadas de cualquier manera… Y cuando las recogió, se dio cuenta de que estaban tan destrozadas que jamás podría ponérselas. Evidentemente, alguien se las había quitado, a manotazos, furiosamente, como si tuviera prisa, anhelo… Todo estaba roto, arrancado, desgarrado. Y, en cambio, Brigitte sabía que nada había ocurrido mientras estuvo inconsciente. Nada.

También vio su pistola en el suelo. La recogió, y, cada vez rnás sorprendida, comprobó que estaba cargada, tal como ella la había llevado.

Vio el pasillo que llevaba a los reducidos camarotes, y se adentró en él, dirigiendo la luz a todas lados. Entró en el primer camarote, que estaba vacío, por supuesto. También los demás. En uno de ellos

encontró un viejo jersey negro, de hombre, agujereado, casi podrido en agua de mar, con manchas blancas, del salitre. Se lo puso y regresó al otro camarote, al segundo, en el que había visto los no menos viejos y podridos pantalones de sarga azul, larguísimos. Se los puso también y se los arrolló hasta las rodillas. Comprendió que el conjunto debía de ser tan lamentable que decidió volver al pequeño cuarto de baño; realmente, era solo un camarote, más pequeño que los demás, y en el que había dos duchas.

Pero había un espejo.

Y cuando se miró en él y apuntó la luz a su rostro, lanzó una exclamación de sobresalto.

En su frente también estaba marcado el signo del dólar: $. Solo que… ella estaba viva, desde luego.

Durante unos segundos estuvo contemplando aquella marca, antes de decidirse a pasar la mano por ella. La tinta se corrió enseguida sobre su frente, dejando una alargada mancha azul, de modo que suspiró aliviada cuando comprendió que no la habían tatuado, sino, simplemente, marcado…

¿Era una amenaza?

Absurdo. ¿Por qué amenazar a una persona a la cual se puede matar impunemente? ¿Cuál era el juego de aquella gente? Primero, por la tarde, quieren matarla, y si no lo consiguen es porque ella recurre a sus propios medios de defensa. Luego, por la noche, cuando la tienen a su merced, se limitan a marcarla con el signo del dólar… ¿Por qué?

¿O… eran gentes diferentes unas y otras?

Positivamente, no, ya que allí tenía el signo del dólar, para darle a entender que todos eran los mismos.

Estuvo un par de minutos mirándose al espejo, confusa, quitándose lentamente los restos del signo del dólar. Por fin, sin saber todavía qué pensar, volvió al *living-yacht*, recogió los restos de su ropa y subió a cubierta.

Su bote estaba todavía allí. Y ni el menor signo de peligro.

Cada vez más confusa, la agente Baby se descolgó hasta el bote, empuñó los remos y comenzó a alejarse. De momento, le iría bien una buena ducha fría y una enérgica fricción de analgésico en los riñones. Más adelante, ya pensaría detenidamente en aquellas extrañas circunstancias, en lo insólito de todos aquellos hechos.

* * *

Había conseguido llegar a su *suite* sin ser vista por muchas personas, evitando así un excesivo interés por su extraña indumentaria. Y, apenas abrir la puerta, comprendió que alguien había estado allí dentro… O estaba todavía.

De modo que recurrió a su pistolita, empuñándola firmemente. Recorrió el vestíbulo a oscuras, descalza, en silencio, hasta la puerta del dormitorio. Y ya desde allí vio la brasa de un cigarrillo, sobre su cama.

Alzó la pistolita, dio la luz de pronto…

Antonino Trieste sonrió amablemente, tumbado en el lecho de la espía como si fuese el suyo propio.

—Hola —saludó.

Brigitte frunció el ceño y su dedo se crispó sobre el gatillo. Y, de pronto, en un instante, lo comprendió todo. Le costó no poco esfuerzo, contener su exclamación de alegría.

—Hola, Antonino.

—Pasó un mal rato, ¿eh?

—Regular. ¿Por qué no me han matado, igual que a Moranti?

—Hubo un error —suspiró Antonino—. Un lamentable error. La he estado buscando toda la tarde, pero no he conseguido encontrarla. ¡Y eso, en un lugar tan pequeño como Portofino! ¿Cómo se las ha arreglado?

—Recursos profesionales. ¿Para qué me buscaba?

—Pues para pedirle disculpas.

—Ah… Llegan un poco tarde, ¿no cree?

—Nunca es tarde, si la vida sigue.

—Lo cual no pueden decir sus dos amigos de esta tarde.

—Oh, bueno… Ellos dos eran solamente… ¿Cómo diría yo…?

—¿Trozos de carne?

—Algo así… Gente sin… categoría, sin… sin valor estimable. Hay miles como ellos. No se preocupe por haberlos matado.

—Me quita un peso de encima —sonrió sarcásticamente Brigitte—. No sabía si llorar o suicidarme.

—Pues no haga ni una cosa ni otra… ¿Tiene algún compromiso?

—¿Ahora?

—Ahora mismo, esta noche… ¿Lo tiene?

—Mi cliente murió… Estoy libre. Relativamente, claro… Imagino que no me dejarán volver a París tan fácilmente.

—Emmm… Mire, Brigitte, las cosas han… cambiado notablemente. No nos oponemos a que regrese a París, pero antes quisiéramos hacerle una oferta. Una oferta de trabajo. De su trabajo.

—¿De mi trabajo? ¿Tengo que guardar las espaldas a alguien?

—No exactamente. Digamos… todo lo contrario.

—Creo que entiendo… ¿Puedo ducharme?

—Sí, sí, desde luego. ¿Necesita ayuda?

—No.

Entró en el cuarto de baño, dejando la pistolita sobre uno de los silloncitos.

Salió casi diez minutos más tarde, rezumando agua, fresca como una rosa recién cortada. Y envuelta en la gran toalla de baño. Antonino continuaba en la cama, pacientemente, fumando otro cigarrillo. La miró, sonrió maliciosamente y continuó fumando.

—¿Se siente mejor? —preguntó.

—No del todo. Ahora sí debería ayudarme, Antonino.

—Con mucho gusto —se sentó él en la cama—. ¿Qué debo hacer? Brigitte fue al armario, abrió una de sus maletas y sacó un tubo flexible, que tiró a las manos del italiano.

—Deme unas fricciones con esto en los riñones, por favor.

—Espero que no sea un veneno, como el esmalte de las uñas.

—Es solo un linimento especial, muy activo. ¿Fue usted quien me golpeó en el yate *Mare Nostrum*?

—No, no, desde luego.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—Pues tuvo que ser alguien tan fuerte como usted.

—Sí… Sé quién fue, pero no puedo decírselo. Es uno de nuestros mejores… ejecutores.

—¿Y por qué no me… ejecutó a mí? No había nada más fácil en aquel momento.

—No puedo hablar sobre eso. Es un caso especial. Bien…, si no se quita la toalla no veo cómo podré friccionar sus riñones.

Brigitte asintió con la cabeza. Se acercó a la cama, se quitó la toalla que envolvía su cuerpo y la colocó sobre la colcha. Luego, se

tendió boca abajo, encima de la toalla. Unos segundos más tarde volvía la cabeza, con un gesto de extrañeza en sus ojos.

—¿Me fricciona o no, Antonino?

—Sí —musitó roncamente Trieste—. La… la voy a friccionar, desde luego. Sí…

—Con delicadeza. Observe que tengo el cutis muy fino y delicado.

—Ya… ya lo veo…

—¿Algo no va bien?

Antonino Trieste tragó saliva con dificultad.

—No, no… Todo va… muy bien.

—Entonces, empiece… No, querido, ahí no… Eso no son los riñones… Más arriba… Ahí, ahí…

—Espero que… que se alivie de su dolor…

—Es un linimento excelente, especial para casos como este. No es necesario que apriete tanto, Antonino.

—Perdone…

—Dígame una cosa: ¿en qué consiste la «Operación Dólar»?

—En… No… ¡No! No puedo decírselo yo, Brigitte.

—Vamos, vamos, no sea niño… Estamos solos, casi en intimidad; ha venido a ofrecerme trabajo… ¿Por qué no hablar con claridad?

—No… no estoy… autorizado.

—Está bien. Eh, eh: eso tampoco son los riñones, querido. Los riñones están detrás y en la parte inferior del torso, no arriba y en la parte superior delantera. No sea tan impetuoso.

—Usted se está… se está burlando de mí…

—Solo he aceptado su oferta de ayuda. Si no quiere hacerlo, ya lo haré yo misma. ¿Tampoco puede hablarme del «Dios Dólar»?

—Tampoco. Si le duele por aquí, yo…

—Déjelo, ya está bien. Ahora, vuélvase de espaldas, pues tengo que vestirme para ir… ¿Adónde? ¿Adónde, Antonino?

Se sentó en la cama, envolviéndose de nuevo con la toalla. Y se quedó mirando fijamente al guapo de balneario. En un momento dado, sabía que podría hacer con aquel hombre lo que quisiera. En cualquier momento, realmente. Pero, a veces, los filones de oro no deben ser explotados inmediatamente de ser descubiertos. Siempre hay una ocasión mejor para recurrir a ellos.

—Es mejor que se vista de una vez, si piensa venir conmigo.

—Pienso ir. Pero, insisto: ¿adónde?

Tampoco Antonino contestó esta vez. Brigitte se puso en pie. Envuelta otra vez en la toalla de baño. Fue al armario, lo abrió y estuvo eligiendo las prendas que debía ponerse, y tirándolas sobre la cama, ante los ardientes ojos de Antonino Trieste, que no se había vuelto de espaldas.

Dejó caer la toalla, cogió la primera prenda y se la puso, mirando interrogante al italiano, que había palidecido. En los dulces ojos azules había la misma pregunta, pero Antonino, el guapo de balneario, todavía tuvo fuerzas para resistirse.

Solo murmuró, roncamente:

—Iremos a… a un lugar insólito, sorprendente. Y quiero advertirle algo, por su bien: si no piensa aceptar lo que allá le pidan, es mejor que no venga.

—Aceptaré lo que sea si hay dinero de por medio. De modo, querido Antonino, que ya puede llevarme cuando quiera a ese lugar… insólito y sorprendente.

Capítulo VI

Primero fueron en coche, bordeando la costa. En este viaje invirtieron unos veinte minutos. Luego, tras dejar el coche bien escondido, Antonino la cogió de la mano y la llevó a través de un espeso pinar, paralelamente al mar, por un camino que no habrían podido recorrer en coche.

Llegaron de nuevo junto al mar, en un punto escabroso, sin playa. Las rocas caían cortadas a pico en una altura no inferior a los setenta pies. Abajo, el agua negra tenía como una cuchillada de plata, debido a la luz de la luna.

—Es un lugar insólito —comentó Brigitte—. Pero no demasiado sorprendente, Antonino. Hay muchos trozos de costa como este.

—Hay que bajar —sonrió el apuesto italiano.

—¿Bajar? ¿Adónde?

—Al agua, al agua… —casi rio él—. El viaje todavía no ha terminado… ¿Podrá descender por aquí?

Una mirada al fondo era en verdad impresionante, pero la agente Baby asintió con la cabeza.

—Si usted puede bajar, yo también.

—Magnífico. Fíjese bien dónde voy poniendo los pies, y vaya poniéndolos en el mismo sitio. No tenga prisa.

Empezaron el descenso. Solamente se oía el rumor del mar, negro plateado. De cuando en cuando algún guijarro se deslizaba por el precipicio, y entonces se detenían los dos, como temiendo que hubiese más desprendimientos. Pero no ocurrió esto. En realidad, Brigitte encontró que el descenso era mucho más fácil de lo que había pensado. Era como si aquel camino hubiera sido estudiado y arreglado en lo posible para el descenso; aunque no tan arreglado que pudiera ser visto por cualquier persona que navegase cerca de la costa.

Finalmente, tras cinco minutos de tensión, llegaron abajo, a una

roca plana que sobresalía un par de pies por encima del agua. Y allá, junto a la roca, Brigitte vio de pronto la pequeña lancha de plástico, con dos hombres a bordo, silenciosos, mirándolos a la expectativa. Uno de ellos tenía una pistola en la mano; el otro, los dos remos de la pequeña lancha.

—¿Está todo preparado? —preguntó Antanino.

—Sí.

—Muy bien —miró a Brigitte—. Salte a la lancha. ¿La ayudo o…? Brigitte ya había saltado, tan suavemente que la lancha apenas se movió. Lo hizo mucho más cuando saltó Trieste, que hizo señas al hombre de la pistola para que la guardase.

—Vámonos —dijo.

Apenas el hombre de los remos empezó a mover estos, Trieste sacó un pañuelo negro y lo alzó hasta los ojos de Brigitte.

—Tengo que ponerle esto.

—Pero…

—Lo siento. Son las órdenes.

—Está bien.

El italiano anudó en la nuca el pañuelo que tapaba los ojos de la espía. Mientras tanto, la lancha navegaba, rebotando sobre las blancas crestas de las olas como si careciese de peso. Y a partir del momento en que sus ojos quedaron vendados, Brigitte ya no pudo saber hacia dónde se dirigía la pequeña embarcación. Es decir, no pudo verlo, pero sí saberlo, ya que el viento le daba ahora de lleno en el rostro. Y puesto que sabía cuál era antes la dirección del viento, estuvo segura de que navegaban mar adentro. Eso fue todo lo que consiguió averiguar hasta que oyó nuevamente la voz de Antonino:

—Deme la mano y póngase en pie. Luego, vaya haciendo lo que le diga.

La lancha se había detenido, y parecía que apenas se movía, como si hubiese llegado a una playa, quedando varada de proa allí. Pero el aire continuaba dando de frente en el rostro de Brigitte, con lo cual la espía sabía que no podían estar en una playa, ya que entonces habría notado el aire en la nuca, o como máximo, en un lado de la cara.

De un modo u otro, siguiendo las indicaciones de Antonino, abandonó, la lancha y se encontró en un terreno completamente

liso, algo inclinado hacia abajo.

—¿Es una rampa? —musitó.

—Algo parecido. Ahora, siéntese, y déjese caer. Se deslizará por una distancia aproximada de seis metros. No se lastimará, pierda cuidado.

Se sentó, y notó en la espalda unas manos, empujándola suavemente, hasta que, de pronto, se deslizó velozmente, como por un tobogán. Un viaje brevísimo, realmente de unas seis o siete yardas. O metros, como decía Antonino. Apenas se hubo detenido, y oyendo tras ella el deslizarse de otro cuerpo, Brigitte notó una mano en su brazo derecho… Y se estremeció violentamente. Se estremeció aun antes de oír la voz áspera y chirriante de Angela Lombarte:

—Mi querida niña, qué alegría tenerla aquí, con nosotros… Qué honor para el «Dios Dólar»… ¿No es verdad, Antonino?

—Déjala tranquila, Angela… ¡No se quite la venda todavía!

Brigitte quedó inmóvil. Quizás era mejor así, pues de este modo no vería el horrible rostro de Angela Lombarte. Oyó tras ella el deslizarse de otros dos cuerpos. Luego oyó muy débilmente algo como un chasquido eléctrico, un zumbido tenue de motor… Luego, nada.

El propio Antonino le quitó el pañuelo negro, y Brigitte guiñó con fuerza los ojos al recibir de lleno el gran resplandor de una intensa iluminación. Pero entre guiño y guiño pudo ver ante ella el feo, estremecedor rostro de Angela, sus dientes amarillentos mostrados en la tétrica sonrisa que quería ser dulce y amable; mientras sus manos no cesaban de palpar los brazos y pecho de la espía, cariñosamente.

—¡Te digo que la dejes tranquila! —exclamó Antonino, empujando a Angela—. ¡Ve a hacer cualquier cosa por ahí!

Había empujado a la mujerota, apoyando una mano en uno de los enormes senos, y Angela apenas se movió, como si Antonino, en lugar de ser un hercúleo atleta, fuese un niño tratando de mover una montaña.

—«Dólar» la ha dejado a mi cuidado, Antonino —musitó.

—Está bien, pero no ahora. Además, no creo que Brigitte se quede por ahora en el «Dios Dólar».

—Le tengo preparada su cámara… Yo misma lo he preparado todo, niña… Lo mejor. Todo limpio, nuevo, de la mejor calidad…

Cuando supe que iba a venir, niña, yo me ocupé de todo eso. Estará muy bien en el «Dios Dólar», y yo la cuidaré…

—Ella ya sabe que la estimas mucho —sonrió acremente Trieste —. Ahora, lárgate. Tenemos que ir al Salón…

—¿Ella sabe ya que la quiero mucho? —tembló la voz de Angela.

—Sí, lo sabe.

Brigitte escuchaba a los dos sin hacerles demasiado, caso. Era como si Angela fuese una pobre tonta, terca y caprichosa… Lo que le interesaba a la espía era el lugar donde se encontraba. Y no supo qué pensar. Desde luego, no era una cueva; a menos que los dirigentes de la «Operación Dólar» se hubiesen molestada en alisar y pintar las paredes de la cueva como si fuesen las de una vivienda permanente, fija. Cosa poco probable, desde luego, pues una cueva puede ser descubierta en cualquier momento, ya sea casualmente por una persona cualquiera, o por enemigos de la organización. Y no es cosa de perder tiempo y dinero en convertir en un lugar tan confortable una simple cueva.

Estaba todo pintado de azul, con detalles dorados. No se veía ni una sola ventana o respiradero. Solo al fondo, una puerta de cristal, grande, de dos hojas. Detrás de Brigitte, un tobogán de fibra de vidrio, cuyo extremo inferior llegaba al suelo y el superior al techo de aquel lugar. Había apliques de luz en doce puntos, simétricamente dispuestas. Y la sala de recepción debía de tener no menos de doce yardas de longitud, y siete de anchura. Por un momento, pensó que estaba en un submarino, pero no lo creyó posible, ya que, para serlo, habría tenido que poseer unas dimensiones colosales. No era un submarino, no era una cueva… y, sin embargo, estaba segura de que se hallaba bajo el mar…

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Angela.

—Porque no la mataste en el *Mare Nostrum*…

—¡No has debido decirlo! —chilló Angela enfurecida—. ¡No has debido decir que fui yo quien la golpeó!

—Pudiste matarla y solo la golpeaste. ¿No significa eso que la quieres? En cambio, a Moranti no lo querías, y lo clavaste en la pared con… ¡Eeehhh!

Angela se había abalanzado contra Antonino, chillando, lanzando hacia delante sus enormes manazas rojizas, de marciana o

un ser de cualquier otro mundo ajeno a la Tierra. Antonino dio un paso atrás, casi a punto de caer de espaldas, y las manos de Angela se habrían clavado en su cuello de no intervenir los otros dos hombres, que sujetaron a Angela cada uno de un brazo. De este modo, Antonino pudo conservar el equilibrio…, pero los dos hombres no lo pasaron bien, precisamente. Angela adelantó los dos brazos, y los dos hombres fueron arrastrados hacia delante, como lanzados por una catapulta. Y como no soltaron los enormes brazos de la mujer, se encontraron de frente los dos ante el descomunal seno femenino, chocando violentamente de rostro, aflojando no poco la presión en los brazos de la gigantesca y enfurecida tuerta. Esta se los quitó de delante con un solo manotazo, miró a Antonino…

—Ya basta, Angela —dijo Brigitte—. No importa que me golpeases. De verdad que no te guardo rencor.

El solitario ojo de la mujerota pareció saltar hacia Brigitte, y quedó fijo en los inmensos, bellísimos ojos azules de la espía.

—¿No me odias? —musitó.

—Desde luego que no. Si tenías orden de matarme, y no lo hiciste, yo tengo que estarte agradecida.

—No tenía orden de matarla —dijo Antonino—. Pero cuando Angela empieza a matar, ya no puede detenerse. Es asombroso que no la matara a usted, Brigitte, aun teniendo la orden de dejarla viva para que yo pudiera hablar con usted cuando volviera al hotel… Asombroso.

Brigitte soportaba firmemente la mirada del solitario ojo.

—¿Fuiste tú quien desgarró mis ropas, quien me desnudó?

—No, no…

—Sí, fuiste tú —dijo fríamente la espía.

—No…

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

—Yo… Buscaba… buscaba si llevabas armas, y estaba… enfurecida… Antonino se echó a reír burlonamente. Cogió a Brigitte de un brazo, llevándola hacia la puerta del fondo, la de doble hoja de cristal.

—Vamos. Tiene cosas más importantes que escuchar las explicaciones estúpidas de Angela.

—¡Te mataré, Antonino! —chilló Angela—. ¡Te mataré!

—¡Vete al demonio, bruja tuerta! —gruñó Trieste—. Ocúpate de que Brigitte tenga bien preparada su cámara para cuando pueda quedarse con nosotros definitivamente, y eso es todo. Lo demás déjalo de mi cuenta… Hala, largo, si no quieres que le diga a «Dólar» que estás perdiendo otra vez la disciplina.

Esto pareció el bálsamo milagroso. Pareció que Angela estaba dispuesta a atacar de nuevo a Antonino, pero al oír esto se amansó completamente, bruscamente. Dirigió una mirada de odio al guapo italiano y pasó ante Brigitte, cabizbaja, alargando una manaza hacia los negros cabellos de la espía.

—Qué bonitos, qué finos y qué negros…

Siguió adelante sin más, hacia la puerta del fondo. Y cuando ella hubo salido por allí, Antonino continuó hacia el mismo sitio, llevando de un brazo a Brigitte, que preguntó:

—Si Angela pertenece a la organización, ¿cómo es que estaba con Enrico Moranti? Y él parecía confiar en ella.

—Son pequeños trucos que todo el mundo emplea, Brigitte… No me diga que esto la sorprende.

—No mucho, realmente. Lo que me sorprende es que no fuese ella la encargada de matar al banquero Giulio Ferrani.

—Hay que conservar siempre, en lo posible, a la persona introducida en casa del enemigo. ¿Por qué complicar a Angela en una cosa que podía hacer otro ejecutor?

—También podía haber hecho otro ejecutor lo de Moranti, y lo hizo Angela.

—Cierto. Pero así son las cosas. Además de que Angela ya no iba a ser útil en Villa Sole, resulta que ella se pone muy nerviosa si de cuando en cuando no mata a alguien. Hay que dejar que se desahogue de cuando en cuando.

Brigitte se estremeció, y Antonino se echó a reír, ya cerca de la doble puerta de cristales.

—Es una mujer… horrible.

—Sin duda. Pero no se lo diga a ella, porque la heriría profundamente.

—Si a Angela le gusta tanto matar, ¿por qué quieren contratarme a mí, Antonino?

—Bueno… Hay trabajos que Angela no podría hacer. Una cosa es matar a alguien en las sombras, o en una pelea, o en un lugar

donde forzosamente se tiene que luchar a muerte… Y otra cosa muy diferente es enviarla a matar a alguien que siempre está bien protegido, y a quien hay que cercar con… mejores métodos que los de Angela. Pero de eso ya hablará pronto con «Dólar».

—¿Quién es «Dólar»?

Antonino abrió la doble puerta, y Brigitte, que tras hacer la pregunta miró hacia allí, quedó como clavada al suelo.

—«Dólar» es nuestro jefe —sonrió Trieste—. Y el dueño de todo cuanto vean sus ojos, Brigitte. ¿Qué están viendo ahora?

Se hallaban en la entrada de otra sala tan grande como la primera. Pero así como esta se encontraba vacía, la segunda no. La segunda estaba llena de… Sí, de fajos de billetes. Todo aquello tenía que ser fajos de billetes, claro… ¿O quizá no era posible? Formaban grandes pilas, hasta el techo, dejando en el centro un pasillo de apenas una yarda de anchura. Y en el centro, otro pasillo, más corto, pero cuyo fondo no se veía. Brigitte intentó calcular cuánto dinero habría allí, pero le fue imposible. En primer lugar, no sabía la cuantía de cada billete. En segundo lugar, incluso sabiéndolo, le habría sido imposible hacer un cálculo siquiera aproximado. Todo estaba lleno de billetes, hasta el techo. Pilas enormes, de ocho pies de altura…

Antonino cogió un fajo de una pila que todavía no llegaba al techo, y sacó un par de billetes. Eran de cien dólares.

—Hay billetes de todas las denominaciones —aclaró—. Observe la magnífica calidad de esta falsificación, Brigitte. Y los de cien dólares son los que peor nos salen, no sabemos por qué… ¿Entiende algo de billetes?

—Muy poco. Y menos, de dólares… No olvide que soy francesa.

—Bueno, el dólar es una moneda universal… ¿No se ve capaz de juzgar esta falsificación?

La espía estaba estirando y palpando los billetes, haciéndolos crujir luego de un tirón. Los miró al trasluz, palpó el espesor del papel, calibró la calidad de las planchas, la de las tintas…

—Parece que son… casi perfectos. ¿Cómo lo han conseguido?

—Tras mucho trabajo y mucho dinero invertido. ¿Casi perfectos, dice usted? Yo diría que son absolutamente perfectos. La única diferencia entre estos billetes y los auténticos dólares americanos es esa: que estos los hemos hecho nosotros y los otros los han hecho

los americanos.

—Entiendo… Pero… están locos, Antonino. ¿Creen que podrán colocar todo este dinero? Las falsificaciones de dólares no suelen hacerse en tan gran escala. Unos cuantos millones, bien repartidos, bien colocados, puede que consiguieran pasarlos. Pero aquí hay… hay miles de millones… ¿No?

—Hemos rebasado ya la cifra de los quinientos mil billones de dólares. Poca cosa. Aún falta un poco de tiempo para que podamos llevar a cabo la «Operación Dólar».

—Pero… pero no podrán, no será posible… ¿Dónde piensan colocar este dinero? ¿Y cómo lo harán? Oh, vamos, ustedes están locos, Antonino: jamás conseguirán colocar este dinero en ningún sitio. Quizás unos cuantos —millones… Pero no más. Y aun así, el riesgo será enorme, y ustedes lo saben.

—¿Riesgo? —rio Trieste—. ¿Cuál riesgo?

—Pues… No sé. Se les echará encima la Interpol, los T-Men americanos, el FBI… ¿No se les ha ocurrido eso?

Antonino Trieste se estaba divirtiendo en grande, riendo como un niño que logra sorprender a un amiguito con un extraordinario juguete maravilloso.

—¡Olvide eso! —rio—. ¡Jamás nos atraparán! La «Operación Dólar» es algo fantástico, increíble… El mejor plan que ha podido salir de mente humana. Fácil, sencillo, cómodo, sin riesgos de ninguna clase… Absolutamente de ninguna clase. Y el beneficio está calculado en no menos de… pongamos entre unos trescientos o quinientos millones de dólares.

—¡Pero aquí hay mucho más, muchísimo más…!

—No se torture esa linda cabecita —continuó riendo Trieste—. Y no me haga hablar más. Todo cuanto convenga que usted sepa, se lo explicará «Dólar».

—¿Qué clase de hombre es «Dólar»? ¿Quién es él? ¿Dónde estamos?

—Estamos en el «Dios Dólar». Es todo cuanto puedo decirle. Vamos al segundo piso.

Caminaron por el pasillo formado por las pilas de billetes, hasta llegar al otro del centro, a la derecha. Resultó no ser propiamente un pasillo, sino una escalera que descendía por un rectángulo abierto en el piso. Antonino señaló hacia abajo, y la agente Baby

bajó sin vacilar. Todavía no había llegado al segundo piso cuando empezó a oír el suave rumor de algo rítmico, mecánico… Como chasquidos eléctricos y roces mecánicos al mismo tiempo.

La escalera, de brillantes peldaños de madera, tenía unos ocho pies, es decir, la misma altura que medía de suelo a techo el segundo piso. Parecía qje el espacio estaba bien aprovechado en aquel lugar. Se encontró en una pequeña sala, también vacía; tan solo había una silla, y en ella un hombre, con una metralleta colgando del cuello. No se veía puerta, ni ventana, ni respiradero… Era como si estuviesen en una caja de paredes de madera brillante, pulida…

—Abre —dijo Antonino.

El hombre de la metralleta se puso en pie, fue a un rincón y apretó en determinado punto de la pared. Inmediatamente, todo aquel panel se corrió hacia la derecha, dejando libre el paso hacia otro pasillo, de casi seis pies de anchura, magníficamente iluminado. Se veían algunas puertas en él, a derecha e izquierda, todas cerradas. Y al fondo otra puerta más grande, de tono azul suave. En el centro de esa puerta, en material dorado, quizás oro, se veía el signo del dólar, de casi dos pies de alto…

—La cámara privada de «Dólar» —indicó Antonino—. Y también la Sala de Reuniones. Cada una de las demás puertas da a un dormitorio y vivienda al mismo tiempo, capaz para cuatro hombres…

—¿Hay a bordo treinta y seis hombres?

—Hay cuatro habitaciones desocupadas. Una de ellas será para usted cuando sea autorizada a aposentarse definitivamente en el «Dios Dólar»… Y otra cosa: no vuelva a decir «a bordo». Parece como si usted estuviese convencida de que estamos en un navío.

—¿Y no es así?

—Algo parecido. Emmm… Como le decía, todas las puertas dan a dormitorios-vivienda, excepto la primera, que es la que da paso a la Sala de Producción… ¿No oye el ruido de la maquinaria?

—Sí… Pero muy tenuemente…

—La Sala de Producción está completamente insonorizada. Pero parece que habrá que buscar un fallo, puesto que oímos esos ruidos… El personal se encargará de ello inmediatamente. ¿Le gustaría ver la Sala de Producción?

—Sí… Sí, sí, desde luego…

Antonino apretó un botón que había en el dintel de la puerta señalada. Casi enseguida, se encendió en lo alto una lucecita azul, parpadeante.

—Podemos entrar. Hay una luz roja y una luz azul. La luz roja indica que no se puede entrar, y la azul nos da permiso para apretar este otro botón —lo hizo—, de modo que podemos entrar en la Sala de Producción.

La puerta se había abierto, y por un instante el rumor de las máquinas se extendió con mucha más fuerza por todo el segundo piso. Pero Antonino se apresuró a entrar y a cerrar la puerta, explicando:

—A «Dólar» no le gusta tanto ruido. Y dice, con toda la razón, que si la Sala está insonorizada con los mejores materiales, es para algo… ¿Sorprendida?

La Sala de Producción se alargaba hacia un lado, ocupando una extensión no inferior a un rectángulo de sesenta pies de largo por veinte de ancho. Había cuatro máquinas, atendida cada una por dos hombres. Y al fondo grandes pilas de papel, junto a una troqueladora… Las cuatro máquinas estaban funcionando a todo rendimiento, y los billetes de veinte, cien, quinientos y mil dólares salían de allí en cantidades sobrecogedoras, ante la indiferencia de aquellos hombres, que los iban amontonando cuidadosamente primero y enfajando después, con rapidez, con pericia. Todos miraron a Brigitte, pero con la misma indiferencia que concedían a los miles de dólares que estaban fabricando. El de la máquina troqueladora estaba solo, cortando de las grandes hojas de papel especial los rectángulos que poco después pasaban a las máquinas de impresión.

—Pero esto… es fabuloso —musitó Brigitte—. Sencillamente fabuloso e increíble…

—Llevamos un buen ritmo de producción, hasta el punto de que esperamos estar listos para la «Operación Dólar» antes de una semana… Se ha trabajado mucho y muy duramente, pero todo saldrá bien, al final.

—No lo creo… Oh, es imposible, Antonino…

—También a mí me pareció todo esto una majadería enorme… hasta que supe con toda exactitud en qué consistía el asunto, la

«Operación Dólar». En cuanto lo supe, comprendí que no podía fallar.

—Giulio Ferrani era banquero… ¿Acaso piensan colocar todo este dinero en algunos bancos…?

—No, no —rio de nuevo Trieste—. Todavía es mucho más simple y cómodo.

—Pero los banqueros tienen algo que ver en esto…

—No pregunte. A su debido tiempo, y si merece esta confianza, se la irá poniendo al corriente de la «Operación Dólar». ¿Quiere examinar algo de cerca, mirar los billetes «calientes», hacer alguna pregunta que pueda ser contestada…?

Brigitte vaciló unos segundos.

—No —musitó al fin—. Creo que no conseguiría nada preguntando cosas. Ya las iré sabiendo cuando sea oportuno. Pero hay una cosa que sí quiero preguntar, Antonino.

—¿Y bien?

—¿Cuánto voy a cobrar yo por intervenir en la «Operación Dólar»?

—Depende de su aportación personal al buen éxito del asunto.

—¿Cuánto cobrará usted, por ejemplo?

—El trato inicial fue de cinco millones de dólares. Pero en liras… Esto es unos… tres mil millones de liras, aproximadamente.

—¿Me pagarían a mí esa cantidad? —exclamó Brigitte.

—Todo eso lo decide únicamente «Dólar». Y ya le digo que depende del rendimiento que usted dé en la organización. Aparte, claro está, depende de la cuantía con que finalice la «Operación Dólar».

—¿Y si fracasa?

—No puede fracasar jamás. Bien… Ha visto usted lo más representativo del «Dios Dólar»: la entrada, la Sala de Reservas, la Sala de Producción, el pasillo de los alojamientos… ¿Le gustaría ver el suyo?

—Pero creo que «Dólar» nos está esperando, ¿no?

—Cuando él quiera recibirnos, nos llamará, no se preocupe… Mientras tanto, puedo ir mostrándole el resto del «Dios Dólar». ¿Quiere ver su alojamiento… para cuando estemos seguros da que podemos confiar en usted?

—¿Acaso… no confían todavía en mí?

—No del todo, francamente.

—Entonces, ¿por qué me ha enseñado todo esto? Podría haberme tenido todo el tiempo con los ojos vendados…

—Lo sé. Pero eso no tiene importancia. En primer lugar, sabremos muy pronto si podemos confiar en usted. En segundo lugar, suponiendo que nos estuviese engañando y consiguiese escapar de nosotros… ¿qué habríamos perdido?

—Podría… indicar a alguien dónde está el… el «Dios Dólar».

Antonino Trieste rio más fuertemente que nunca.

—¡Esa sería una tontería de las divertidas, Brigitte! —exclamó—. Venga… Le enseñaré la cámara que Angela le ha destinado…

—¿Estaré… con ella?

—No. Angela y usted tienen una cámara cada una. En cambio, los hombres dormimos en alojamientos para cuatro. El «Dios Dólar» es grande, pero hay que aprovechar el sitio para otras cosas… Venga.

Salieron al pasillo, y Antonino cerró la puerta. Poco después empujaba la penúltima de la derecha, cediendo el paso a Brigitte, explicando:

—Naturalmente, su cámara es más pequeña que las otras. Pero no le faltará de nada en ningún momento: agua, luz, televisión…, que funciona cuando conviene a la seguridad del «Dios Dólar», radio, baño, bar, biblioteca… Generalmente, no suele faltar de nada en los aposentos, pero si precisa algo, solo tiene que salir y adquirirlo… Eso, contando con su presencia fija aquí. Y, por supuesto, todos los gastos que usted realice están cubiertos por la organización… Si no se compra un yate o cosas así, claro…

—Entiendo. Me gusta mi cámara.

Era de tono azul, con detalles dorados. Un lecho confortable, no muy ancho, empero. Y todo lo mencionado por Antonino, desde el bar, pequeño pero surtido, hasta el pequeño aseo con ducha y medio baño. Todo el espacio estaba magníficamente aprovechado.

—Pero… ¿dónde estamos, Antonino? ¿Qué lugar o cosa es esta que contiene tan…?

Se oyó de pronto un silbido, y Antonino se volvió como una centella hacia la puerta, mirando hacia lo alto. Allá había un cuadro de llamadas, con números que se iluminaban. Se habían encendido cuatro de ellos, precisamente el 2, 3, 4 y 5.

—Fiuuu —silbó Antonino, por lo bajo—. Reunión grande. Vamos, Brigitte: «Dólar» está listo para recibirnos.

Capítulo VII

Cuando salieron de la cámara, Brigitte vio a tres hombres en el pasillo, delante de la puerta más cercana a la cámara privada del jefe de la operación. Los tres estaban mirando hacia ella, fijamente, serios los rostros, escrutadoras las miradas.

Pero no hicieron el menor comentario. Esperaron a que Antonino y ella llegasen a su altura, y entonces caminaron todos hacia la puerta. Uno de ellos apretó un botón, y la puerta se abrió al instante, silenciosamente.

Y enseguida Brigitte vio a «Dólar».

Primero, quedó paralizada por la estupefacción, al no comprender muy bien aquello. Luego, la sorpresa continuó ejerciendo en ella el mismo efecto, es decir, que todavía no pudo moverse…

La voz de «Dólar» fue como un timbrazo metálico, vibrante:

—¿Qué ocurre en la Sala de Producción?

—Un escape de sonido —se apresuró a explicar uno de los tres hombres desconocidos para Brigitte—. Ya se está reparando.

—Bien. Podéis sentaros.

Antonino empujó suavemente a Brigitte, y la espía reaccionó solo entonces, agitando la cabeza. Caminó hasta la mesa de brillante madera contrachapada, en cuyo extremo estaba «Dólar», y se sentó, como una autómata, sin dejar de mirar al insólito personaje. «Dólar» sí que era ciertamente insólito; porque a menos que ella no estuviese viendo bien, era… un robot.

Exactamente: un robot.

Estaba sentado a la cabecera de la mesa ovalada, inmóvil. Tenía boca, ojos y, por orejas, unos auriculares. Su forma era la de un hombre de estatura gigantesca, sobrepasando holgadamente los seis pies. Los hombros muy anchos, el cuello poderoso. Los ojos eran como dos pequeñas ventanas circulares provistas de cristales azules,

oscuros. La boca, una simple hendidura, por donde parecía que salía la voz. Cabeza metálica, manos metálicas. Un robot que llevaba un traje parecido al de un astronauta, brillante, resistente al fuego, al frío, a la atmósfera exterior. Las manos metálicas descansaban inmóviles sobre la mesa, y la cabeza era como un sobrecogedor bloque de hierro y fibra de vidrio.

—Naturalmente —dijo de pronto «Dólar»—, está usted sorprendida, señorita Saintmarie.

Brigitte tragó saliva, simulando estar más amedrentada y sorprendida de la realidad, ya pasados los primeros segundos de asombro.

—Sorprendida es poco —murmuró—. Yo… no quiero parecer tonta, pero diría que usted es… un robot. Bueno, a menos que dentro haya un hombre de estatura en verdad poco corriente.

—¿Eso cree?

Brigitte vaciló visiblemente.

—La verdad es que no… Se verían más llenos los brazos y el torso… Supongo que usted es un robot, y que habla por medio de algún micrófono… Imagino que el verdadero «Dólar» está detrás de esa puerta del fondo, dirigiendo el robot.

Señaló la puerta que, indudablemente, llevaba al dormitorio de «Dólar». Y por la boca del robot brotó una risa sarcástica, seca.

—La señorita Saintmarie parece que sabe utilizar su inteligencia. Y eso es bueno para quien pretenda entrar en la organización, ya que…

—Un momento —cortó fríamente la espía—. Yo no pretendo nada, señor robot. Han sido ustedes, por medio de Antonino, los que han venido a buscarme.

—Exacto. Es verdad, señorita Saintmarie. Otra cosa que me gusta en mis colaboradores es firmeza de carácter y que no se amilanen por un robot más o menos. Dígame: ¿realmente está usted dispuesta a trabajar en pro de la «Operación Dólar»?

—Si cobro bien mis servicios, sí.

—Los cobrará espléndidamente, como todos. En esta operación se han gastada ya unos veinticinco millones de dólares, pero, puesto que los beneficios ascenderán a cientos de millones, todos quedaremos contentos. Ante todo, quiero disculparme por haber ordenado su muerte. Creí que usted había llegado, a Portofino con

otras intenciones, que luchaba en el bando de *herr* Leonitz.

—Ya le expliqué a Antonino…

—Sí, sí, ya sabemos todo eso. Y puesto que, según parece, los malentendidos se han solucionado, pasemos a lo interesante. Entiendo que usted suele efectuar trabajos de… protección.

—Sí.

—Eso requiere mucha vista y muy buenos nervios. Lo cual no es frecuente en una mujer.

—Quizá yo no sea una mujer —sonrió Brigitte.

Los cuatro hombres rieron, y el robot, naturalmente, permaneció impasible. Solo algo parecido a la risa brotó por la boca metálica.

—No creo que sea otro robot —comentó festivamente «Dólar»—. Quiero presentarle a sus jefes, mis más inmediatos colaboradores. Son Antonino, Leonardo, Baptiste y Rikjavan. Los dos primeros, italianos, el tercero es francés, y Rikjavan, quizá ya lo ha comprendido, es noruego…

—¿Y usted?

—Yo soy… internacional. Cualquiera de ellos, señorita Saintmarie, podrá darle órdenes en lo sucesivo. Y quiero que sepa que la desobediencia, en el «Dios Dólar», significa el despido de la organización por la vía más desagradable.

—¿La muerte?

—Exactamente. Si ha entendido todo esto, quizás esté dispuesta ahora a decirnos definitivamente si le interesa el asunto o no.

—Me interesa. Todo lo que sea ganar dinero, me interesa.

—Muy bien. ¿Nunca ha visto a *herr* Leonitz?

—Nunca.

—¿Tampoco él la conoce a usted, por supuesto?

—Por supuesto.

—Bien… Según parece, usted es la persona ideal para asesinarlo.

—Posiblemente.

Brigitte iba mirando a su alrededor mientras conversaba con el robot. Se veían ficheros metálicos, más sillas, un sofá y algunos sillones, un televisor, un mueble-bar de grandes dimensiones y algunos taburetes. Eso era todo.

—*Herr* Leonitz está ahora en aguas de Palma de Mallorca, en su yate *Berlín*. Últimamente, nos hemos dedicado a vigilarlo, y todo ello ha dado lugar a una serie de acontecimientos que sería largo de

explicar, pero que han propiciado, entre otras cosas, que usted viniera de París, llamada por el banquero Giulio Ferrani. Creo conveniente y aleccionador decirle que Giulio Ferrani fue ejecutado por pretender traicionarnos.

—Yo siempre llevo mis trabajos hasta el fin, «Dólar». Nunca traiciono. O me interesa o no me interesa un trabajo. Pero si digo que acepto, es que acepto hasta el final.

—Magnífico. Sí… Giulio Ferrani pretendía traicionarnos, y pasarse a la organización de *herr* Leonitz. Eso le costó la vida… Y mucho temo que a Leonitz le va a costar el mismo precio su… osadía.

—¿Osadía?

—Esa es la palabra exacta, creo yo. *Herr* Leonitz se enteró, por medio de Giulio Ferrani y Enrico Moranti de las… peculiaridades de la «Operación Dólar», y decidió participar… sin mi consentimiento. El primer paso que dio en ese sentido fue privarme de la colaboración económica de Giulio Ferrani, un poderoso banquero de Roma. Por su parte, Ferrani, comprendiendo que su traición era peligrosa, decidió contratarla a usted, y le escribió a París… Lástima que su carta llegó demasiado tarde.

—Espero que a mí me favorecerá ese detalle.

—Desde luego. Enrico Moranti cometió el error de creer que usted venía de parte de *herr* Leonitz, y eso complicó las cosas. Quisimos matarla. Pero, afortunadamente, usted está viva, y Enrico Moranti y Giulio Ferrani, los dos que querían traicionarme, están muertos. Ahora, solo falta matar a Leonitz.

—Ejecutarlo —sonrió Brigitte.

—Eso es: ejecutarlo. Se lo merece, porque, entre otras cosas, mucho me temo que *herr* Leonitz, a fin de no perder la oportunidad, quiso que yo precipitase los acontecimientos, que pusiera en marcha inmediatamente la «Operación Dólar».

—No entiendo eso, perdón… Bueno, creo que no lo entiendo…

—Es simple. *Herr* Leonitz, por medio de Ferrani y Moranti, se enteró de la «Operación Dólar», y quiso participar. Él sabía muy bien que yo descubriría la traición de Ferrani y Moranti, y, para que no tuviera tiempo de tomar represalias contra ellos, se las arregló para ponerse en contacto con un agente de la CIA americana.

—¿La CIA? Pero… ¿qué tiene que ver la CIA en esto?

—Al parecer, Ferrani no conocía a nadie más que pudiera luchar contra el «Dios Dólar». Y puesto que tenía noticias de que cierto americano pertenecía a la CIA, le pasó algunas informaciones, esperando que yo pusiera en marcha la «Operación Dólar» antes de que la CIA tuviera tiempo de intervenir.

—¿Y no fue así?

—No. Envié a unos hombres detrás del agente de la CIA, a Nueva York. Antes de precipitar la «Operación Dólar», yo quería saber si la CIA sabía lo suficiente para intervenir…

—¿Y…?

—Parece que no. Hubo una reunión de agentes de la CIA, con el agente al que Leonitz habló de la «Operación Dólar». Pero el agente de la CIA no sabía demasiado, lo cual prueba que tampoco Leonitz está del todo al corriente de la operación. Ahora, él se limita a esperar, a ver si, cuando se produzca la «Operación Dólar», puede intervenir. Pero no… No sabe exactamente en qué consiste la operación.

—Si Giulio lo sabía, debió de decírselo, ¿no?

—Ferrani, igual que Moranti, solo sabían algunas cosas: que podemos desplazarnos por todo el mundo, que las máquinas nunca están en el mismo sitio, que nuestros billetes son perfectos… Cosas que, por el momento, no comprometen la «Operación Dólar».

—Bien… Pero ¿cómo sabe usted que la CIA no está al corriente de la verdad?

—Escuchamos la conversación. Uno de nuestros hombres la grabó desde un tejado, enviándola, al mismo tiempo, a sus dos compañeros, retirados de allí, por medio de un pequeño emisor. La CIA se quedó con la grabadora, con el emisor… y con el cadáver de su agente, al que mis hombres mataron en una cabaña, cerca de un lago. Luego, convencidos de que la CIA no sabía lo suficiente, se esfumaron. Así, pues, queda descartada la CIA. Y nosotros, usted personalmente, va a descartar a *herr* Leonitz. Así, le… ahorraremos la tensa espera de la «Operación Dólar». Y muerto Leonitz e ignorante la CIA de la verdad del asunto, podremos poner en práctica la «Operación Dólar» dentro de muy pocos días.

—¿Cuántos?

—Pocos.

—Se me está ocurriendo que quizá Leonitz haya insistido en

avisar a la CIA.

—También lo hemos pensado. Pero eso no importa ya, puesto que las personas que podían llevar a la CIA hasta el «Dios Dólar» están muertas. Me refiero a Giulio Ferrani y Enrico Moranti.

—Oh… Claro…

—Como ve, señorita Saintmarie, todo es simple ya: solo hay que ejecutar a Leonitz. Usted hará eso mañana, o pasado mañana… Espero que haga usted bien las cosas. Y para ello, lo mejor es informarla de todo debidamente, con detalles…

—¿De la «Operación Dólar»?

—No, no… Solo de lo concerniente a *herr* Leonitz. Lo demás irá viniendo lentamente. Aunque supongo que no será necesario informarla de nada, ya que no habrá tiempo. Usted disfrutará de los beneficios de la operación casi al tiempo de enterarse de en qué consiste… Proyecta la película, Rikjavan.

—Sí, señor.

El noruego se puso en pie y fue a los ficheros. De un cajón sacó un proyector, que llevó a la mesa. Brigitte simulaba mirarlo a él, pero no perdía de vista el robot, convenciéndose cada vez más de que no se movía lo más mínimo.

Era curioso, una novedad más en su agitada vida, aquello de estar hablando con un robot…

¿Cómo sería el verdadero «Dólar», el hombre que se escondía en el dormitorio?

¿Quién era?

¿Cómo…?

Rikjavan apagó las luces, y comenzó la proyección de la película. Era en colores y estaba expertamente tomada.

—Vea en primer lugar un plano completo, alejado, de la bahía de Palma… Hermoso lugar. Aguas azules, rocas, pinos, hermosas playas que parecen blancas… *Herr* Leonitz ha escogido esta especie de paraíso para esperar la «Operación Dólar». Vea ahora su yate, el *Berlín*… No está en la bahía de Palma, sino al otro lado de la isla, cerca de un lugar llamado Porto Cristo. Si está allá más de un día, señorita Saintmarie, no deje de visitar las llamadas Cuevas del Drach; es un pintoresco lugar, todo cuevas, con estalagmitas y estalactitas que los nativos han iluminado, así coma las aguas… Hay unos románticos paseos en botes para los turistas. Le

gustarán…

—Esperaré a terminar mi trabajo para dedicarme a eso, si no le importa.

—Así me gusta. Bien… Como le decía, vea el yate *Berlín*… Es grande, bonito, veloz… Muy nuevo y moderno. *Herr* Leonitz siempre lleva a bordo algunas chicas. Son su debilidad más perjudicial. Casi hemos llegado a la conclusión de que Leonitz prefiere las chicas al dinero.

—Quizás eso facilite mi acercamiento a *herr* Leonitz —sonrió Brigitte.

—Quizás. Pero tenga en cuenta que también lleva hombres a bordo. Gente peligrosa, porque sabe muy bien que el «Dios Dólar» no le ha perdonado su intento de intervención en una operación privada.

—¿A qué llama usted «gente peligrosa»?

—Hombres que la matarán sin pestañear, en menos de un segundo, si Leonitz se lo ordena, o si usted hace algo que a ellos no les guste.

—Entiendo. No parece que vaya a ser muy fácil ejecutar a *herr* Leonitz, ¿verdad?

—Nunca pago a la gente que solo hace trabajos fáciles. Tengo en la Sala de Producción a cuatro técnicos que han conseguido poner en marcha la «Operación Dólar». Han hecho un trabajo formidable. Uno consiguió las máquinas, el otro el papel, el otro las tintas, el otro las planchas falsas. Eso vale dinero. Matar a Leonitz vale dinero. Para lo que no vale dinero, podría conseguir a cualquier asesino desdichado en Marsella, por ejemplo. Pero yo no quiero fallos: quiero que alguien vaya a matar a Leonitz… y que lo consiga.

—Yo lo haré.

—Perfecto. Pero tenga cuidado… Vea ahora la película… Ese es *herr* Leonitz… Obsérvelo bien: alto, huesudo, calvo, con cara de degenerado… Fíjese qué tipo tan estrafalario tiene, y va con unos horribles *shorts* y una camisa de colores… Observe sus ojos, para que no se deje engañar más adelante… Son pequeños, astutos, crueles… *Herr* Leonitz es un hombre que siempre ha conseguido cuanto se ha propuesto…

—¿Incluso matando?

—Por supuesto. Sabemos que Leonitz ha matado por lo menos a tres hombres… Y en cierta ocasión, en Atenas, estranguló a una chica, de la cual nadie volvió a saber nada. Es un aventurero millonario, sin escrúpulos de ninguna clase. Igual que nosotros, ciertamente.

—Creo que será un placer ejecutarlo —susurró fríamente Baby.

—Muy bien. Ahora, véalo paseando, por Porto Cristo… Fíjese que lleva delante dos hombres, y detrás tres… Parece que no vayan con él, que ni siquiera lo conozcan. Y, sin embargo, forman un cerrado cinturón defensivo. ¿Lo ve?

—Los veo perfectamente. No olvide que yo también trabajo de ese modo, «Dólar».

—Ah… Es cierto. Bien… *Herr* Leonitz acostumbra tomar el aperitivo algunas veces en un bar de Porto Cristo llamado Drach. Algunas veces, solamente. Generalmente, se pasa el día en el yate. Pero es absolutamente seguro que cada tarde se da un paseo por Porto Cristo. Solo que, como ve, siempre lleva a sus cinco hombres rodeándolo. A veces son cuatro, a veces seis…

—Del mismo modo que sus hombres tomaron esta película, «Dólar» pudieron matar a Leonitz, ¿no?

—No era tan fácil. Además, la película está tomada con teleobjetivo de gran potencia. Por otra parte, nosotros no buscamos una refriega en la que muera Leonitz, sino un trabajo bien hecho. Y ese trabajo bien hecho nos significaría unos cuantos millones de dólares. Si el trabajo se hace mal, perderemos esos millones.

—¿A qué se refiere?

—*Herr* Leonitz tiene unos cuantos millones de dólares escondidos en algún sitio, cerca de Porto Cristo, esperando el momento de la «Operación Dólar». Yo quiero esos millones.

—Entiendo. Entiendo perfectamente, «Dólar»… Usted me envía a la isla de Palma no solo para matar a Leonitz, sino para conseguir el dinero que este tiene dispuesto para intervenir en la operación.

—Exactamente.

—Eso sí es algo en verdad difícil.

—Lo sé.

—Puedo intentarlo, desde luego.

—Es mejor que lo consiga. Esta noche dormirá usted en el «Dios Dólar». Llévese la película a su cámara, pásela varias veces, estudie

bien a su presa, a sus guardaespaldas… Incluso verá a algunas de sus chicas, retozando alegremente. Obsérvelo todo, piense bien las cosas, trácese un plan de acción, y cuando lo tenga, pida todo lo que necesite. Con todo ello, usted será arrojada en paracaídas, mañana por la noche, cerca de Porto Cristo.

—¿Contamos con aviones? ¿Incluso eso?

—¿Con aviones? Bueno, sí, realmente, ya que son necesarios para la «Operación Dólar»… Pero usted no saltará desde un avión, sino desde aquí mismo, desde el «Dios Dólar».

—¿Cómo dice? Pe-pero… ¿no estamos en un… submarino?

Leonardo, Rikjavan, Baptiste y Antonino se quedaron mirando a la espía sonriendo irónicamente. Pero ninguno de ellos dijo nada.

—No se preocupe usted por esos detalles, señorita Saintmarie —dijo «Dólar»—. Solo ocúpese de lo que le interesa ahora. O sea: *herr* Leonitz.

—Pero si esto vuela no es un submarino, y si es un avión es de unas proporciones… ¿Me llevarán hasta la isla de Palma en el «Dios Dólar»?

—Ya estamos rumbo a Palma. Que descanse, señorita Saintmarie.

—Bien… ¿Puedo salir sola?

—Se lo ruego. Creo que ya sabe cuál es su cámara, ¿verdad?

—Sí… Sí, desde luego.

—Pues buenas noches.

Brigitte se puso en pie, vacilante.

—Buenas noches… En cuanto a mi ausencia de Albergo Portofino, quizá se alarmen…

—Eso está ya arreglado.

—Claro… Era de suponer… Buenas noches, señores.

—Buenas noches. Oh, no se olvide el proyector con la película.
Brigitte lo cogió y salió de la Sala de Reuniones, dirigiéndose directamente a su cámara, ya que estaba convencida de que habría objetivos de televisión vigilándola continuamente. No podía ser menos en un lugar tan perfecto y bien organizado como era el «Dios Dólar». Mas… ¿qué era el «Dios Dólar»? No era un submarino, ya que decían que saltaría desde él… ¿Un submarino volador? Oh, vamos… Imposible aquel aparato, de aquella envergadura, tan enorme… Tampoco era un avión. ¿Estaba bajo el mar? ¿Estaba

encima? ¿Estaba en el aire? ¿En qué consistía exactamente la «Operación Dólar»? ¿Por qué estaban todos tan seguros de que era infalible? Era absurdo… Una falsificación de aquella envergadura, con cientos de billones de dólares, jamás podría dar resultado… ¿Dónde colocar quinientos mil billones de dólares? ¿Quizá pensaban venderlos a Rusia? ¿A China?

Se sentó en el lecho, pensativa, encendiendo un cigarrillo, que sacó de su bolsito. No llevaba sus aparatos con truco encima. Solo un bolsito, con la pistola, y un par de cosas sin importancia. Y, desde luego, no se le había ocurrido la absurda idea de tomar fotos de aquel robot con el encendedor. Ni de nadie, ya que Antonino sabía que el encendedor contenía una cámara fotográfica…

¿Dónde estaba? ¿Quiénes eran aquellas gentes? ¿Quién era el que hacía hablar al robot, o, mejor dicho, quién hablaba por medio del robot? ¿Qué era el «Dios Dólar»? Y, sobre todo, ¿en qué consistía exactamente la «Operación Dólar», que no podía fallar…?

Decidió ponerse cómoda y dedicar una buena parte de aquella noche a estudiar el plan para atacar a *herr* Leonitz. Y como este, al parecer, merecía la muerte, ella tendría mucho gusto en proporcionársela.

Vio los mandos del acondicionador de aire, y puso la temperatura a veintidós grados centígrados. Luego, se desnudó completamente, y se sentó en el sillón, pensativa…

En el Salón de Reuniones, un trozo de pared se había deslizado, dejando ver una pantalla de ochenta pulgadas. Y en la pantalla, los cuatro hombres y el robot estaban viendo a la más astuta espía del mundo.

—Si supiera que está vigilada no se quedaría desnuda —musitó Antonino—. Ni lo sospecha, siquiera.

—O bien es muy lista —dijo «Dólar»—. Cierra ya eso, Antonino.

—Pero… ¿ahora?

—Sí.

—Bien…

Con clarísima mala gana, decepcionado, Antonino pulsó un botón de la parte inferior de la mesa ovalada. La pantalla se apagó, el panel volvió a su sitio… Y los cuatro hombres quedaron enfurruñados. Es decir, los seis, ya que había dos hombres más en la Sala. A estos dos se dirigió «Dólar», siempre inmóvil.

—¿Estáis seguros de que es ella? —preguntó.

—Segurísimos, «Dólar». Ya se lo dijimos esta tarde, cuando llegamos de Estados Unidos.

—Bien… Supongo que toda la culpa la tienen los malditos periódicos. Si esa chica vio el signo del dólar en la muñeca de Gastón, en Nueva York, y luego leyó en los periódicos que el asesino de Giulio Ferrani también llevaba el signo del dólar, parece que ella tenía que venir a Portofino, ¿no? Y su única pista era Enrico Moranti, el secretario de Ferrani. Es muy lista, ¿verdad?

—Por lo menos, sabemos que realmente no la envía Leonitz.

—Pero trabaja con la CIA, que es peor.

—Quizás eso no sea tan malo como nos parece —dijo «Dólar»—. ¿Qué más sabéis de ella? Hablad, Andrea y Sibelius.

—Poca cosa. La vimos cuando estuvo en la cabaña donde matamos al agente de la CIA que estuvo por aquí con Leonitz. Luego, llegaron dos de los tipos que por la noche anterior habían estado con el otro… Se hicieron cargo del cadáver y tal… Nosotros vigilamos a esa chica. Se llama en realidad Brigitte Montfort, y vive en un lujoso apartamento de la Quinta Avenida de Nueva York. Es periodista. Trabaja en el *Morning News*, de Nueva York, y parece que tiene mucho éxito. Después de hablar con aquellos dos tipos que fueran a recoger el cadáver del otro a la cabaña, ella se fue a su apartamento. Más tarde, llegó el más viejo y menudo de los tipos, con un sobre grande… y salió sin él. Parecía que eran revistas de floricultura.

—Debían de ser datos, documentos falsos, dinero…

—No me gusta nada esto de tener metida entre nosotros a una agente de la CIA —gruñó Baptiste.

—Es una linda chica —comentó Antonino.

—Déjate de tonterías. Cuando todo esto termine, tendrás todas las lindas chicas que quieras. Ahora, todo lo que esa linda chica puede proporcionarte son quebraderos de cabeza.

—¿Por qué? —preguntó «Dólar».

Baptiste miró asombrado al robot.

—¿Por qué? Bueno… Si ella pertenece a la CIA, y nosotros estamos preparando la «Operación Dólar»… Supongo que ella hará lo imposible por impedir que la llevemos a cabo, ¿no es así?

—Oh, sí. ¿Y qué?

—¿Cómo y qué? —se irritó Baptiste—. Si vamos dejando moverse libremente a esa mujer…

—En primer lugar, la actuación de esa mujer nos prueba que la CIA no está ni mucho menos al corriente de la «Operación Dólar», ni de lo que es y cómo es el «Dios Dólar». Y eso es bueno para nosotros. En segundo lugar, nosotros no vamos a dejar moverse tan libremente a esa mujer. Y en tercer lugar, me parece fantástico que sea una agente de la CIA, porque…

—¡Fantástico! —exclamó Leonardo—. ¡No entendemos esto, «Dólar»!

—Es fácil. Yo supongo que la CIA no habrá enviado a una agente cualquiera a Europa. Hemos de suponerle a esa Brigitte Montfort una cierta categoría internacional, ¿no es así? Categoría fácil de admitir si recordáis lo que les ocurrió a los dos hombres que Antonino envió a matarla, con el patín… Sí… Esa mujer tiene que ser muy lista y muy peligrosa. Tanto mejor, porque así, si ella quiere conseguir llegar hasta el fondo de la cuestión, tendrá que complacernos.

—Complacernos… ¿en qué?

—Matando a *herr* Leonitz y trayéndonos su dinero.

—Es cierto… ¡Demonios! ¡La estamos utilizando!

—Así es —brotó la metálica voz del robot—. Por lista que sea esa Brigitte Saintmarie, o Montfort, nosotros la estamos utilizando. Ella querrá seguir hasta el final, de modo que nos quitará de en medio a *herr* Leonitz.

—¿Y después? —musitó Antonino.

—Después, naturalmente, nosotros la quitaremos de en medio a ella. Se levanta la sesión.

Capítulo VIII

—¿Está segura de que no ha olvidado ningún detalle? —preguntó Antonino.

—Segura. Si ustedes han hecho todo cuanto les he indicado, ya no hay nada más que preparar.

—Bien… —Antonino miró su reloj—. Son las ocho de la noche, de modo que usted ni siquiera ha necesitado veinticuatro horas para organizar el plan de ataque contra *herr* Leonitz. Por nuestra parte, todo está en marcha, esperando su intervención personal.

—Si falla algo de lo que corresponde a ustedes, no me pidan luego explicaciones, Antonino.

—Todo está listo. Hemos utilizado la radio, y como hemos dispuesto del tiempo suficiente, las cosas están como usted las pidió. Dentro de media hora como máximo saltará al mar. ¿No quiere revisar su equipo?

La agente Baby miró irónicamente al guapo italiano.

—¿Acaso no está seguro de habérmelo proporcionado todo?

—Sí, sí… Es solo por si usted prefiere…

—Por mí, está bien. ¿Nos hallamos ahora sobre la isla de Palma?

—Cerca, solamente.

—Ya… ¿En avión, en submarino volador…, o en tren elevado?

—Solamente, en el «Dios Dólar» —rio Antonino—. No sea impaciente. A su debido tiempo, lo sabrá todo. Incluso lo concerniente a la «Operación Dólar»… ¿Ha estado a gusto en su cámara?

—Muy a gusto, Antonino —brillaron los ojos azules—. Solo una cosa me molesta.

—¿Qué cosa? La quitaremos inmediatamente, para que a su regreso no la moleste… ¿Qué cosa?

—No creo que la quiten.

—Prometido, prometido…

—Apuesto a que no la quitan, pero, en fin, se lo diré. Lo que me molesta es el objetivo de televisión.

—¿Se dio cuenta? —casi gritó Antonino, incrédulo.

—Por supuesto. No me molesta demasiado que me vean en la… intimidad. Pero ha de ser cuando yo quiera. Y más… privadamente.

—¿Es… una promesa? —susurró Antonino.

—Quizás. ¿Quitarán el objetivo?

—Eso es cosa de «Dólar»… Pero haré lo posible por convencerlo, se lo prometo seriamente.

—Sería muy conveniente —musitó dulcemente la espía.

—¿Conveniente? ¿Por qué y para quién?

—Bueno… Digamos que si yo recibiese alguna visita por… motivos personales, «Dólar» no podría enterarse, al no tener el objetivo de televisión en mi cámara. Es evidente, como consecuencia, que si ese objetivo continúa allí, yo no podré… recibir a nadie en ningún momento. No estaría tranquila, compréndalo, Antonino.

—Lo comprendo —murmuró roncamente el italiano—. Creo que haré lo posible por quitar ese objetivo de su cámara.

—Se lo agradecería mucho —susurró ella. Antonino se pasó la lengua por los labios.

—Bien —volvió a mirar su reloj—. No creo que tardemos mucho ya… ¿Recuerda las instrucciones para ser recogida?

—Desde luego. Le noto inquieto, Antonino. ¿Acaso teme que yo no consiga lo que me he propuesto?

—No sé… Espero que sí lo consiga. No olvide que si falla no la volveremos a ver… Al menos, viva. Tenga presente en todo momento que *herr* Leonitz es un asesino, y que sus hombres lo son tanto como él, o más.

—Lo tengo muy presente, porque es un factor muy interesante.

—¿Interesante? ¿En qué sentido?

—Pues se me ocurre que si *herr* Leonitz y sus hombres mueren todos, el mundo se quedará mucho más tranquilo. Y más limpio. *Non é vero?*

—*É vero*. Oh, aquí llegan sus dos acompañantes… Eso quiere decir que dentro de tres minutos tendrán que saltar. ¿Todo está preparado? —preguntó a los dos hombres.

Estos asintieron con la cabeza. Igual que Brigitte, llevaban un

paracaídas a la espalda, de seda negra. Además, uno de ellos llevaba un pequeño maletín, con parte de las cosas solicitadas por la agente Baby. El otro llevaba solamente una bolsa de plástico transparente, que contenía tres bengalas y una pistola lanzadora. Por su parte, Brigitte tenía a sus pies una bolsa de lona, también negra, con todo el equipo pedido a Suministros del «Dios Dólar». La espía llevaba unos pantalones negros que habían sida arreglados por Angela Lombarte, la estremecedora tuerta, de unos pantalones masculinos de a bordo. Y un jersey, también negro, así como zapatillas de goma.

En lo alto de la reducida cabina de lanzamiento se encendieron tres bombillitas rojas, y se oyó una voz:

—Tres minutos.

Los dos hombres recién llegados se repasaron el uno al otro los atalajes de sus paracaídas. Luego, se dedicaron ambos a examinar los de la espía.

—Dos minutos.

Uno de los hombres pasó una cadenita que colgaba de sus atalajes por los de Brigitte, de modo que efectuarían inevitablemente juntos el descenso en paracaídas. Mientras se dedicaba a esto, apareció en la cabina Angela Lombarte, mirando con su único ojo pavoroso a la más bella espía del mundo.

—Vuelve, niña —musitó con su voz áspera, chirriante—. Y si no vuelves, yo quemaré vivo a *herr* Leonitz.

—Espero volver —intentó sonreír Baby—. Has sido muy amable conmigo durante estas veinticuatro horas, Angela.

Antonino soltó una risita y miró de reojo a la tuerta. Brigitte le había visto reír así varias veces, siempre que Angela se acercaba a ellos, y eso la tenía intrigada… El otro hombre sacó un gran pañuelo negro y pasó detrás de Brigitte. Se trataba de que la espía no supiera desde dónde había saltado, con lo cual Brigitte perdió aquella esperanza que había tenido de mirar hacia arriba y ver qué era el «Dios Dólar»…

—Un minuto —dijo la voz.

Y solo quedó encendida una bombilla roja.

—Quita las manazas de ahí —gruñó Angela—. Yo vendaré a la niña, maldito.

El hombre frunció el ceño, pero a un gesto del irónico Antonino

se apartó, entregando el pañuelo negro a la tuerta, la cual se colocó detrás de Brigitte, y le anudó el pañuelo a la nuca, con delicadeza. Luego, de pronto, la besó en el cuello, impetuosamente. Brigitte se estremeció de asco al notar la humedad de aquella horrible boca, pero no dijo nada, quizá sorprendida por la risa de Antonino, quizá por el afecto que le estaba demostrando la horrible Angela Lombarte.

—Treinta segundos —dijo la voz.

—¿Te molesta la venda, niña? ¿Te duele, quizás?

—No, no… Está bien, Angela. Gracias.

—Pero no ves nada, ¿eh? No tienes que mirar al «Dios Dólar» cuando estés en el aire…

—No podría aunque quisiera.

—Veinte segundos —dijo la voz.

—Ni yo la dejaría —dijo el hombre que se había encadenado a Brigitte para el salto.

—Cuida de ella —pidió Angela—. Si le pasa algo, Gunther, te sacaré los ojos. Y lo mismo te digo a ti, Miguel.

—Vete al demonio —farfulló Miguel.

—Diez segundos —cantó la voz—. Preparados. Ocho, siete, seis, cinco, cuatro…

Se había abierto de pronto una compuerta, y Brigitte notó el brusco impacto del aire en su cuerpo. Solo un instante. Luego, fue mucho más suave. Notó la mano de Gunther en la cintura y caminó algunos pasos, hasta comprender que estaba al borde de la cámara de saltos…

—… Tres, dos, uno… ¡Fuera!

El aire agitó los cabellos negrísimos de la espía cuando saltó, abrazada por Gunther por la cintura. La caída fue vertiginosa, hasta que notó el primer tirón de frenazo, y comprendió que Gunther, había ya abierto su paracaídas. De modo que le tocaba a ella ahora. Tiró de la anilla, notó cómo su espalda recibía más aire, y, de pronto, otro tirón, mucho más suave.

A partir de entonces el descenso con Gunther fue lento, cómodo. Ni siquiera intentó quitarse el pañuelo que cubría sus ojos, pues estaba convencida de que Gunther lo impediría…

—Agua —dijo Gunther de pronto.

Y tres segundos después su cuerpo se sumergía ligeramente en el

mar. Salió a flote enseguida, se quitó la venda y apartó el paracaídas con rápidos manotazos; mirando ya hacia el cielo.

Pero en el cielo no había nada. Solo unos espesos nubarrones, que ocultaban la luz de la luna. El salto había sido no inferior a los mil quinientos pies, calculó. De modo que el «Dios Dólar», por veloz que fuese, debía de estar todavía cerca, aunque quizá volase sin luces de situación…

Gunther había soltado ya la cadenita, y la estaba ayudando a desembarazarse del paracaídas. Miguel estaba llegando al agua en aquel momento, y debía de ser un experto en saltos, porque en lugar de llegar al mar con el paracaídas a la espalda, se desprendió de este cuando le faltaban casi quince pies para llegar. De este modo, salió pronto a flote, ya libre de movimientos.

Nadó hacia ellos, con soltura, y se quedó mirándola, apenas visibles los tres en el apagadísimo resplandor de la oculta luna.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo bien.

—Sujetadme.

Lo sostuvieron entre Brigitte y Gunther, mientras el mejicano sacaba de la bolsa de plástico una bengala y la pistola lanzadora. La introdujo dentro, apuntó al cielo y disparó.

No se vio nada. No hubo chispazos de fuego, ni resplandor de luces de bengala en el cielo. Nada, simplemente. Y Brigitte comprendió que si no quería parecer demasiado lista tenía que hacer la pregunta:

—¿Ha fallado la primera bengala, Miguel?

—No… No ha fallado. Ocurre que solo se puede ver con unos lentes especiales. Vendrán enseguida a recogernos.

Y así fue. Apenas cinco minutos más tarde se oyó el motor de una lancha, y muy poco después, tras disparar Miguel otra bengala, la lancha se detenía cerca de ellos.

—¡Eh! —llamó un hombre—. ¿Estáis ahí?

—¡Aquí! —llamó Gunther.

La lancha se movió, a remo ahora. En pocos segundos, los tres estuvieron a bordo, ayudados por el hombre que la tripulaba.

—¿Alguna dificultad? —preguntó este.

—Ninguna. Vámonos a Porto Cristo, Aleco. ¿Está todo preparado para Brigitte?

—Todo está en el balandro. Llegaremos allá en menos de media hora.

* * *

La lancha se detuvo junto a un bonito balandro, anclado en aguas de Porto Cristo, y Brigitte fue la primera en subir, ayudada por el hombre que había estado esperando allí. Luego, subió Aleco, que recogió algunas cosas y las tiró a la lancha, por la borda.

—¿Algo nuevo, Maloney? —preguntó.

—Nada.

—Entonces, vámonos. Ella se quedará sola aquí, y se las arreglará como pueda. De todos modos —miró a Brigitte—, si nos necesita ya sabe cómo llamarnos. ¿Ha subido su equipo?

Brigitte mostró la bolsa de lona. Aleco asintió con la cabeza y regresó a la lancha, seguido de Maloney. Segundos después, la lancha se alejaba, y Brigitte quedaba sola en el balandro.

Solamente tenía que esperar al día siguiente para empezar a poner en práctica su plan de ejecución.

Y puesto que quien estaba decidida a cometer un asesinato era nada menos que la agente Baby, de la CIA, parecía muy poco probable que *herr* Leonitz pudiera sobrevivir.

* * *

Era en verdad delgado, huesudo, calvo, con una mirada fija, cruel, implacable. Incluso cuando miraba a los tres bombones que le acompañaban, *herr* Leonitz parecía incapaz de ocultar aquella mirada dura, de aventurero desaprensivo, de buitre siempre dispuesto a la pitanza, fuese o no fuese carroña.

Acababa de contar una obscenidad, y los tres bombones rieron a la vez, serviciales hasta en esos pequeños detalles. Leonitz sostenía en alto su vaso de *martini* con hielo, y también reía, porque le hacía gracia ver reír a aquellas tres pobres tontas.

—Y ahora, la sorpresa del día, queridas. Tengo un obsequio preparado para vosotras… Un solo obsequio.

—Oh, Hermann, eso no puede ser… ¡Somos tres!

—Sí, somos tres —dijo otra, igual de tonta.

Herr Leonitz las miró, una a una, como si fuesen sorprendentes bichitos la mar de divertidos: Greta, la pelirroja. Helen, la rubia, Pascale, la morena… ¿Cuál de las tres era más tonta? Y, al mismo tiempo, ¿cuál de las tres era más bonita? Era aquella una difícil elección, ciertamente. Las tres jóvenes, las tres en bikini, las tres sonrientes como tontas muñecas adquiridas en la misma tienda de juguetería…

—Ya sé que sois tres. Eso quiere decir, queridas mías, que le entregaré el obsequio a la que gane la prueba.

—¿Qué prueba, Hermann? —preguntó Pascale.

—¡¡¡Sí, sí, ¿qué prueba?!!! —trinó Greta.

—¡Oh, qué interesante! —gorjeó Helen.

Hermann Leonitz se quedó mirando hacia Porto Cristo, como pensativo, si bien ya tenía pensada la prueba a que sometería a las tres lindas muchachas. Se iba a divertir en grande, eso era seguro. Pero le gustaba causar expectación, y lo alargó en lo posible. Porto Cristo brillando al sol, el agua azul transparente, las gaviotas, embarcaciones deportivas y de recreo… Todo muy bonito, empezando por las tres chicas tontas en bikini. Lo único que afeaba aquel paisaje paradisíaco era la presencia de aquellos hombres de suéter azul marino y *shorts* blancos, siempre vigilantes. Uno en popa, uno en proa, uno a babor, uno a estribor… Dos abajo…, mirando por los pequeños ojos de buey del yate. No tan pequeños, ciertamente, ya que un hombre delgado podía deslizarse por el circular agujero, y de ahí la vigilancia. Estaba previsto todo. Absolutamente todo. Incluso la posible intromisión de un hombre delgado que, llegando por debajo del agua, escalara el casco del yate hasta introducirse por uno de los ojos de buey, y entonces… No, no… Desde luego, era molesto, pero, hasta que todo hubiera terminado, *herr* Leonitz no pensaba ceder en la vigilancia que salvaguardaba su vida.

—Pues la prueba es muy sencilla, criaturas. ¿Veis la borda del yate?

—¡Sí, sí, sí! —exclamaron los tres bombones.

—Muy bien. Está pintada de blanco, es muy bonita… Entregaré el obsequio a aquella de vosotras que llegue de proa a popa caminando por la borda…

—¡Oh, sí, sí, Hermann…!

La diversión, al parecer, era a gusto de todos. El caso era romper aquel aburrimiento, aquel tedio de *dolce vita*. Pero Leonitz alzó una mano lánguidamente, añadiendo todavía:

—El premio será para la que tarde menos tiempo en el recorrido. De manera que hay que hacerlo de prisa, muy de prisa…

Greta corría ya hacia la borda. Se encaramó a ella como una gatita, y empezó a deslizarse a toda prisa por el estrecho pasamanos, con los brazos separados, empezando muy pronto a inclinarse de un lado a otro… Pascale subió tras ella… con tan mala fortuna, o quizá con tanta precipitación, que se fue directamente al agua, lanzando un agudo gritito que hizo reír a Helen, que la siguió en su ascensión a la borda. Estaba todavía encaramándose, con mucha menos agilidad que las dos anteriores, cuando Greta empezó a lanzar grititos parecidos a los de Pascale, que ya había salido a flote… Y Greta, manoteando, resistiéndose hasta el último instante, también se fue al agua…

—¡Yo, yo, yo…! —gritaba Helen, deslizándose por la borda a toda prisa.

Uno de los hombres de Leonitz se colocó de pronto junto a este, sin hacer el menor caso a las chicas. Señaló hacia el mar con un dedo huesudo, enorme, de la mano izquierda, mientras la derecha se introducía en la cintura de los *shorts*.

—El balandro blanco y rojo —advirtió.

Leonitz se olvidó también instantáneamente de la divertida broma. Sus crueles ojos parecieron saltar hacia el balandro, que se acercaba al yate, por el lado de babor, a buena marcha, pero debido tan solo al impulso que había llevado hasta que la vela escapó al control del tripulante. De la tripulante, mejor dicho, pues vieron a la mujer en bikini rojo haciendo desesperados esfuerzos por dominar el palo con la vela, que había quedado a merced del viento…

—Viene directo hacia el yate —musitó Leonitz.

—Puedo disparar contra la mujer ahora mismo —propuso el otro.

—Espera… Parece que viene sola… Es posible que se trate solamente de un accidente… De todos modos, estad atentos.

—El balandro va a chocar contra el yate —gruñó el hombre.

—Peor para esa mujer.

—Puede llevar una carga explosiva que…

—No —sonrió secamente Leonitz—. Si así fuese, ella habría saltado ya al agua. Estad atentos.

El balandro continuaba acercándose, como lanzado contra el yate *Berlín*. Había perdido algo de velocidad, pero el encontronazo era ya inevitable. El bombón Helen, a medio recorrer la borda, lo vio de pronto, y empezó a gritar, asustada, hasta que, comprendiendo el riesgo que corría, optó por tirarse de cabeza al agua…, con lo cual *herr* Leonitz empezó a divertirse de verdad.

—¡Eeeeh…, los del yate! —gritó la mujer del balandro, en francés—. ¡Apártense!

Herr Leonitz volvió a reír. «¡Apártense!». Como si fuese tan fácil quitar de en medio un yate que estaba anclado… Vio nítidamente la expresión de espanto en el bello rostro de la mujer cuando, tras desistir de dominar la vela, comprendió que ya tampoco tenía tiempo para saltar al agua y eludir el golpe del choque…

Que se produjo tres segundos más tarde. El yate se estremeció ligeramente al recibir el impacto de lleno, en el lado de babor, mientras la vela del balandro parecía saltar, girando a todos lados horizontalmente, pasando por encima de la mujer del bikini rojo, que debido al choque había saltado hacia delante, golpeándose fuertemente con la proa de su pequeña embarcación, quedando tendida en la pequeña cubierta, al parecer sin conocimiento…

—A ver qué le ha ocurrido —musitó Leonitz—. Ved si lleva algún arma, y si no es así subidla a bordo. Hay que ser humanitarios.

—Puede ser un truco, *herr* Leonitz.

—Ella está en bikini, ¿no es así? De modo que os será muy fácil saber si lleva o no lleva algún arma. Y si no la lleva, subidla.

—Sí, *herr* Leonitz.

Se descolgaron dos hombres al balandro, sin hacer el menor caso de los tres bombones en remojo, que pedían ayuda para subir al yate tras el chapuzón.

Tampoco les hacía el menor caso Hermann Leonitz, que, asomado a la borda, asistió al cacheo brevísimo y facilísimo que sus dos hombres efectuaron en la mujer del bikini rojo, la cual comenzaba a moverse, suspirando como asustada, todavía

sobresaltada…

—No lleva nada, *herr*.

—Subidla… ¡Hans! —llamó al de proa—. ¡Ven a ayudarles!

—¡Hermann! —gritaban Greta, Helen y Pascale—. ¡Hermann, tenemos que volver a hacer la prueba, porque…!

—¡Callaos, malditas idiotas!

Entre los tres hombres subieron a la chica del bikini rojo a bordo, bajo la ávida mirada de Leonitz, que estaba llegando a la conclusión de que jamás, en toda su vida, había visto un bikini tan bien relleno, tan bien ocupado.

—Bajadla a mi cámara —dijo de pronto, brillantes los ojos—. Y registrad el balandro.

Hans fue quien miró en torno al yate, pensando quizás en lo poco correcto que les parecería a otras personas ver a alguien registrando el pequeño balandro de la accidentada muchacha. Pero cerca del *Berlín* no había ninguna embarcación. No al menos lo bastante cerca para que sus ocupantes se hubieran percatado del accidente.

—Yo lo haré —dijo Hans—. Vosotros, llevadla abajo.

Saltó de nuevo al balandro, mientras sus dos compañeros, seguidos de Leonitz, bajaban a la chica del bikini rojo a la cámara del propietario del yate, y en el agua se oían todavía los gritos de los tres bombones… Pero menos bombones, ya que aquella chica recién aparecida las dejaba convertidas en pájaros desplumados.

—En la litera —dijo Leonitz—. Y salid a vigilar que nadie se acerque… Esto podría ser el principio de un plan de acercamiento.

—Sí, *herr* Leonitz.

Salieron los dos, y Leonitz se quedó mirando, casi atónito, aquel cuerpo perfecto, de líneas armoniosas, piel dorada por el sol… Cuando la puerta de su cámara se cerró, Leonitz se mordió los labios. De pronto, adelantó una mano, asió la pieza superior del bikini, y cuando estaba a punto de dar el tirón, una de las manitas de la «desvanecida» muchacha asió dulcemente la suya, al tiempo que sus ojos se abrían, mostrando un magnífico azul dulcísimo.

—Por favor, *herr* Leonitz —sonrió, la divina desconocida—. No sea usted salvaje…

Capítulo IX

Los fríos ojos de Hermann Leonitz quedaron fijos en los inmensos, intensamente azules de la chica del bikini rojo.

—Creí que estaba desvanecida…

—Pero no del todo —continuó, sonriendo la divina—. Además, aunque hubiese estado desvanecida, lo que usted quería hacer no es propio de un caballero.

Leonitz se soltó bruscamente de la mano de la muchacha, acercó un taburete y se sentó junto a la litera, siempre fijos sus ojos en los de ella.

—¿Me conoce? —musitó.

—Me han hablado mucho de usted. Y, además, lo he visto en una película. Oh, en una película de aficionados, se entiende. Digamos… un filme privado. *Herr* Leonitz en su yate, *herr* Leonitz con sus chicas, *herr* Leonitz paseando por Porto Cristo con cuatro o cinco guardaespaldas alrededor… Su rostro ya me resultaba familiar, *herr*. Pero no sabía que sus modales eran tan… groseros y oportunistas.

—¿Quién es usted?

—Brigitte Saintmarie. He sido enviada aquí desde el «Dios Dólar» solo con objeto de ejecutarlo.

Leonitz palideció intensamente.

—¿Sí? —masculló—. Pues parece que no ha tenido mucha suerte, señorita Saintmarie.

—¿Lo dice por lo del balandro? Ha sido un accidente provocado, desde luego. Soy una navegante experta. Y una ejecutora que jamás falla, *herr* Leonitz.

—No lleva encima ni una sola arma —sonrió cruelmente Leonitz —. ¿Acaso cree que podrá… estrangularme?

—Podría hacerlo, sin duda —Brigitte se sentó en la litera, sonriendo—. Pero siempre hay medios mejores. No obstante, estoy

convencida de que llegaremos a un acuerdo que impida nuestra enemistad.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Destruir el «Dios Dólar» y disfrutar nosotros de la «Operación Dólar». Aunque, en el fondo, mis motivos son de venganza… Quiero que sepa que Giulio Ferrani me contrató para guardar su vida, y me envió un anticipo. Cuando Brigitte Saintmarie cobra un anticipo, todo está resuelto. Solo que, en esta ocasión, por hallarme ocupada en Amberes, no pude llegar a tiempo. Pero acudí a Portofino. Y por una serie de circunstancias largas de explicar, fui admitida en el «Dios Dólar». Ahora, mientras ellos creen que me dedico a matarlo a usted, quiero que hagamos un trato, *herr* Leonitz.

—Está mintiendo —musitó el alemán.

—Le aseguro que no. Vea esto, por ejemplo…

La agente Baby se movió con tal rapidez que Leonitz no tuvo la menor posibilidad de reaccionar, de impedir su acción. Los deditos de la espía tiraron de pronto del fino alambre de acero que llevaba en la cintura de su bikini, y antes de que Leonitz pudiera ni siquiera imaginarlo, ella estaba a su espalda, con el alambre pasado en torno a su garganta. Una suave presión, convenció a Leonitz de que no estaba soñando. Y su voz se secó de pronto, su cuerpo quedó rígido, su rostro lívido da miedo…

Pero tan rápidamente como se había producido, la presa mortal se deshizo. El alambre quedó colgando ante los asustados ojos de *herr* Leonitz, que lo cogió de un tirón, se puso en pie y se volvió hacia la más astuta, peligrosa y bellísima espía del mundo.

—¡La voy a…!

—Cálmese, *herr* Leonitz —sonrió ella—. Si tuviera malas intenciones con respecto a usted, ya estaría muerto —señaló el ojo de buey del camarote—. Y yo podría escapar por ahí antes de que sus hombres se dieran cuenta de nada. ¿Será tan amable de devolverme mi arma, *herr* Leonitz?

—Está loca si piensa salir con vida del *Berlín*.

—El loco es usted, si continúa desconfiando de mí. Ese alambre sirve para cortar, estrangular, y, bien manejado como un látigo corto, puede dejar ciego a cualquiera… Pero ha de ser de cerca, *herr* Leonitz… Si yo me alejo unos pasos de usted, no le servirá de nada, y, en cambio, yo podría matarlo con otra arma. ¡Quieto!

Leonitz había alzado el alambre, al parecer dispuesto a golpear, pero la espía saltó hacia un rincón del camarote, extrayendo un delgadísimo tubo flexible del borde del corpiño de su bikini. Se lo colocó en la boca, tras enderezarlo rápidamente.

Leonitz quedó petrificado, mirando, de nuevo sorprendido, aquella arma…

Aunque… ¿realmente era un arma aquella cosa que parecía un inocente tubito de plástico flexible…?

—Es una cerbatana flexible, *herr* Leonitz —explicó Baby—. Y dentro hay una flechita diminuta, impregnada de un veneno que puede matarlo en menos de tres segundos. Por favor, reflexione sobre mi propuesta de paz y alianza. He podido matarlo ya dos veces…

Se oyeron unos pasos precipitados afuera, primero en la escalera que llevaba a cubierta y luego en el pasillo.

—¡*Herr* Leonitz! —se oyó la voz excitada de un hombre, en alemán—. ¡Tenga cuidado con ella! —Se oyeron enseguida los golpes en la puerta—. ¡Tenga cuidado, *herr* Leonitz, esa mujer…!

Leonitz abrió la puerta y se quedó mirando al excitado Hans, que llevaba una bolsa de lona negra en una mano y la pistola en la otra.

—Está bien, Hans. Retírate.

—¡Vea esta bolsa! ¡Está llena de ampollas, de explosivo plástico, de…!

—No te preocupes. Todo va bien… Retírate. Ah, dile a Müller que venga ahora mismo.

Hans vio a Brigitte con el tubito en la boca, sonriendo inocentemente. También vio el alambre en las manos de Leonitz. Pareció vacilar, pero debía de saber ya que Leonitz solo ordenaba las cosas una vez.

—Sí, *herr* Leonitz. En cuanto a esta bolsa negra…

—Dámela. Y que baje Müller inmediatamente.

Hans se alejó por el pasillo, y Leonitz se quedó con la bolsa. Pareció no saber qué hacer con el alambre, y de pronto lo tiró a las manos de Brigitte, que se limitó a sonreír, comprendiendo la inteligente decisión del alemán. El cual abrió la bolsa, echó un vistazo a su contenido, asintió sombríamente con la cabeza, y la volvió a cerrar, dejándola en el suelo.

—En cuanto a esa cerbatana flexible… —sonrió de pronto—, ¿está segura de que puede matar?

—¿Quiere que se lo demuestre? —sonrió Brigitte.

—No, no… ¿Puedo examinarla? Es un arma curiosa, ¿no?

Por los hermosos y dulces ojos de la espía internacional pasó un destello helado, tan rápido, tan brevísimo, que Leonitz ni siquiera pudo captarlo.

—Muy curiosa, *herr* Leonitz, en efecto —musitó.

—¿No puedo verla?

—¿Por qué no?

Brigitte le tendió la cerbatana al alemán, que la examinó superficialmente, sin concederle gran interés, aparentemente.

—¿Está segura de que esto puede matar en tres segundos?

—Segurísima. Y empiezo a temer que he cometido un error al dejársela, *herr* Leonitz.

—No, no… Puede estar tranquila, señorita Saintmarie. Usted no ha cometido ningún error. Al contrario, su trabajo ha sido perfecto.

—Me alegra que lo tome así.

—No podría ser de otro modo… Sí, Müller, pasa…

Se había oído una llamada a la puerta, y tras la autorización de Leonitz se abrió, y apareció Müller.

—¿Me ha llamado, *herr* Leonitz?

—Sí… Fuiste tú quien registró a esta mujer, ¿no es cierto?

—Así es, *herr* Leonitz.

—Bien… Dijiste que no llevaba armas, y resulta que llevaba dos. Eso, que yo sepa. Quizá lleve alguna más.

—Pero… No… No es posible, *herr*…

—¿No? ¿Qué entiendes tú por un arma, Müller? ¿Una pistola, un cañón, una ametralladora, un cuchillo…?

—Pero, *herr*, ella no llevaba nada… Las armas están en una bolsa de lona que…

—Observa el alambre que tiene ella en sus manos, Müller. Ha podido estrangularme con él mientras vosotros estabais perdiendo el tiempo arriba. Y mira también esta diminuta cerbatana, que contiene una flechita envenenada… Yo te pago para que hagas bien tu trabajo, no para que te pases el día mirando de reojo a mis chicas.

—Pero, *herr*, no llevaba armas… Eso no pueden ser armas… Ella

le está engañando…

—¿Eso crees? Muy bien: lo sabremos dentro de tres segundos…

Se puso la cerbatana en la boca, sopló… y Müller se dio una palmada en la garganta, allá donde tuvo la impresión de que le había picado un mosquito.

—¿Qué es lo que…?

Inmediatamente, sus ojos se desorbitaron; su rostro quedó tan blanco como la nieve. Y, de pronto, como fulminado, Müller cayó al suelo, a los pies de Leonitz, que se quedó mirando el pequeño artefacto.

—Un arma muy efectiva, señorita Saintmarie. Muy útil para castigar descuidos con elegancia, sin descomponerse. ¿Tomaría un *martini* conmigo?

—Con gusto —sonrió dulcemente la espía.

—Magnífico. Esto… Bien, espero que no lleve usted más armas de esta clase…

—¿Quién sabe?

—Claro —sonrió Leonitz—. ¿Quién sabe? De todos modos, puesto que vamos a ser amigos, eso no importa ya… ¿Quiere algo para ponerse, de alguna de mis chicas, o está bien así?

—Yo creo que estoy bien así. ¿Usted qué opina?

—Opino que deberé estar de acuerdo con usted en muchas cosas. Empezando por esta, naturalmente. ¿Qué le parece que debemos hacer con esta bolsa de lona negra?

De momento, dejarla aquí. Más adelante es posible que nos resulte muy útil. Al menos, eso es lo que esperan los del «Dios Dólar».

—No entiendo esto muy bien, pero la escucharé… ¿Prefiere el martini aquí, o en la toldilla de cubierta?

—Aquí hace calor. Y siempre me ha gustado la brisa marina.

—A su gusto. —Leonitz miró hacia la circular ventana de su camarote, luego a Brigitte, y pareció vacilar—. ¿De veras pasaría usted por ese ojo de buey?

—Desde luego.

—Yo diría… Estaba calculando que podía pasar un hombre muy delgado, pero usted…

—¿No soy delgada? ¿Le parezco gorda, *herr* Leonitz?

—No, no… Perfecta. Sencillamente perfecta. Pero yo diría que

su busto no podría pasar por ahí, señorita Saintmarie.

Brigitte Montfort parpadeó deliciosamente. Se miró la pieza superior del bikini, y musitó, como perpleja:

—Oh… Me parece que estoy más desarrollada de lo que yo he creído siempre…

—Muy desarrollada —apoyó Leonitz, ronca la voz.

—De todos modos, creo que habría salido. Al menos —añadió con inocente sonrisa—, eso decían mis cálculos.

—¿Sus… cálculos?

—Sí, sí… Verá… Estuve examinando de lejos su yate, con unos prismáticos. Tomé medidas de todo… empezando por las ventanitas redondas. Y llegué a la conclusión de que podría pasar por ellas, ya que mi talla es 36-24-37. Si lo quiere en centímetros, también puedo decírsela: 92-60-94… ¿Entiende de estas cosas, *herr* Leonitz?

—Lo suficiente. Creo que está diciéndome sus medidas de busto, cintura y caderas. Primero me lo ha dicho en pulgadas y luego en centímetros… ¿No es eso?

—Exacto, *herr*.

—¿Son unas medidas exactas?

—Yo siempre soy exacta, *herr* Leonitz. Siempre. Y si le digo que podría salir por ese pequeño ojo de buey, es que podría salir.

—Bien… Entonces, ¿por qué no me ha matado?

—Quizá porque presentía que usted me invitaría a *martini*.

Hermann Leonitz estaba devorando con los ojos a Brigitte, al comentar:

—Creo que he estado haciendo el tonto con tantas chicas a la vez en mi yate. Quizás… haya llegado el momento de rectificar.

—Quizá —susurró la espía—. En verdad, basta con una sola mujer… Pero usted, *herr*, es de ideas… retardadas. A esa conclusión ya llegó un amigo mío desde que empezó a mirar a las chicas. Es un español[1].

—Ah… Así, está todo dicho. ¿Subimos a cubierta?

Cedió el paso a la espía, que pasó ante él moviendo graciosamente… el bikini. Y mientras ascendía tras ella la escalera, *herr* Leonitz iba afirmándose más y más en la idea de que valdría la pena probar a pasarlo bien con una sola mujer.

Solo que, al llegar arriba, las otras tres estaban allí, secándose con toallas multicolores. Greta, Helen y Pascale se quedaron

mirando a Brigitte, fijamente, pero no dijeron nada.

—Tenéis una nueva amiguita —dijo Leonitz, sonriendo como un lobo—. Portaos bien con ella. ¿Entendido?

—Sí, Hermann —musitaron las tres.

—Perfecto. Preparad dos *martinis*, con hielo, y luego id abajo a ducharos.

—Pero ya estamos secas, Hermann…

—Pues volved a mojaros. Y yo creo —volvió a sonreír—. Sí… yo creo que siempre será mejor una ducha que un nuevo baño saltando por la borda… de un modo o de otro. Ah, me olvidaba del regalo para la vencedora…

—¡A verlo, a verlo, Hermann…!

—¡Yo he ganado! —exclamó Helen—. ¡Estuve más tiempo…!

—¡Pero también caíste! —le gritó Pascale.

—¡No caí! ¡Fue porque el balandro…!

—Silencio —exigió secamente Leonitz—. Ved el obsequio, nenas. Cogió un paquetito de debajo de su silla plegable. Era del tamaño de un paquete de cigarrillos, y estaba primorosamente envuelto. Lo deshizo, mostró el estuche, y cuando lo abrió los tres bombones lanzaron un «¡Ooooohhh…!» de éxtasis al ver la bonita pulsera de tres vueltas de perlas finísimas.

—¿Os gusta?

—¡Yo gané, yo gané…! —insistía Helen.

—No ganó ninguna, de modo que yo decidiré a cuál lo voy a regalar, Veamos. Veamos… Ha de ser de un modo simple, sin complicaciones. Poneos aquí… Iré contando, y a la que esté señalando cuando llegue a cincuenta, para ella será la pulsera. ¿De acuerdo?

Helen abrió la boca… Pero solo eso, al ver la mirada del alemán, que empezó a contar, por Pascale, luego Greta y por último Helen. Solo cuando la cuenta había rebasado ya la cuarentena, comprendió Greta a quién iba a tocarle la suerte.

—¡A mí, a mí…! —gritó—. ¡Va a tocarme a mí!

En efecto. A la cuenta de cuarenta y nueve, Leonitz estaba señalando a Pascale, de modo que el cincuenta, ciertamente, le correspondía a Greta. Entonces, Leonitz, en lugar de señalar a Greta, señaló a Brigitte, que no había tomado parte en el juego.

—Y cincuenta —dijo.

—¡Pero ella no…! —empezó Greta.

Enmudeció bajo la severa mirada de Leonitz, que se acercó a la sonriente Brigitte, le puso la pulsera, y comentó:

—Perfecta… Aquí está perfecta. Vosotras, a ducharse… Pero, antes, quiero esos dos *martinis*… ¡Hans!

Hans acudió a toda prisa, mientras las tres tontas de a bordo se dedicaban a preparar los dos *martinis*, con hielo, y Brigitte y Leonitz se sentaban a la sombra, riendo.

—Diga, *herr* —se ofreció Hans.

—Müller ha sufrido un colapso. Y como no quiero jaleos en tierras españolas, no vamos a enterrarlo. De modo que iremos mar adentro, y allá lo tiraremos bien lastrado. ¿Entendido?

—Sí, *herr* —musitó Hans, pálido—. Ponemos rumbo a alta mar.

—Eso es. De prisa.

—Enseguida, *herr*.

Hans se alejó, y casi enseguida las tres chicas de Leonitz servían los dos *martinis*, hoscamente, en silencio. Luego, sin más comentarios, se fueron abajo, a ducharse.

Leonitz alzó su vaso de *martini*.

—¿Por qué podríamos brindar? —propuso.

—Mmm… ¿Qué le parece por la «Operación Dólar», *herr*?

Capítulo X

Herr Leonitz quedó como petrificado con el vaso de martini en alto, durante unos segundos.

Por fin, musitó:

—Yo solo brindo por lo que puede producirme beneficios… o satisfacciones.

—Por eso mismo —ratificó la espía—: brindemos por la «Operación Dólar». Hágame caso, *herr* Leonitz. Brinde conmigo.

—Bien… Al fin y al cabo, es un *martini* lo que bebo. No quiere decir con eso que me comprometa a nada.

Bebieron los dos, y Brigitte, tras dejar su vaso, tomó el paquete de cigarrillos de la mesita de aluminio, encendió uno y se quedó mirando al cielo azul del mediodía.

—¿Cuánto le gustaría ganar en esta operación, *herr*? —preguntó de pronto.

—Por lo menos, tanto como estoy dispuesto a invertir.

—Entiendo… ¿El ciento por ciento?

—Nunca trabajo por menos de eso.

—Ah… Pero, en este caso, usted no tendría que trabajar nada. Solamente tiene que participar en la operación, sea o no sea esto del agrado de «Dólar»… ¿No es así?

—Usted parece saber mucho de todo. Incluso creo que más que yo.

—Cierto. Pero eso no significa que esté de parte del «Dios Dólar». Todo mi interés consiste en dos puntos. Uno: ganar cuanto más dinero mejor. Dos: destruir a quien destruyó a uno de mis clientes.

—Esas son unas palabras que cualquiera debería creer.

—¿Pero no usted?

—Siga hablando… Es posible que llegue a convencerme.

—Lo intentaré. Pero antes necesito que me diga cuánto dinero

está dispuesto a invertir.

—Unos seiscientos millones de liras.

—¿Liras? ¿Y por qué no dólares, *herr* Leonitz?

—No sirven.

—¿Cómo?

—No sirven. Puede servir cualquier clase de moneda: libras esterlinas, francos, pesetas, marcos, liras… Cualquier cosa, menos dólares. ¿No lo sabe usted, señorita Saintmarie?

—Confieso que no. ¿Cuál es el motivo?

—El estúpido de Giulio Ferrani no tuvo suficiente confianza en mí, de modo que no sé el motivo, pero sé que los dólares no sirven para ser invertidos en la «Operación Dólar».

—Es curioso… Muy curioso. ¿Ha dicho usted seiscientos millones de liras?

—Aproximadamente.

—Deme doscientos para mí, *herr*. Lo demás, para usted. Sea mucho o sea poco lo que gane, para usted. ¿Acepta?

—Puedo desprenderme tranquilamente de doscientos millones de liras; pero me gusta saber por qué me desprendo de ellos. ¿Cómo piensa usted ganarlos? ¿Qué me dará a cambio de esos doscientos millones de liras?

—Todo cuanto pueda ganar en la «Operación Dólar».

—Muy interesante. ¿Cómo…?

—En el «Dios Dólar» fue decretada su muerte, *herr*. Y yo fui la encargada de ejecutarlo. Naturalmente, no pienso matarlo… Y, sin embargo, me pregunto si no sería eso lo conveniente para usted.

—Lo dudo —sonrió secamente Leonitz—. No hay dinero en el mundo que pague mi vida.

—Exacto. Pero yo no quería matarlo realmente, sino… hacer llegar al «Dios Dólar» la noticia de su muerte. Bien entendido que «Dólar», el jefe de la organización, no emprenderá su operación hasta que usted esté muerto.

—Creo que entiendo —musitó Leonitz—. Pero matarme no es cosa fácil… Bueno, aparte de cuando envíen a una persona tan eficiente como usted… No creo que «Dólar» tenga muchos agentes como usted.

—No tiene ninguno más. Por lo que he podido comprobar, son una pandilla de pobres diablos con una relativa suerte. Solo eso,

herr. Pero están tan convencidos de que tienen que ganar, de que lo que ellos se proponen tiene que ser así, que si voy y les digo que *herr* Leonitz ha muerto, lo darán por cierto y seguro.

—¿Y…?

—Y muy pocos días después emprenderán la «Operación Dólar». Ya no temerán su intromisión, *herr* Leonitz. Y entonces será cuando usted, en la sombra, podrá emplear esos seiscientos millones de liras.

—No está mal pensado. Pero supongamos que a mí no me gusta esa proposición de usted. Supongamos que no quiero dejar creer a nadie que he muerto… A fin de cuentas, si usted no me ha matado, no veo por qué habría de conseguirlo ningún otro agente del «Dios Dólar».

—No sea ingenuo, *herr*. Han podido matarlo veinte veces, o más. Hay cientos de medios. Solo que «Dólar» ha querido hacer bien las cosas, sin armar escándalo… Por eso, finalmente, decidió enviarme a mí. Pero si yo fallo enviará a otros… Y entonces quizá su muerte sea verídica. Imagínese que en el «Dios Dólar», hartos ya de usted y del temor a su intromisión en la «Operación Dólar», deciden eliminarlo sea como sea… ¿Quiere una solución simple, *herr* Leonitz?

—Dígala.

—Pues si yo estuviese decidida a terminar con usted fuese como fuese, lo conseguiría, por bien vigilado y protegido que estuviese. Por ejemplo, me procuraba un pequeño avión deportivo, una avioneta ligera, inofensiva… Pasaría por encima del *Berlín* cuando supiese que usted estaba a bordo, y dejaría caer una bomba en el centro del yate… ¿No le parece estúpidamente simple y efectivo?

—Usted es una sádica —masculló el alemán.

—Solamente una profesional de la vida y la muerte —sonrió fríamente Brigitte—. ¿Qué le parece mi solución eliminadora?

—Demasiado expeditiva, muy espectacular, escandalosa… pero terriblemente efectiva, es cierto. ¿Cree que los del «Dios Dólar» harían eso?

—No tengo la exclusiva en ideas para matar, *herr* Leonitz.

—Es cierto… Bien, lo admito todo, hasta aquí. ¿Qué más…? ¿Qué es lo que me propone usted?

—Deme doscientos millones de liras, y se lo diré.

—No tengo aquí ese dinero.

—Mmm… ¿Cuándo me lo daría?

—Expóngame su idea. Si me gusta, le aseguro que será un placer pagar doscientos millones de liras por conservar la vida y burlarme de «Dólar» y su gente.

—Primero le diré cómo planeé las cosas cuando «Dólar» me envió a matarlo a usted. Es solo para que luego comprenda cuál es el giro que doy a mis planes en su beneficio, *herr* Leonitz.

—Y en el suyo.

—Oh, por supuesto… También en mi beneficio, es natural.

—Una cosa me tiene asombrado. Usted parece una chica dulce y cariñosa, amable, tierna… ¿realmente su profesión está mezclada con esto de la vida y la muerte y el dinero?

Brigitte sonrió irónicamente.

—Supongo que le resulta desagradable… y hasta molesto que una muñequita tan preciosa como yo sea tan inteligente, *herr*. Pero así son las cosas. Hace tiempo tuve que decidir entre vivir de mi cuerpo o mi inteligencia. Soy muy hermosa, lo sé… Pero, con el tiempo, la belleza pasa, se marchita, se queda en algo… que fue y ya no es. La inteligencia, no. La inteligencia crece, aumenta, se desarrolla con el paso del tiempo, de los años… Y decidí que era mucho mejor vivir de mi inteligencia. Espero que no le parezca mal.

—No del todo… Sin embargo, opino que debería de cuando en cuando hacer una concesión… a su cuerpo.

—Ya la hago, *herr*…, cuando es conveniente y oportuno. Por si está hablando de nuestro posible… entendimiento, le diré que si usted me da a ganar doscientos millones de liras, yo podría… pensar en hacerle… alguna concesión especial, aparte de mi inteligencia.

—Es una buena oferta la suya —murmuró Leonitz—. ¿Cuál es el plan que trazaron en el «Dios Dólar» para eliminarme?

—No se trataba solamente de eliminarlo, sino de conseguir el dinero que usted tiene preparado para intervenir en cualquier momento en la «Operación Dólar». Entonces, yo planteé las cosas de este modo… Simular un contacto con usted, simular que traicionaba al «Dios Dólar» para pasar al servicio de usted…

—Hasta aquí, así están las cosas, realmente.

—Hasta aquí, sí. Pero veamos lo que sigue… Una vez obtenida

su confianza, yo tenía que esperar el momento en que usted y todos los suyos estuviesen a bordo, y, a ser posible, enterarme del lugar donde usted tiene escondido, el dinero. Conseguido esto, solo tenía que tirar por el yate unas cuantas ampollas de gas venenoso que acabaría con todos los ocupantes del *Berlín*…

—¿Incluida usted? —sonrió Leonitz.

—Tengo una gasa especial, en mi bolsa de lona, que es una… miniexpresión de una máscara de gases. Eso aseguraba mi supervivencia. Entonces, ya todos muertos en el yate, solo tenía que hacer una señal con luz…, una linterna, por ejemplo, y los hombres que me están respaldando en este asunto vendrían al yate, a recogerme a mí y el dinero.

—¿No es todo demasiado simple?

—¿Eso cree?

—Y me pregunto: ¿por qué confiar en usted? ¿Por qué no creer que todo esto es una mentira para matarme realmente, y conseguir mi dinero…?

—¿Acaso tiene a bordo el dinero?

—No.

—¿Entonces…?

Leonitz se acarició pensativamente la barbilla.

—Me ha dicho el plan que expuso a los otros, a los del «Dios Dólar»… Dígame ahora cuál es el plan verdadero que piensa poner en práctica para colaborar conmigo.

—Vamos a esperar a la noche. Entonces, todos los del yate *Berlín* guardarán silencio, se apagarán las luces… Será como si, en verdad, mi plan del gas hubiera surtido efecto. Saldré a cubierta, haré la señal convenida con una linterna, y mis compañeros de ejecución vendrán hacia el yate, confiados…

—¿Y mis hombres los matarán?

—Usted no lo entiende, *herr* Leonitz… ¿Qué solucionaría eso, con vistas a los pensamientos de «Dólar»? Nada. Pensaría que yo les había traicionado, que había habido un fallo… Y de nuevo insistiría en matarlo a usted. No interesa eso, *herr*.

—¿Qué es lo que interesa?

—Interesa que crean que han muerto todas las personas que había a bordo del *Berlín*. Incluida yo misma. Estoy segura de que eso no arrancará lágrimas al robot.

—¿A quién? —exclamó Leonitz.

—Al robot… ¿No sabe que «Dólar» es un robot?

—Ah, vamos, déjese de estupideces…

—Es un robot, pero con ciertos mecanismos que permiten a una persona oculta hablar, oír y ver por medio de él. Yo lo he visto, *herr* Leonitz.

—Pero eso no es posible…

—¿Por qué no? Son pequeños detalles técnicos de electrónica, televisión, telefonía, radio, si lo prefiere así… Es perfectamente posible, se lo aseguro.

—Todo esto está resultando demasiado extraordinario… ¿Cuál es la parte final de su plan?

—Llamo a mis compañeros, ellos suben a bordo, mientras nasotros, de acuerdo con los hombres de usted, nos deslizamos fuera del yate, hacia mi balandro, nadando. Los hombres de usted creerán que ellos se quedan tendiendo una emboscada a mis compañeros. Pero, cuando todos estén a bordo, la carga de plástico que nosotros dejaremos preparada hará explosión… Y eso será todo.

—¿Morirán mis hombres?

—Morirán todos… No me diga que eso le aterra, *herr*.

—¿Usted… ha sido capaz de idear todo este plan?

—Son doscientos millones de liras los que me están esperando.

—No sé… ¿Y luego?

—¿Luego? Es simple. Usted me entrega los doscientos millones de liras, todo el mundo lo da por muerto, y cuando se produzca la «Operación Dólar», participa en ella.

—Parece sencillo e inteligente… Pero ni siquiera sé con exactitud en qué consiste esa operación.

—Yo tampoco. Pero estoy segura, de que lo sabremos en el momento oportuno. Y entonces, *herr* Leonitz, espero que no se moleste si yo invierto también mis doscientos millones de liras. ¿Qué responde?

Hermann Leonitz estuvo pensativo durante casi dos minutos, mirando a Brigitte de cuando en cuando, que se dedicaba a fumar tranquilamente, como si la cosa no fuese con ella, o la conversación se hubiese estado refiriendo simplemente a la compra de un paquete de cigarrillos.

—Puede dar resultado —musitó al fin el alemán—. Pero no me

decido, señorita Saintmarie. Todo es demasiado… fantástico.

—Bien… Como quiera. Imagino que usted no me permitiría ahora que lo mate, *herr* Leonitz.

—Eso temo —masculló Leonitz.

—Entonces, es de suponer que usted me matará a mí. Me parece bien, como actitud muy lógica…, pero sin inteligencia. No olvide que mi muerte no significará nada… Es decir, sí… Significará que he fracasado. Entonces, en cualquier momento, una avioneta deportiva puede aparecer en el cielo…, y dejar caer una bomba sobre su yate… cuando usted esté a bordo, claro.

—Parece… que no tengo escapatoria.

—Tenga por seguro una cosa, *herr*: «Dólar» jamás pondrá en marcha su operación sin haberlo eliminado a usted… ¿Por qué no convencerlo ahora, esta misma noche, de que *herr* Leonitz ya no le representa ningún estorbo? ¿Por qué estar siempre esperando el avión con una bomba, o un torpedo, o cualquier otro atentado eficaz? Dese por muerto esta noche, siga mis consejos, págueme los doscientos millones de liras, y todo acabará bien… para usted.

—Mi inteligencia se resiste a creer todo eso, señorita Saintmarie.
Brigitte echó la última bocanada de humo, tiró el cigarrillo al mar y se quedó mirando las blancas volutas de tabaco americano.

—Ha sido un buen cigarrillo y un *martini* agradablemente fresco, *herr* Leonitz. ¿Puedo marcharme… o prefiere matarme y tirarme al mar, junto con Müller?

—Lo pensaré —musitó Leonitz—. Tenemos todavía algunas horas por delante. Lo pensaré.

—De acuerdo. Pero procure tomar una decisión antes de las cinco de la tarde.

—¿Por qué?

—Ya lo verá. ¿Le importa que me sirva otro *martini*?

* * *

A las cinco y dos minutos de la tarde, *herr* Leonitz estaba de nuevo sentado bajo la toldilla de cubierta, ante Brigitte, que no se había movido de allí en todo el tiempo, vigilada por dos de los hombres del alemán.

Este había dormido la siesta, aunque no muy bien, según

parecía. Tenía el rostro como hinchado, un poco desencajado, y en sus ojos continuaba siendo patente la expresión de la duda. Llevaba allí algunos minutos, en silencio, contemplando sin parpadear a la bella espía, que parecía una estatua dorada por el sol, capaz solamente para efectuar los movimientos necesarios para fumar algunos cigarrillos.

Y justamente a las cinco y dos minutos empezó a oírse el rumor en el cielo. Rumor de un potente motor. Apenas quince segundos más tarde, apareció la pequeña avioneta pintada de verde y rojo. Tenía todo el aspecto del aparato que elegiría un deportista alegre, ávido de surcar los cielos, sin traba alguna…

Pero cuando *herr* Leonitz, casi sobresaltado, miró a la espía internacional, vio en los azules ojos una expresión fría, congelada, y, al mismo tiempo, irónica. Ella alzó elegantemente, delicadamente, una manita hacia el cielo, y comentó:

—*Voilà, herr* Leonitz… Una avioneta deportiva.

—¿La matarían también a usted?

—Se supone que seré lo bastante hábil para escapar del desastre… No olvide que ellos no saben que le he expuesto a usted mis planes. Para ellos, todo está a su favor, de acuerdo a lo convenido.

—¿Dejarán caer la bomba? —casi gritó Leonitz.

—Mucho me temo que sí… A menos que antes de tres minutos yo me tienda en la cubierta, a tomar el sol. Me verán muy bien desde allá arriba, con unos prismáticos.

—¿Y entonces…?

—Entonces, comprenderán que todo me ha salido bien, y que esta noche, en una lancha, deben estar atentos a la señal que les haga con una linterna.

—Si tiran la bomba, usted no podrá escapar de ella, se lo aseguro, señorita Saintmarie.

—He sido demasiado sincera con usted; por tanto, he sido estúpida… Y cuando uno empieza a ser estúpido, lo mejor que puede ocurrirle es morir. Al fin y al cabo, se acabó el *martini*, y el *whisky* que usted tiene a bordo no es de mi gusto. Final de viaje… ¡Qué le vamos a hacer!

—No creo que acepte las cosas con esa frialdad —casi tartamudeó Leonitz.

Brigitte encogió los hombros y miró hacia la avioneta, que tras pasar por encima del yate estaba dando la vuelta. Era evidente que pretendían efectuar otra pasada. Leonitz miró a su alrededor, pero solo podía ver el azul Mediterráneo, la alta mar, sin tan siquiera una sola gaviota… Olas blancas sobre el azul… Y eso era todo. Una bomba sobre el *Berlín* zanjaría la cuestión definitivamente.

—Creo… que voy a confiar en usted.

—No se arrepentirá, se lo aseguro. Pero no lo olvide, *herr*: mi muerte no solucionaría nada. En cambio, la de usted dejaría muy tranquilos a nuestros «amigos» del «Dios Dólar»… Mi plan es perfecto.

—¡Ya le he dicho que lo acepto! —exclamó Leonitz, mirando el acercamiento de la avioneta.

—Magnífico. Y no olvide que mi precio son doscientos millones de liras. Está bien claro que usted podría intentar engañarme, y quizá lo consiguiese, pero…

—¡Maldita sea, salga ya a tomar el sol! ¡Están encima de nosotros…! La espía se puso en pie, sonriendo.

—Trato hecho —casi rio, de pronto—. Tomar el sol ha sido siempre una de mis ocupaciones favoritas. Por favor, *herr* Leonitz, que no me molesten.

Capítulo XI

La lancha apenas se movía sobre el quieto mar. Como la noche anterior, la luna había quedado casi completamente oculta por unos espesos nubarrones de verano, pero todavía lanzaba un débil resplandor indirecto hacía las negras aguas.

Y sobre estas, la lancha. Y en ella, los cuatro ocupantes, mirando, tensos, hacia las sombras lejanas del mismo mar…

Y, de pronto, la voz de Miguel:

—¡Ahí está la señal!

Los demás también la habían visto, al mismo tiempo, ya que todos permanecían tensos, esperando lo mismo. Se vio un punto de luz, luego dos, luego uno, dos más, uno, dos… Finalmente, tres, muy seguido.

—Lo ha conseguido —musitó Maloney—. ¡Esa mujer lo ha conseguido…!

—Calla… Tenemos que llegar ahora hasta el yate… Ella irá haciendo señales durante un minuto, solamente. Pon el motor en marcha, Aleco.

—Enseguida.

Aleco dio el tirón del cable, y el motor fueraborda se puso en marcha a la primera, perfecto su funcionamiento. A lo lejos, todavía se veía, de cuando en cuando, un punto de luz, como indicándole el camino.

—No comprendo cómo lo ha conseguido —mascullό Gunther—. Por mi parte, habría liquidado antes la cuestión tirando la bomba desde la avioneta.

—¿Y el dinero? —preguntó Maloney, sardónico—. ¿Habrías conseguido el dinero, entonces? Ya te dije, cuando ella salió a tomar el sol, que esa mujer era capaz de conseguirlo todo.

—¡Qué demonios sabes tú…! Apenas la viste unos segundos…

—Conozco a la gente cuando la veo. Esa mujer conseguirá

siempre lo que quiera.

—Pues mejor para ella. Preparad las pistolas, por si ocurriese algo imprevisto…

—No ocurrirá nada —insistió Maloney—. Estoy seguro de que ella ha soltado los gases, y todos los del yate están muertos ahora…

—Todos, no… No olvidéis que las tres chicas de *herr* Leonitz se fueron esta tarde a tierra, y que no las hemos visto regresar.

—Seguramente fueron a comprar algo, y se les pasó el tiempo. Ha sido una suerte para ellas.

—Mucha suerte… Pero no me gustaría que nadie del *Berlín* quedase con vida. De manera que, después de liquidar este asunto, las iremos a buscar a Porto Cristo.

—¿Y…?

—Y las eliminaremos, estúpido… ¡Ya no se ve la señal!

—Ha pasado el minuto… ¡Pero ya veo el yate! Sigue recto, Aleco.

—Yo también veo ya el yate —gruñó Aleco—. ¿Qué crees que tengo en lugar de ojos? ¿Aceitunas?

—Callaos ya —masculló Gunther.

Se callaron todos. Aunque, realmente, no había por qué, ya que según todos los planes los ocupantes del yate *Berlín* habían sido muertos por medio de gases venenosos…

* * *

—Ahí vienen —dijo Brigitte—. ¿Preparado, *herr*?

—Preparado.

—Espero que sepa nadar bien… Hay más de un cuarto de milla de aquí a donde dejamos mi balandro.

—Lo resistiré. ¿Y la carga…?

—Todo listo.

La carga de plástico, de un color amarillento, había sido colocada por Brigitte pegada al costado del yate, dentro de la cabina de Hermann Leonitz, a ras del suelo. Brigitte encendió la mecha del fulminante y se quedó mirando el lento chisporrotear.

—¡Vámonos ya! —exclamó Leonitz.

—Tranquilo… Conviene que sus hombres estén solamente pendientes del otro lado del yate, vigilando a mis compañeros…

—¡Ya deben de estar pendientes de ellos! ¡Están muy cerca!

—Pues vámonos al otro camarote. Saldremos por allá, de modo que nadie nos verá. Por suerte, es usted muy flaco, *herr*. De otro modo, no conseguiría salir por uno de esos ventanucos…

—¡No importa eso ahora! ¡Vámonos!

Salieron de la cabina de Leonitz, cruzaron el pasillo y entraron en otro camarote, de estribor. Leonitz se precipitó hacia el ojo de buey, lo abrió y se apresuró a encaramarse…, mientras arriba sus hombres esperaban a los de Brigitte Saintmarie, convencidos de que les estaban tendiendo una emboscada y con la orden de cogerlos vivos. Es decir, que tenían que dejarlos escalar el yate, subir a bordo todos, y cuando los tuvieran a los cuatro a tiro, acribillarlos si no obedecían la orden de tirar sus armas por la borda. Pero, preferentemente, cogerlos vivos.

Y así, mientras dos grupos de hombres iban a ser víctimas de una astuta trampa, *herr* Leonitz se colaba por el ojo de buey, seguido por la agente Baby, de la CIA. Y apenas había llegado esta al agua cuando el rumor del motor de la lancha conducida por Aleco se dejaba oír, justamente al otro lado del yate.

—De prisa —musitó la espía—. ¡Nade con todas sus fuerzas!

Hermann Leonitz no se hizo repetir la indicación. Empezó a nadar briosamente, pero con un pésimo estilo que le obligaba a mover la cabeza a derecha e izquierda continuamente, cansándose, desorientándose. A su lado, Brigitte nadaba a toda prisa, pero reposadamente, sin mover apenas la cabeza, hundiéndola rítmicamente en el agua cuando convenía y sacándola para respirar, siempre por el mismo lado, cuando así era necesario.

Tras casi dos minutos de furioso bracear, Leonitz se detuvo, jadeando.

—Ya… no puedo… más…

—Siga —dijo secamente la espía—. El yate explotará antes de veinte segundos, si no he calculado mal el tiempo. ¡Siga!

El mar estaba en calma, pero parecía que Leonitz tenía sus dificultades con el agua, que en ocasiones pasaba por encima de su calva cabeza. Estaba tan agotado por aquel esfuerzo de apenas quinientos pies, que parecía a punto de hundirse de un momento, a otro.

Y justo cuando se disponía a sacar fuerzas de flaqueza, en el yate

se vieron unos cuantos fogonazos, como brochazos de pintura roja y morada a la vez. Solo que la pelea duró muy poco: apenas cinco segundos más tarde, todo el yate saltó por los aires, con una enorme llamarada rojiza y negra, violácea, esparciendo a su alrededor los trozos astillados del casco, manchurrones de gasolina ardiendo, pedazos de la cabina de mando, sillas plegables y parasoles pulverizados… Fue como el estallido de un fuego de artificio cuidadosamente preparado. Las aguas se tiñeron brevemente de rojo, y luego de rojo y azul-morado, iluminando el cielo, del cual caían pedazos de madera y restos de todo el contenido del yate.

Y una ola enorme, producida por la explosión y teñida de rojo por esta, llegó hasta Leonitz y la agente Baby, alzándolos casi seis pies, dejándolos caer luego bruscamente, volviéndolos a alzar… La ola pasó, y a ciento cincuenta yardas los restos del *Berlín* iluminaban el Mediterráneo, ante las costas de Palma de Mallorca.

Brigitte agarró a Leonitz por un sobaco, porque parecía que el alemán se iba al fondo de un momento a otro.

—¡Vamos, *herr*! ¡Nade!

—No… puedo… ¡No puedo!

—¡Nade, o lo ahogo yo misma! ¡Vamos, nade! ¡Pronto vendrán aquí otras embarcaciones, y la Policía española, o quien sea…! ¡Nade! Tan solo nos queda un quinto de milla escaso.

—Lo… intentaré…

Brigitte se mantuvo en todo momento junto a él, nadando lentamente, ayudándolo. En la costa se veían ya luces que se dirigían mar adentro, y se oían ya zumbidos de motores… Algunas lanchas se acercaban a toda velocidad, barriendo el agua con sus potentes reflectores… Pero ninguna de aquellas luces llegó a inquietar en ningún momento a la agente Baby, que consiguió llegar, casi remolcando a Hermann Leonitz, al balandro anclado lejos del yate *Berlín*.

Subieron los dos, y quedaron tendidos en la pequeña cubierta, jadeantes, contemplando el resplandor a lo lejos, y las muchas embarcaciones que ya iluminaban las aguas alrededor del yate, buscando algún superviviente.

—No… encontrarán… ninguno —jadeó Leonitz.

—Solamente a Greta, Pascale y Helen —recordó la espía.

—Oh, esas… Se las arreglarán por otro lado… Imagino que

todavía deben de estar en Porto Cristo, buscando lo que usted les encargó. ¿Cree que lo encontrarán?

—No, *herr* —rio la espía—. No lo encontrarán. Usted se ha dado cuenta ya de que yo no quería que esas pobres chicas muriesen.

—¿Por qué no ellas? ¿Y los demás? ¿Qué me dice de los demás?

—Bueno… Todos esos que han muerto, *herr* Leonitz, son gente como nosotros, que no vale gran cosa, y, además, eran todos, sin excepción, unos asesinos. No lloremos su muerte, igual que nadie llorará la nuestra. Y, al fin y al cabo, liquidándolos a todos ellos, tanto a los míos como a los suyos, hemos hecho un poco de limpieza en la humanidad, ¿no le parece?

—Creo que sí —rio y tosió a la vez Leonitz—. ¿Sabe una cosa?: cuanto más lo pienso, más me gusta el plan de usted de dejar que todos me crean muerto. Así, podré estar tranquilo, e intervenir a mi gusto en la «Operación Dólar», cuando llegue el momento.

—Pero antes, querido, deberá pagarme mi parte, ¿no le parece? Son doscientos millones de liras. Una cantidad demasiado importante para que yo lo olvide.

—De acuerdo —sonrió Leonitz—. Vamos ahora mismo a buscar el dinero. Está en una cueva, más hacia el sur de la isla… Yo le indicaré la ruta. Calculo que no tardaremos más de una hora en llegar allá.

—Estupendo… ¡Vamos a por mis doscientos millones!

Habían pasado los nubarrones, tras soltar una furiosa y cálida lluvia que duró apenas cinco minutos. Tras esa pequeña tormenta de noche de verano, el cielo estaba limpio, lleno de estrellas, y la luna, casi llena, brillaba en lo alto, quebrándose en destellos plateados sobre las negras aguas.

—Ahí es —dijo Leonitz—. Hacia esas rocas.

—No veo nada ahí…

—Hay que tirarse al agua. La entrada a la gruta está por debajo del nivel del mar, pero apenas a medio metro. Es muy fácil entrar en esa gruta… cuando se conoce su emplazamiento.

—¿Y tiene ahí el dinero?

—En grandes bolsas de plástico. Listo para ser utilizado en cualquier momento, Brigitte.

—Bueno… La idea no es mala. Quizá si lo requiriese de golpe en sus bancos en el momento preciso, despertaría algunas sospechas,

¿no es así?

—Exactamente. Acerque más el balandro a las rocas. Tendremos que bucear.

—No llevo linterna submarina… No pensé en…

—No importa. Yo la guiaré por la entrada. Luego, dentro de la gruta tengo un par de linternas. Nos arreglaremos con ellas… ¿Qué está haciendo?

—Esto es un arpón —mostró Brigitte—. Nunca se sabe lo que puede uno encontrar bajo el agua.

—Tonterías…

—¿Tonterías, *herr*? Sepa que un amigo mío…, el español de que le hablé, por cierto que se llama Paco Rivelles, ha pescado pulpos gigantes en estas aguas… De más de treinta libras de peso… Y esos simpáticos animalitos de ocho tentáculos suelen estar por las rocas, precisamente.

—Bien… Si eso la tranquiliza…

—Me tranquiliza mucho… ¿Le parece bien aquí mismo?

—Sí… Aquí está bien.

Brigitte tiró el anclote al fondo, y el balandro, tras detenerse, comenzó a girar lentamente, hasta que también tiró el de proa, más pequeño, de estabilización, y que casi nunca parecía haber sido usado.

—¿Al agua? —dijo Brigitte.

—Vamos…

Leonitz se tiró el primero; nadó resueltamente hacia las rocas, y tras examinarlas durante un par de minutos señaló hacia el fondo.

—Aquí es. Sería mejor que bajásemos juntos… No por favorecerla a usted, sino por mi propia seguridad… No soy precisamente un gran nadador.

—Ya me di cuenta antes. Deme su mano derecha.

Se cogieron de la mano y se sumergieron. En las muy transparentes aguas se veía, apenas a una yarda de profundidad, el negro orificio, como una mancha tenebrosa, peligrosa. Pero ninguno de los dos vaciló ni siquiera un instante. Siempre cogidos de la mano y llevando Brigitte el arpón en la derecha, puesto que la izquierda sujetaba la derecha de Leonitz, penetraron en la gruta, completamente inundada. Pero, apenas tres yardas más adelante, Leonitz tiró de la mano de Brigitte hacia arriba, y la espía siguió

dócilmente. Enseguida, su cabeza quedó sobre la superficie, respirando Brigitte inmediatamente, ávida. El lugar estaba sumido en la más completa, absoluta oscuridad.

—Nade ocho o diez brazadas —dijo Leonitz—. Ahora ya puede soltarme… Eso es… Siga nadando… Ahora. No se mueva de aquí. Voy a salir del agua, y buscaré la linterna. Sobre todo, no se mueva de aquí.

—Está bien.

Leonitz se alejó, chapoteando. Se oía perfectamente la ruta que seguía, dentro del silencio de la gruta. Luego, se oyó el chorrear de agua sobre agua, con lo cual era fácil comprender que el alemán había salido a tierra firme…

—¿Encuentra la linterna, *herr*?

—La estoy buscando… ¡Ya la tengo! Acérquese, Brigitte.

Se oyó el rumor de agua. De pronto, se encendió una linterna, cuya luz fue directamente hacia donde se había oído el chapoteo; y casi al mismo tiempo un disparo atronaba la gruta, mezclado con la risa de Hermann Leonitz… Una risa que se truncó bruscamente, porque, tras disparar hacia donde creía que se hallaba Brigitte, vio cómo la bala se hundía en el agua, alzando un diminuto surtidor.

Solo eso.

Por lo demás, las aguas estaban ahora quietas, negras, teñidas de la amarilla luz de la linterna. Era como si la mujer llamada, Brigitte Saintmarie jamás hubiese estado allí.

Por un instante, Leonitz quedó tan estupefacto que fue incapaz de reaccionar. Pero, de pronto, creyó ver algo que se movía bajo el agua, apuntó y disparó, disparó, disparó… En el agua fueron apareciendo los mismos pequeños surtidores, mientras la gruta parecía ir a estallar, como un globo con demasiada presión…

Y eso fue todo.

—¿Dónde está? —gritó Leonitz—. ¿Dónde se ha metido? ¡No va a poder escapar, Brigitte! ¿Con quién creía que estaba jugando? ¡He sabido en todo momento que me mentía, que quería engañarme, pero me gustó la idea de hacer creer a todos que había muerto! ¡Ahora, seremos los dos los desaparecidos…! Solo que usted, para siempre…

El agua se movió en un lado de la gruta, y Leonitz volvió a disparar, por dos veces ahora. Nuevas salpicaduras de agua… Y eso

fue todo.

Y de pronto, cuando iba a disparar otra vez, recordó que había disparado ya demasiado, sin control. Con lo cual, en el cargador debían de quedar ya muy pocas balas… ¿Dos? ¿Tres? Había nueve, pero no sabía cuántas veces exactamente había disparado…

Hermann Leonitz oía el palpitar de su corazón como si fuese un gigantesco tambor atronando toda la gruta. Dirigía la luz de la linterna de un lado a otro, velozmente, desorbitados los ojos, casi temblando la mano…

¿Qué clase de mujer era aquella? Y justo cuando el alemán estaba estremeciéndose de espanto, vio sobre las negras aguas, bajo la amarillenta luz de la linterna, la manchita roja, que se iba extendiendo, como si fuese humo en el aire, diluyéndose…

—¡Le he dado! —gritó—. ¡Le he dado…! ¡Está ahí…!

Disparó dos veces más hacia donde se veían las manchas de sangre. Luego, se metió en el agua hasta la cintura, gritando, disparando, disparando, disparando… Solo que, por fin, se dio cuenta de que había gastado ya las nueve balas del cargador. Lanzó un grito de rabia, se acercó más adonde se veía la mancha de sangre…

—Aquí, *herr*…

Demasiado tarde, oyó el rumor del agua al ser desplazada por un cuerpo que emergía. Demasiado tarde comprendió que, apenas oír esto, o la voz, debió apagar la linterna. Demasiado tarde, comprendió que aquella mujer era todavía más escalofriante de lo que él había creído. Demasiado tarde, comprendió que un arpón, además de para pescar pulpos, puede servir para pescar hombres…

Vio a la espía a su derecha, con el agua hasta los senos, alzado el brazo derecho, del cual, cerca del codo, brotaba un hilillo de sangre…

Y lo último que vio, como un destello aterrador, fue el húmedo arpón, lanzado fuertemente hacia él por aquel delicado bracito herido.

¡Chock…!

El arpón atravesó la garganta de *herr* Leonitz, que cayó hacia atrás, blandamente, soltando la pistola y la linterna, hundiéndose, desorbitados los ojos por el espanto y la muerte…

Luego, cuando dos minutos más tarde se encendió la otra

linterna, no se veía el cuerpo de Hermann Leonitz, pero sí la gran mancha de sangre que se iba extendiendo por las aguas encerradas en la gruta de techo alto.

Y manejando aquella linterna, la espía más astuta y peligrosa del mundo no tardó en encontrar los diez sacos de plástico, conteniendo seiscientos millones de liras.

En menos de quince minutos los diez sacos de plástico estuvieron a bordo del balandro. Y todavía en menos tiempo Brigitte había montado la radio escondida por piezas en diversos escondrijos de la pequeña embarcación. Conseguido el montaje, efectuó la llamada, y recibió respuesta enseguida:

—¿Brigitte? —preguntaron.

—Saintmarie. Conseguido todo. Pasen a recogerme con seiscientos millones de liras. Corto.

Escondió el dinero como mejor pudo, izó los dos anclotes y se alejó de allí hacia el punto que ya había sido convenido desde el primer momento.

Y cuando se alejaba de la gruta, musitó fríamente:

—*Adieu, herr* Leonitz… Disculpe que ahorre mis lágrimas, pero ya le dije que nadie lloraría nuestra muerte.

Capítulo XII

Todavía de noche, pero ya muy cerca del amanecer, Brigitte bajaba la vela del balandro, a un par de millas de la punta sur de la isla de Menorca.

Después, volvió a utilizar la radio. Apenas efectuada la llamada, recibió respuesta:

—Aquí, el «Dios Dólar». ¿Está en el punto convenido?

—Sí.

—Al pairo. Pasamos a recogerla antes de diez minutos.

—De acuerdo.

Cortó la comunicación y se dispuso a esperar. Muy poco tiempo, casi ni siquiera los diez minutos. Oyó el rumor de un motor, acercándose, y ya casi con las primeras luces del día vio la pequeña lancha, pintada de blanco, destacando sobre las aguas. Una lancha tan pequeña que cabían dos personas solamente, y no muy holgadas. De manera que al volante iba un solo hombre, que, ya parado el motor, mantuvo fija la pequeña lancha junto al balandro, mientras Brigitte saltaba a la primera tras colocar amontonados, sobre la popa, los diez sacos de plástico con los seiscientos millones de liras.

Cuando ella estuvo a bordo, el hombre ató los sacos con una fina cuerda de plástico, asegurándose de que ninguno se perdería por el camino. Luego, siempre sin hablar una sola palabra, sacó una pistola corta, pero muy voluminosa; apuntó al balandro por debajo de la línea de flotación y oprimió el disparador. Se oyó un seco chasquido, y un tubo corto, conteniendo una carga de explosivo de acción retardada se clavó en el balandro, bajo el agua.

Se alejaron, mirando el hombre continuamente hacia atrás, hasta que se oyó un sordo estampido, y el balandro pareció saltar tres o cuatro pies por encima del agua. Volvió a caer, y esta vez fue para hundirse silenciosamente en el mar.

Entonces, el hombre se dedicó solamente a la lancha, ya sin mirar atrás, sin preocuparse por nada. Ni siquiera por conversar o mirar a la espía.

Cinco minutos más tarde, trabó la rueda del volante y sacó un pañuelo negro. Con él en una mano, se quedó mirando a Brigitte, que encogió aburridamente los hombros.

—Entiendo —dijo solamente.

El hombre le puso el pañuelo ante los ojos y lo anudó en la nuca, mientras la lancha seguía navegando, a timón fijo.

Y muy poco después, tal como Brigitte esperaba, la lancha se detuvo. Y también como estaba esperando, tuvo que colocarse en una especie de plataforma, para luego deslizarse por el tobogán. Tras ella, fueron descendiendo los sacos de plástico con los seiscientos millones de liras, mientras una mano varonil la ayudaba a ponerse en pie, y oía la voz de Antonino Trieste:

—Ha hecho un buen trabajo, Brigitte. «Dólar» está muy contento.

—Lo celebro… ¿Puedo quitarme ya el pañuelo?

—Todavía no: la entrada continúa abierta. Dígame, ¿cómo pudo estar dominando la situación en todo momento, con un hombre como *herr* Leonitz?

—Era demasiado sencillo: dejar que él creyese que podía engañarme en cuanto se lo propusiese. Y así, hemos estado jugando a ver cuál de los dos era más listo… Yo sabía que a él le gustaría la idea de que todos le creyeran muerto, o, al menos, despistar al «Dios Dólar», esconderse con el dinero hasta que llegase el momento de invertirlo.

—Bien… Francamente, no me pareció que su plan fuese a dar resultado. Pero me alegra que sí lo haya dado. ¿Sabe que tiene una pequeña herida en el brazo derecho?

—Es solo un rasguño. Si me lleva a mi cámara, podré curármelo yo misma.

—De ninguna manera. Yo la curaré. Será un placer… A menos que usted prefiera que lo haga Angela.

—¿Está ella aquí? ¿Aquí, con nosotros?

—Aquí estoy, niña —se oyó la voz de Angela—. Temblando de alegría porque has vuelto. Estoy muy contenta.

—Gracias, Angela… ¿Todo va bien?

—Todo bien, niña.

Antonino le quitó el pañuelo, por fin, después que Brigitte hubo oído el rumor de mecanismos metálicos y chasquidos eléctricos. Es decir, que la entrada al «Dios Dólar» se había cerrado ya.

La espía parpadeó un poco bajo la intensa luz, y se quedó mirando amablemente a Angela, que casi suplicó:

—¿La curo yo, Antonino? Brigitte, dile que quieres que sea yo quien te cure…

—Claro que sí, Angela. Vamos a mi cámara… ¿Alguna objeción, Antonino?

—Desde luego preferiría hacerlo yo, pero eres tú quien ha de elegir No entreteneros demasiado, porque «Dólar» querrá hablar contigo. Cuando veas que se enciende en tu cámara el número veintitrés, dirígete directamente a la Sala de Reuniones.

—Está bien. Vamos, Angela.

Pasaron por la enorme sala donde estaba almacenado el dinero falso, en grandes pilas. Había muchísimos más fajos de billetes, hasta el punto de que apenas se podía pasar. El pasillo había sido estrechado, y prácticamente ya no cabía nada más allí. Posiblemente, se hubiese llegado a la fabricación de dólares falsos en una cantidad cercana al trillón de dólares.

Poco menos que para cubrir materialmente el territorio de Estados Unidos con billetes falsos…

Brigitte casi se detuvo al pensar esto, de pronto. ¿Inundar Estados Unidos con billetes falsos? ¿Podía ser aquello? Durante la última guerra mundial se había empleado aquel truco, de introducir moneda falsa, en Inglaterra… Pero… ¿qué resultado podría dar aquello? ¿Qué utilidad tendría actualmente hacer semejante cosa?

Angela iba tras ella, haciendo sonar sus grandes pies como si fuesen sacos llenos de arena. Cuando llegaron abajo, Brigitte pudo comprobar que ya no había ningún escape de sonido en la Sala de Producción. Pero, por supuesto, allá dentro se seguía trabajando sin descanso, a todo ritmo…

Entraron las dos en la cámara de la espía, y Angela se dirigió directamente al pequeño cuarto de ducha, de donde salió con el botiquín correspondiente a la cámara.

—Ya no cabe más dinero en el «Dios Dólar», Angela —musitó Brigitte—. ¿Está cercana la «Operación Dólar»?

—Todavía tienen que llenar la Sala de Recepción, donde está el tobogán. Un par de días, dicen los que trabajan en las máquinas, pero yo creo que será más tiempo. Ven, niña, ven… ¿Leonitz te hizo esto?

—Sí.

—Pero tú lo has matado, ¿verdad?

—Lo maté.

—¿Cómo? —brilló el único ojo de Angela—. Cuéntame cómo lo hiciste, niña mía… Sufrió mucho, ¿verdad? ¡Lo hiciste sufrir mucho, estoy segura!

Casi había un tono de risa en la voz de la gigantesca tuerta; un aliento de ansiedad, un gemido de placer…

Brigitte contuvo un estremecimiento, manteniéndose lo más impasible posible.

—Sufrió, pero fue solamente de miedo —dijo.

—¿Cómo lo mataste? ¿Lo estrangulaste, o…?

—Le clavé el arpón del balandro en la garganta. Igual que hiciste tú con Enrico Moranti.

—¡Aaaah…! —gimió de placer la tuerta—. ¡Un arpón en la garganta! ¡Eso está bien! Se ve cómo se clava en la carne, y sale la sangre roja y caliente… ¿Se lo clavaste despacio?

—No; se lo tiré desde cinco metros, y se clavó en su garganta. Él se hundió en el agua, y ya no salió.

—¡Eso estuvo bien! ¡Estuvo muy bien…! Yo no sé tirar un arpón, niña, pero tú me enseñarás… ¿Me enseñarás?

—Claro, Angela.

—Yo te curo ahora, enseguida… Sé que soy fea y muy grande, pero te curaré bien, con delicadeza… ¡Si *herr* Leonitz estuviese todavía vivo, yo le sacaría los ojos por haberte herido…!

Casi temblando, las enormes manos rojizas iniciaron la cura del rasguño producido en el brazo de Brigitte por una de las balas disparadas por Leonitz. Realmente, no era nada serio. Bastó un poco de desinfectante y astringente, y luego una tira aséptica, ya con el esparadrapo colocado, para dejar la herida en perfectas condiciones para una pronta cicatrización.

—¿Te ayudo a vestirte? ¿Te ayudo, niña?

—No hace falta, Angela, gracias. Además, todo se hundió con el balandro, y solo tengo este bikini…

—No, no —rio Angela—. Tenemos aquí las cosas que tú llevaste al Albergo Portofino. Las trajeron en un avión. ¡Qué piel tan fina tienes, niña!

Los gruesos dedos se deslizaron casi temblorosos por un hombro de Brigitte, y luego bajaron hacia los senos, tocando la carne como si temiese romperla, como si la piel pudiese desgarrarse… Angela pasó la otra mano por la desnuda espalda de la espía, apretando con un cuidado exquisito…

En aquel momento se oyó el silbido, y en lo alto de la puerta empezó a encenderse en rojo el número veintitrés, que, dedujo Brigitte, debía de ser su número dentro de la organización.

—Tengo que ir a ver a «Dólar» —musitó, apartándose de la mujerota tuerta—. Espero que haya quedado satisfecho de mi trabajo.

—Sí… Sí lo está… Todos estamos muy satisfechos…

Las manos de Angela seguían acercándose a la piel de Brigitte, queriendo tocarlo todo, pero la espía se dirigió rápidamente a la puerta, y allí se volvió, intentando conseguir una sonrisa para la tuerta.

—Hasta luego, Angela.

—Hasta luego, niña…

Baby recorrió el pasillo, hasta llegar ante la puerta de la Sala de Reuniones. Empujó y entró, sencillamente. Sobre la mesa se veían los diez sacos de plástico con el dinero de Leonitz. Y en la punta estaba «Dólar», que dejó oír su voz metálica:

—Pase. Y reciba mi felicitación por su trabajo… Supongo que ninguno de mis hombres se pudo salvar.

—Ya sabe cuál era el plan, «Dólar» —contestó con indiferencia Brigitte, como si el robot no estuviese allí—. Hubo que sacrificarlos.

—Bien… Es lamentable, pero no demasiado. Igual que con aquellos dos estúpidos que quisieron matarla en el patín, creo que no se ha perdido gran cosa. Siempre encontraré hombres que quieran trabajar para mí.

—Y seguro que no valdrán seiscientos millones de liras.

—No —se oyó la risa seca, metálica, del robot—. Seguro que ni todos juntos valen este dinero. Cuénteme cómo ocurrió todo. Siéntese, desde luego.

—Muy amable —ironizó Brigitte—. ¿Por qué estamos solos? ¿A

los demás no les interesa la conversación?

—Ellos se están enterando de todo. Hable… ¿No ha tenido tiempo de vestirse?

—No. Pero no me diga que un robot puede alterarse ante una mujer hermosa.

—¿Quién sabe?

—¿Se le calienta… el aceite? —rio Baby.

—Siéntese y cuéntemelo todo.

Brigitte asintió con la cabeza. Se sentó, encendió un cigarrillo de los que había en el centro de la mesa, y contó a «Dólar» los acontecimientos relacionados con la eliminación de *herr* Leonitz y sus hombres. Mientras hablaba, iba mirando de un lado a otro, pero, especialmente, hacia la doble puerta que, indudablemente, daba a la cámara privada de «Dólar». Allí, detrás de aquella puerta, debía de estar el hombre que hablaba por medio del robot, con aquella voz seca, áspera, con tonos metálicos…

—Espero —dijo el robot de pronto— que no se le ocurrirá la idea de entrar en la cámara privada, señorita Saintmarie.

—Estaba pensando en ello —admitió Brigitte, sonriendo.

—Deseche la idea. ¿Tiene algo más que contarme?

—Que recuerde en estos momentos, no.

—Piénselo bien. Recapacite. Si tiene algo que decir, dígalo, ya que no volveremos a vernos.

—¿No volveremos a…? ¿Por qué?

—Porque los muertos, señorita Saintmarie, no pueden hablar ni siquiera con un robot… ¿O no es Saintmarie su apellido? ¿Quizá le resulte más familiar el nombre de Brigitte Montfort?

Brigitte se mordió los labios y se quedó mirando los agujeros encristalados que eran los ojos del robot.

—¿Se ha enterado? —musitó temblorosamente.

—Oh, vamos, señorita Montfort… Lo hemos sabido en todo momento. Poco después del fracaso de los dos desdichados del patín, llegaron dos hombres de Estados Unidos, y nos contaron muchas cosas.

—Entiendo… ¿Esos dos hombres son los que mataron al agente de la CIA que llegó a Nueva York procedente de Europa?

—Exactamente.

—¿Cuáles son sus nombres?

—Andrea y Sibelius —rio el robot—. ¿Por qué lo pregunta?

—Andrea y Sibelius… Lo tendré muy en cuenta… mientras esté viva, «Dólar». Y dígales a esos dos hombres que procuren no acercarse demasiado a mí.

—¿Intentará matarlos? —volvió a reír el robot.

—Siempre he matado a quienes han matado a mis compañeros de la CIA, «Dólar». Siempre. Confieso que he tenido, hasta ahora, una suerte increíble, unas oportunidades sorprendentes… Pero lo he hecho.

—Esta vez no tendrá ni suerte ni oportunidades. Y para que vea lo seguros que estamos, van a ser precisamente Sibelius y Andrea los encargados de llevarla a su cámara. Mucho me temo que de una mujer como usted no podemos esperar resignación para morir, de modo que, en previsión de que intente recurrir a algún truco especial, será meticulosamente registrada. De momento, tenga la bondad de quitarse el bikini. Y sería absurdo que intentase usted matar a un robot, señorita Montfort.

—Del todo absurdo —sonrió secamente la espía.

Se quitó el bikini, dejándolo sobre la mesa, junto a la cual quedó, erguida. Casi al instante, oyó abrirse las puertas tras ella, y aparecieron dos hombres, pistola en mano. Uno de ellos le tiró una corta túnica blanca, ligerísima, que la espía se puso inmediatamente, mientras se oía de nuevo la voz de «Dolar»:

—Observe que tenemos este detalle de delicadeza con usted. Ah, otra cosa: le presento a Sibelius y Andrea, los hombres de que le he hablado, y que la estuvieron vigilando en Nueva York después de que usted se fue de la cabaña donde mataron a su compañero de la CIA…

—¿Ellos estaban allí, escondidos cerca…?

—Exactamente. Tenían que estudiar la reacción de la CIA, intentar averiguar si ustedes estaban al corriente de cosas que pudieran perjudicarnos seriamente. En la actualidad, hemos llegado a la firme conclusión de que la CIA no sabe nada concreto…, y que ha confiado demasiado en una hermosa mujer.

—La CIA está acostumbrada a confiar plenamente en su mejor agente, «Dólar».

—Entonces, la CIA es todavía más ingenua de lo que siempre he creído. Para este trabajo, no debieron enviarla sola, sino

acompañada de una docena de hombres que la respaldasen, que estuviesen preparados para ayudarla en el momento oportuno.

—¿Y cómo sabe usted que estoy sola? —sonrió Brigitte.

—¿No lo está?

—Claro que no.

—¡Tonterías! —se oyó de nuevo la seca, metálica risa del robot —. No va a conseguir inquietarme lo más mínimo. Lleváosla… Pero no a su cámara, sino abajo. Hasta nunca, señorita Montfort.

Brigitte encogió los hombros.

Se volvió y se dirigió hacia la puerta, mirando un instante, con dura fijeza, a Sibelius primero y a Andrea después, que se apartaron, sin dejar de apuntarla.

—Ah, señorita Montfort, otra cosa —dijo de pronto «Dólar»—. Mucho me temo que Antonino siente una especial… predilección por usted, de modo que antes de matarla es posible que él le haga una visita.

—Entiendo —dijo fríamente Baby.

—Pero no se preocupe. Antonino tiene turno de dirección en la Sala de Producción durante estas veinticuatro horas, de modo que no creo que pueda… visitarla hasta la medianoche. Eso le da a usted unas horas más de vida, de tranquilidad…, de tiempo para reflexionar, rezar o lo que mejor le parezca. Estará en una cámara completamente vacía, no comerá, no beberá, no recibirá visitas ni ayuda de ninguna clase… Sería bueno que se dedicase a dormir. No hay por qué morir fatigados. Adiós, señorita Montfort.

Salieron los tres de la Sala de Reuniones. Cuando recorrían el pasillo pasaron por delante de Angela, que estaba en la puerta de la cámara de Brigitte. Ni una ni otra dijeron nada.

Andrea, el griego, abrió la puerta de la primera de las cámaras a la derecha del pasillo, entró, y Sibelius indicó a Brigitte que hiciese lo mismo. Aquello no era una cámara, sino una pequeña sala vacía, con una escalera de peldaños de madera, volantes, que descendía. Andrea primero, Brigitte después y Sibelius en último lugar, descendieron por aquella escalera de caracol, ligerísima, hasta llegar a otra puerta cuya solidez sorprendió a Brigitte. También la abrió Andrea, y entonces Brigitte no pudo evitar una exclamación. Ante ella, la nave más grande de todo el «Dios Dólar». Casi trescientos pies de punta a punta. Delante mismo de la puerta, un

estrecho pasillo volante, al cual daban varias puertas, todas ellas fortísimas, herméticas, igual que la última que había traspuesto. Era como el corredor de un patio de celdas, solo que abajo estaba completamente lleno de agua, de tal modo que el techo quedaba a poco más de diez pulgadas de la cabeza de Brigitte.

Flotando en aquella agua, la espía vio la pequeña lancha en que había sido recogida poco antes; y otras cinco más; también había dos pequeñas avionetas colocadas sobre plataformas flotadoras, así como cuatro coches, dos helicópteros, media docena de motocicletas e incluso un par de bicicletas. Además, unos extraños artefactos que parecían bolas de plástico, flotando como pelotas vacías, apenas hundidas media pulgada.

Caminaba tan absorta contemplando todo esto que tropezó con Andrea cuando este se detuvo, ante una puerta. La abrió, se apartó, y señaló a Brigitte hacia dentro. Ella entró, la puerta se cerró…, y se encontró en una cámara completamente vacía, de sólidas paredes y puerta hermética.

Pero aquello no le interesaba… ¿Qué significaba lo que había visto? Toda aquella gran nave llena de agua podían ser los tanques de llenado de un gigantesco submarino… ¿Un submarino? Hizo un cálculo con las distancias que había recorrido por dentro del «Dios Dólar», y llegó a la conclusión de que, en total, debía de tener una altura no inferior a los treinta pies, y una longitud nunca menor a los seiscientos, en total. Doscientas yardas de longitud por diez de altura. Ciertamente, podía ser un submarino gigante, pero entonces… ¿qué significaban aquellos cuatro automóviles sobre las plataformas flotantes, y las motocicletas, las bicicletas…? ¿Para qué podía servir todo aquello en el agua? ¿Para qué sirve un automóvil en el mar? ¿Quizá si el gigantesco submarino emergía, se podían abrir las trampillas, expulsar el agua y sacar flotando en sus plataformas aquellos coches? Sería como llevarlos en una balsa, hasta tierra firme…

Alzó de pronto la cabeza.

—¿Me están viendo? —preguntó.

No recibió respuesta. Al parecer, allí no había ni micrófonos ni objetivos de televisión. Solamente cuatro paredes, que estuvo golpeando con los nudillos, examinándolas… Llegó a la conclusión de que era como si estuviese metida en una caja hermética de acero,

de modo que se sentó en el duro y frío suelo, lo más cómodamente que pudo.

Se encontró pensando en tantas cosas a la vez, con tal cruce de pensamientos y de ideas, que llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era no pensar en nada, relajarse, y, hasta si podía, dormir.

Al fin y al cabo, eso era lo único que podía hacer: dormir. Y esperar a la muerte.

Capítulo XIII

Perdida por completo la noción del tiempo, la agente Baby había tenido tiempo de dormir, de pensar, de repasar mil veces más aquellas solidísimas paredes, de intentar abrir aquella puerta que ni siquiera parecía tener cerradura interior… Pero sí debía de tener un resorte, al menos. Debía de haberlo, pero no pudo encontrarlo.

No pudo encontrar nada. Estaba entre cuatro solidísimas paredes, notando cómo pasaba el tiempo, segundo a segundo, lentamente, angustiosamente. Aquel iba a ser un aburridísimo final para tan hermosa espía, siempre alegre, con ansias de vivir. Un final aburrido…

Es decir, parecía que iba a ser aburrido hasta que aquella sólida puerta hermética se abrió, y apareció Antonino Trieste en el umbral. Estuvo mirándola unos segundos, sonriendo de un modo extraño, en silencio. Por fin, entró, cerrando la puerta, que emitió un chasquido como eléctrico al quedar encajada en el marco.

Todavía estuvieron unos segundos mirándose, hasta que el guapo italiano movió una mano sobre él.

—Bien… Aquí no hay objetivos de televisión, Brigitte.

—Lo he supuesto. ¿Vienes a matarme ya? ¿Tú eres el encargado?

—He declinado ese honor.

—¿Angela?

—No sé —musitó Antonino—. Ni quiero saberlo.

—Está bien… ¿Qué quieres, entonces?

Antonino encajó las mandíbulas. Respiraba con dificultad, como si se estuviera ahogando lentamente.

—¿No lo sabes? —preguntó, ronca la voz.

—Temo saberlo —suspiró la espía.

—¿Por qué has de temerlo? Al fin y al cabo, pronto vas a morir, Brigitte… ¿Qué más da…?

Ella encogió los hombros.

—Es cierto: ¿qué más da? Pero ¿qué esperas de mí? ¿Acaso que esté de acuerdo contigo?

—No me importa demasiado —susurró Antonino Trieste—. Cuando una mujer es tan hermosa como tú, no me importa nada, Brigitte.

* * *

—¿Ya te vas? —preguntó Brigitte.

—Sí.

—Bien… Hasta nunca, Antonino. ¿Me tiraréis al mar, supongo?

—¿Al mar? —musitó Trieste.

—Después de matarme, quiero decir.

—Sí —palideció Antonino—. Creo que te tiraremos al mar… después de matarte.

—Bien… Adiós, Antonino. Adiós para siempre.

* * *

No fue un «adiós para siempre». Veinticuatro horas más tarde, Antonino Trieste entró de nuevo en la cabina donde estaba encerrada Brigitte, que se quedó mirándolo incrédulamente.

—¿Qué ocurre? —musitó la espía—. ¿Has cambiado de opinión y vienes tú personalmente a matarme? Habéis tardado mucho, y…

—Calla… ¡Calla!

La agente Baby calló. Parecía asombrada, desconcertada. Antonino se acercó a ella, se sentó en el suelo, a su lado, y se quedó mirando la pared, fijamente, como hipnotizado.

Por fin, susurró:

—He conseguido que «Dólar» aplace tu muerte.

—¿Por qué?

—Se lo he pedido yo.

—Ah… Sí, entiendo…

—«Dólar» ha dicho que dentro de un par de días estaremos listos para emprender la «Operación Dólar». Hasta entonces, hasta el momento ese, permitirá que continúes con vida.

—¿Para ti? —murmuró Brigitte.

Antonino inclinó la cabeza.

—No quiero que te maten —dijo de pronto—. Y no van a matarte.

—¿Vas a rebelarte contra «Dólar»? —sonrió tristemente la espía.

—No te matarán… —insistió él, sombrío—. Tú eres… eres como la esposa de aquel califa de Las Mil y Una Noches…

—Querido —sonrió dulcemente la espía—, yo no te he contado ningún cuento… Parece que no conoces bien ese libro.

—Sí… Lo conozco bien. Un califa, se casaba cada noche… Y cada amanecer hacía decapitar a su mujer. Así, siempre, siempre… Hasta que un día una mujer le contó un cuento tan interesante que el califa le pidió que le contara otro. La mujer accedió, pero, cuando estaba a mitad del cuento, amaneció. Y entonces le dijo al califa que no podía terminar el cuento, porque ella sabía que había llegado el momento de su ejecución. El califa dijo que esperarían a más adelantado el día, porque quería saber cómo terminaba aquel cuento… Pero ella dijo que no, que si quería saber cómo terminaba aquel cuento, tenía que dejarla vivir un día más, hasta el amanecer siguiente… El cuento era tan interesante que el califa accedió. Y aquella noche la esposa le contó el final del cuento… Pero empezó otro, y cuando amaneció el segundo día, también faltaba el final de aquel cuento interesantísimo… El califa pidió que ella se lo contara, pero la esposa dijo que si quería saber el final del cuento tenía que dejarla vivir otro día. Y otra vez accedió el califa. Y así, durante mil y una noches, la esposa estuvo viviendo, siempre teniendo pendiente de ella al califa, hasta que este, de pronto, se dio cuenta de que jamás podría dejar de amar a aquella esposa, que jamás podría matarla.

—Así es el cuento —sonrió Brigitte—. Pero mucho me temo, Antonino, que mi imaginación no sea tan fecunda como la de esa esposa última del califa. Además, «Dólar» no esperaría mil y una noches.

—Olvida a «Dólar».

—Antonino, ¿qué estás pensando?

—Yo… no quiero cada noche un cuento diferente. Quiero siempre el mismo. Y sé que nadie me lo contará como tú. Lo sé.

—¿Quieres salvar mi vida?

—Eso quiero. Te sacaré del «Dios Dólar».

—¿Y luego? «Dólar» nos encontrará a los dos… No, Antonino, no… Es imposible… Además, ¿cómo saldríamos de aquí?

—¡Ya sé cómo! Lo estoy preparando todo…

—Antonino, no… No, no… Ya basta que muera yo… ¿Por qué has de morir tú también?

Trieste contuvo el aliento, fijos sus ojos en Brigitte.

—¿Lamentarías… mi muerte?

La espía internacional sostuvo unos segundos la mirada del hombre, hasta que, de pronto, dos gruesas, transparentes lágrimas aparecieron junto al bello azul cielo de los ojos.

—Te estás burlando de mí —gimió quedamente Baby—. Sé que te estás burlando de mí, Antonino. Si no fuese así, no preguntarías una cosa que tú sabes… sabes que es muy cierta…

Trieste abrazó a Brigitte y la besó impetuosamente, con fuerza, ansiosamente.

—Escucha… —jadéó—. Escucha, Brigitte. No me importa aquel califa, pero sé que contigo puedo vivir todos los cuentos de Las Mil y Una Noches… Te sacaré de aquí. Tengo dinero… Todos los del «Dios Dólar» tenemos dinero… «Dólar» nos va pagando con regularidad, hasta el momento en que los principales colaboradores seamos admitidos en el reparto final de los beneficios de la «Operación Dólar». Yo no quiero ya esos beneficios… si ha de ser a cambio de perderte. Vamos a salir de aquí, recogeremos mi dinero y nos iremos a… a Australia, quizá. O a Canadá, quizás a Suramérica. ¡A donde sea! «Dólar» jamás nos encontrará.

—Estás sacrificando demasiado por mil y una noches, Antonino.

—¿Por qué mil y una? Serán muchos miles… Miles de miles… Pero aunque solo fuesen mil y una, ¿qué importaría? El califa no podía pasar sin los cuentos de su esposa. Yo no podría pasar sin ti, Brigitte. Llámalo a esto como quieras. Incluso los cuentos de Las Mil y Una Noches… Llámalo como quieras, pero vívelo conmigo. ¿Qué dices?

—Antonino, yo estoy deseando vivir, y te amo, lo sabes… ¿Por qué me pides una respuesta, si solo puede ser una?

Trieste se quedó mirando a la espía. La volvió a besar, de pronto, con el mismo ímpetu de antes, casi tembloroso. Luego, se puso en pie de un salto.

—Voy a…

—Si sales de aquí tan pronto, «Dólar» sospechará algo.

—Sí… —se mordió los labios él—. Es cierto.

—Entonces —susurró la espía—, quédate.

* * *

—Espera, Antonino, no te vayas todavía. Aún es pronto.

—Tengo que prepararlo todo.

—Espera un poco más. Yo… no quisiera que hubieras olvidado que estoy trabajando para la CIA.

—Claro que no lo he olvidado.

—¿Te opondrás a que destruya a «Dólar»? Tendré que hacerlo.

—No sé… ¿Por qué has de hacerlo? Olvídalo todo, como yo… Déjalo todo, y…

—De acuerdo. Lo dejaré todo… si es que puede hacerse.

—¿Por qué no habría de poder hacerse?

—Primero, tengo que saber en qué consiste la «Operación Dólar».

—Entiendo… Me estás sonsacando, ¿no es así?

—¡Así es! —rio la espía; le dio un besito en el cuello, y preguntó—: ¿Acaso te sorprende, querido?

—No… Claro, es natural. Pero… no te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso de…?

—Es sencillo. Si la «Operación Dólar» no afecta la buena… la aceptable marcha del mundo, la olvidaré. Pero si, de un modo u otro, esa operación puede entrañar cualquier clase de peligro internacional, yo tendré que destruir a «Dólar» y a todos cuantos estén con él.

—Sí… Comprendo…

—¿Qué es la «Operación Dólar»?

Antonino Trieste vaciló, pero muy brevemente.

—Introducción de moneda falsa en Estados Unidos.

—¿Cuánto dólares, en total?

—Muchísimo… Trillones de dólares. «Dólar» ha calculado que Estados Unidos quedará completamente saturado de dólares falsos en menos de una semana.

—Ese hombre, o robot, o lo que sea, está loco… ¿Cómo espera conseguir semejante barbaridad? De ninguna manera conseguirá

introducir en mi país esa cantidad de dólares.

—Es que no piensa introducirlos, sino tirarlos.

—¿Tirarlos…? ¿Cómo dices…?

—Desde unos aviones, esos trillones de dólares serán lanzados sobre las ciudades más importantes de Estados Unidos: Chicago, Nueva York, Washington, Miami, Nueva Or…

—Sé cuáles son las ciudades más importantes —cortó Brigitte—. Lanzará esos trillones de dólares. Bien. ¿Y…?

—Es una cantidad tal de dinero, que rebasará las posibilidades de reserva de los Estados Unidos, naturalmente. Los billetes están tan perfectamente fabricados que la gente, los americanos corrientes, no sabrán distinguir los billetes falsos de los auténticos… Hasta que llegará el momento, muy pronto, rápidamente, en que todos los americanos ignorarán si su dinero es bueno o es malo. Los bancos, los bares, los teatros, los cines, la Bolsa de Comercio, los supermercados, las agencias de viaje, los vendedores de automóviles… Todo el mundo tendrá el temor de que el dinero que le den sea falso. Habrá tal cantidad de billetes falsos, que nadie querrá ninguno. Los periódicos comentarán el hecho, por supuesto. Y la noticia, inevitablemente, llegará a Europa a toda velocidad. Se harán especulaciones. ¿Los chinos, que quieren desequilibrar la tranquilidad económica de Estados Unidos? ¿O quizá los rusos están preparando alguna insospechada acción política, militar, científica…? Cada uno pensará una cosa… Y mientras tanto, Estados Unidos estará lleno de trillones de dólares falsos. Nadie los querrá… Y, por tanto, el pánico cundirá también en Europa… Todo el que tenga dólares querrá desprenderse de ellos. Con lo cual los dólares bajarán… Si ahora un dólar vale quinientas liras, dentro de una semana valdrá cien liras…, o mucho menos.

—Estáis locos —musitó Brigitte, que había palidecido—. ¿No te das cuenta de que estáis todos locos?

—Se puede hacer. «Dólar» dice…

—¡Ya sé que puede hacerse! ¡Pero no *debe* hacerse!

—Todo está preparado… Tres docenas de aviones arrojarán el dinero sobre Estados Unidos, simultáneamente en varias ciudades, luego en otras, en otras… Esos aviones, y sus pilotos, están esperando desde hace meses. Mientras tanto, a los ojos de cualquiera, incluso de la CIA, tales aviones forman parte de flotas

de líneas aéreas privadas. Una vez volcado todo el dinero falso sobre Estados Unidos, solo hay que esperar a que el pánico llegue a Europa, y que la gente empiece a desprenderse de su moneda americana. Solo que… no podrán vender o cambiar el dólar a quinientas liras, sino a cien, o cincuenta… Quizás a ciento cincuenta… Pero siempre por menos de una cuarta parte de su valor. Y entonces se produce la segunda parte del plan de «Dólar».

—¿Comprar dólares a cien liras? —musitó Brigitte.

—¡Exactamente! En toda Europa, tiene banqueros que están esperando el momento. Mientras la mayoría de los bancos, y cualquier clase de sociedades y personas se dedicarán a desprenderse desesperadamente del dólar, los dieciocho banqueros que están en tratos con «Dólar» se dedicarán a comprar, tranquilamente. En pocos días, pueden haber comprado cientos de millones de dólares, a una quinta parte de su verdadero valor. Luego, solo hay que esperar a que las cosas se arreglen, para lo cual el Gobierno norteamericano pondrá en marcha toda su fuerza… En quince días, todo habrá pasado… Y «Dólar» habrá ganado cientos de millones de dólares sin ningún riesgo, tan solo estando en combinación con banqueros franceses, suizos, alemanes, holandeses, belgas…

—Entiendo, entiendo… ¿Giulio Ferrani era uno de esos banqueros?

—Sí. Pero quiso traicionarnos aliándose con Leonitz, y…

—Esa parte ya la sé. Antonino, ¿te das clara cuenta de lo que puede pasar?

—No pasará nada.

—Por el amor de Dios… Esto podría desencadenar incluso la Tercera Guerra Mundial. El mundo está lleno de dólares americanos. Docenas de países negocian con ellos. Hay intereses internacionales: petróleo, armamento, importaciones y exportaciones, préstamos a países menos desarrollados, o simplemente préstamos amistosos, negocios de política, de industria, de agricultura… Ese caos monetario de los Estados Unidos podría llevar al mundo al desastre, ¿no puedes darte cuenta, de verdad?

Antonino Trieste quedó pensativo unos segundos.

—No sé… —musitó—. Quizá tengas razón. Pero solo por quince

días de caos…

—La Segunda Guerra Mundial necesitó muchos menos días. En solo tres, Alemania encontró dos enemigos poderosos. Unos pocos más, y ya se formó el bloque aliado contra el Tercer Reich.

—Bien… A fin de cuentas, ¿qué me importa a mí el «Dios Dólar», si nosotros nos vamos de él?

—Dime una cosa: ¿está todo el dinero aquí, en el… artefacto este?

—No. Hay reservas en una cueva de la costa italiana.

—¿Dónde exactamente?

—Solamente lo sabe «Dólar», por el momento. Pero todo está explicado en los archivos de la Sala de Reuniones. Hay mapas, nombres, cifras…

—¿Están los nombres de las líneas aéreas que van a intervenir?

—Sí.

—Pero las líneas aéreas no están enteradas de esto, ¿verdad? Solamente unos pilotos que han sido sobornados, y que están esperando el momento de actuar, con los aparatos que ellos pilotan… ¿Es así?

—Sí. Así es.

—¿Están también en los archivos los nombres de los banqueros de todos los países que van a intervenir en la compra de dólares americanos a bajo precio?

—Sí, sí. Está todo. Pero solamente «Dólar» tiene la llave que abre esa parte de los archivos.

—Habrá que quitarle esa llave.

—¡Pero tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes…! Si esperamos, ya no podremos marcharnos. Entraría en turno de vigilancia en la producción final, y ya no podría salir de la Sala sin llamar la atención…

—¿Qué es exactamente el «Dios Dólar», Antonino?

—Una gran nave de características especiales. Su construcción secreta costó veinte millones de dólares.

—¿«Dólar» tenía ya todo ese dinero?

—Encontró apoyo financiero de parte de esos banqueros que van a tomar parte en la «Operación Dólar».

—De modo que el «Dios Dólar» es, en definitiva, un submarino…

—Un submarino volador, en realidad. La verdad es que está

construido de acuerdo a las características de un submarino y a las voladoras de un dirigible.

—Un dirigible… ¡Un zepelín! ¿Es eso?

—Sí. Lo mismo navega sobre el mar, que bajo el mar, o por el aire.

—Fantástico… Absolutamente fantástico. Será una pena destruirlo.

—Ni lo intentes. Jamás podrías, Brigitte.

—¿No? Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Escapar, y dejar que «Dólar» consiga sus propósitos?

—¿Qué nos importa eso a nosotros? Nos amamos, Brigitte, eso es todo. Vámonos… y vivamos nuestra vida, solos, para siempre juntos. Mil y una noches…, o muchas más. Olvídalo todo y vámonos.

—Sí… —murmuró Brigitte—. Creo que tienes razón… Nos iremos cuando tú quieras, Antonino.

Trieste abrazó a Brigitte y la besó largamente en los labios. La separó de pronto y se quedó mirándola con ojos brillantes, acariciándola.

—Vendré a por ti dentro de una hora, amor mío.

Ella le besó dulcemente y sonrió.

—La hora más larga de mi vida, Antonino…

El italiano la soltó bruscamente, abrió la puerta hermética por medio del resorte que Brigitte no había podido hacer funcionar antes, a pesar de haberlo descubierto en la primera visita de Antonino, y salió de la cámara.

Entonces, Brigitte sonrió fríamente, despectivamente.

—Pobre muchacho —murmuró—. En ningún momento has tenido que olvidar que soy una espía implacable…

Una hora más tarde la puerta hermética se abrió, y Antonino apareció en el umbral, haciéndole señas para que saliese. Brigitte no se hizo rogar. Salió a toda prisa, encontrándose en la gran nave que era el tanque de agua del «Dios Dólar» para inmersiones. Todo estaba oscuro, excepto media docena de luces rojas que daban al lugar un tono siniestro, sombrío.

—Tengo preparada una esfera de salida en profundidad —musitó Antonino—. Camina con cuidado, poniendo los pies en los mismos sitios que yo vaya pisando.

—Sí.

Se deslizaron por el pasillo volante, hasta llegar a una escalera que les llevó hasta el borde del agua del gran depósito. Había allí un muelle estrechísimo, oscuro como boca de lobo. Sobre las aguas tamizadas de tono rojo se veía una de aquellas bolas de plástico transparente, abierta por la mitad.

—Entra con cuidado —susurró Antonino.

Brigitte obedeció. Se quedó acurrucada en el asiento, también de plástico transparente, ligerísimo. Vio el cinturón y comenzó a abrochárselo, pensando que aquella esfera, una vez en el camino de salida, debía de ir a toda prisa hacia la superficie, pero girando sin cesar, posiblemente…

Oyó de pronto, nítidamente, el chasquido. Un chasquido escalofriante, estremecedor. Alzó vivamente la cabeza y vio a Antonino, de cara a ella, cayendo, como arrugándose, igual que si sus piernas fueran derritiéndose. Y detrás de él, todavía con la barra de hierro alzada, Angela Lombarte, dispuesta a repetir el golpe…

—¡Angela, no…!

¡Crash!

La barra de hierro descargó nuevamente sobre la abierta cabeza de Antonino Trieste, reventándola más, salpicando sangre y masa encefálica a todos lados, aplastando materialmente contra el piso al guapo muchacho italiano, que quedó tendido boca abajo, casi desmenuzada la cabeza, colgando un brazo y una pierna hacia el agua.

Angela tiró la barra de hierro al agua y saltó a la esfera de plástico, empezando a atarse rápidamente el cinturón, mascullando:

—Nos vamos, niña. Yo te salvaré, no él. Yo te quiero más…

Brigitte no podía hablar. Dejó de mirar la destrozada cabeza de Antonino Trieste para mirar a la espantosa tuerta, que estaba ya cerrando la esfera. Luego accionó unos mandos, y la esfera empezó a hundirse, vibrando…

Y con la cabeza en mil pedazos quedó atrás Antonino Trieste, el guapo muchacho italiano que no había podido llegar a las mil y una noches de felicidad…

Capítulo XIV

La esfera había salido por un rectángulo abierto en un costado del «Dios Dólar», y luego, para asombro de Brigitte, dejó de girar, se estabilizó y se lanzó a una velocidad no inferior a las veinte millas por hora hacia la cercana costa, conducida por Angela Lombarte.

Atrás no quedaba nada, aparentemente. Negras aguas…, y eso era todo.

—¿Dónde estamos, Angela?

—Cerca de la costa italiana… Delante de nosotros está Viareggio. No tengas miedo, niña. Yo voy a llevarte conmigo a un lugar bueno.

—Antonino también quería salvarme…

—Deja a Antonino. Él siempre fue fiel a «Dólar».

—¿Y tú no?

—Yo tengo cosas que ansío más que ser fiel a «Dólar».

—¿Sabes una cosa? —musitó Brigitte—. Hubo momentos en que creí que tú eras «Dólar», que tú estabas en la cámara privada, haciendo hablar el robot…

—¡Yo! —rio Angela—. ¡Claro que no!

—Entonces… ¿quién es «Dólar»?

—Ninguno lo hemos visto, niña. Siempre hemos hablado con el robot, siempre… No sé quién es, ni cómo es… Ni me importa ya. Mira, ya se ve la costa.

—¿Y qué haremos ahora?

—Huir, huir… Tú vendrás conmigo. Tengo cerca de aquí una casita pequeña, donde vive un amigo… Y tengo algo de dinero, para llegar a Suiza, donde aún tengo más.

—No lo entiendo, Angela… ¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas? Yo comprendía que lo hiciese Antonino, pero tú…

—¿Querías a Antonino?

—Claro que no. Solamente le mentí, porque sabía que podría

conseguir que me ayudase.

—Eso está bien —rio la tuerta ásperamente—. Una mentira, si es útil, si es inteligente, está justificada. Las mentiras deben decirse cuando conviene, tienes razón.

—Angela, ¿tú me estás mintiendo en algo?

—Yo no, niña, yo no. Yo te quiero, ya lo verás. No hables más ahora… Estamos llegando a la costa. Tendremos que caminar un par de kilómetros, pero no importa, ¿verdad?

—No… No importa. ¿Es esto una radio, Angela?

—Sí… Pero no alcanza más de cincuenta millas.

—Cincuenta millas —musitó la espía—. Parece… desmontable… Sí, lo es. Si te parece bien, voy a desconectarla de vuestra onda, no sea que quizá por medio de alguna detección especial pudiesen encontrarnos los del «Dios Dólar».

—Sí, niña… Haz lo que quieras… Yo no he entendido nunca esos chismes, si no es para hablar. Tú haz lo que creas mejor, niña.

Brigitte había arrancado la radio del soporte del tablero de mandos, y la había abierto. Estuvo un par de minutos manipulando en ella, y por fin se volvió a Angela, diciendo con voz clara:

—No entiendo muy bien esta radio, Angela, pero, desde luego, parece que solamente puede alcanzar cincuenta millas, no más. ¿Estamos ya cerca de Viareggio?

—Muy cerca, niña.

—Pero si son aquellas luces, yo diría que te estás desviando hacia la izquierda, hacia el oeste… Ah, sí… A esa casa de un amigo tuyo que hay a un par de kilómetros de Viareggio, ¿no es eso?

—Claro, niña.

—¿La casa está junto al mar?

—En la misma playa. Es pequeña y fea, pero ya ves: ahora nos va a resultar útil.

—Eso espero. Sería estupendo llegar allí todos…

—¿Todos? ¿Quieres más gente que nosotras dos?

—He querido decir que será estupendo llegar allí. Aunque tendremos que correr mucho si queremos escapar a los hombres que envíen desde el «Dios Dólar», que está solamente a dos o tres millas mar adentro, sumergido. Fue una buena idea la de «Dólar» de hacerse construir una nave que es mitad submarino y mitad dirigible. De ese modo, puede siempre estar donde quiera, con sus

máquinas para imprimir dólares falsos…

—No hables tanto, niña. Estamos llegando. Brigitte dirigió una rápida mirada a la radio.

—En cuanto a la «Operación Dólar» de que tanto hemos hablado, es simple, en síntesis…

—¿Antonino te lo explicó?

—Sí… La «Operación Dólar» consiste en arrojar sobre las más importantes ciudades de Estados Unidos unos cuantos trillones de dólares falsos. Esto se sabrá en Europa muy pronto, se originará un caos monetario, los dólares bajarán, y unos cuantos banqueros europeos, concretamente dieciocho, comprarán los dólares al precio bajo que alcancen: de unas quinientas liras actuales, a cien o cincuenta; de sesenta pesetas, a diez o doce… De cuatro o cinco marcos, a uno… Y así todo…

—No sigas… Estamos llegando, podría oírnos alguien…

—Solo quiero demostrarte que Antonino me lo contó todo muy bien, Angela: Giulio Ferrani era uno de esos banqueros, y los nombres de los demás, así como los demás datos de la «Operación Dólar», están en los archivos de la Sala de Reuniones del «Dios Dólar», sumergido a unas tres millas de aquí, de Viareggia… Eso es todo, en síntesis, repito. Y ya no hablo más, Angela.

—Mejor… Mira, la playa… Ten mucho cuidado ahora, niña… Saltaremos al agua y hundiremos la esfera de emergencia. Nadaremos hasta la playa, y de allí iremos a pie hasta la cabaña de Luigi…

Se detuvieron, tendidas en la arena, a unas veinte yardas de la cabaña. El único ojo de Angela se movía velozmente hacia todos lados, como un ave de presa tuerta y hambrienta. Estuvieron esperando un par de minutos, silenciosas ambas… Tan silenciosas, que Brigitte habría jurado que llegó a oír, como lejos, apagado, el zumbido de un potente motor.

De pronto, Angela se llevó dos dedos a la bocaza y emitió un brevísimo silbido.

Apenas quince segundos más tarde, un hombre aparecía en la puerta de la cabaña; tras él, la luz de un quinqué recién encendido…

—¡Todo bien! —rio Angela, gozosa—. ¡Todo bien, niña! Vamos, te presentaré a Luigi, mi amigo. Corramos hacia la cabaña…

Echaron a correr las dos. Luigi se apartó, entraron las dos, y el hombre cerró la puerta inmediatamente. Se quedó mirando a Angela, y luego miró brevemente a Brigitte.

—Qué ojos tan hermosos tiene ella, Angela…

Brigitte frunció el ceño No le gustó el hombre. Era menudo, de ojos enrojecidos, barbudo, desaseado, y, al parecer, había estado durmiendo sobre un catre viejo, con unos mugrientos pantalones y un jersey oscuro, manchado en mil sitios… Quizá tendría sesenta años.

—Ve a hacer lo que ya sabes, Luigi —gruñó Angela.

—¿Ya ha llegado el momento? Sí… Porque son unos ojos muy bonitos, muy bonitos… ¿Me pagarás cuando vuelva, Angela?

—Te pagaré. Pero antes haz lo que ya sabes, y trae el coche.

—Iré corriendo, sí… Volveré muy pronto, antes de diez minutos.

—Está bien. ¿Tienes algo para comer y beber?

—Queso, pan y vino… Está allá —señaló una ruinosa alacena—. No os lo comáis todo, porque no tengo más…

—Yo te daré mucho dinero. Ve a hacer eso. ¡Corre!

—Sí… Voy corriendo…

Salió presurosamente de la cabaña. Angela se dirigió hacia la alacena, lo cogió todo y lo dejó sobre la mesa, vieja, coja, llena de suciedad y moscas.

—Yo no tengo hambre, niña, pero tú sí debes de tenerla. No me dejaban llevarte nada, y sé que Antonino tampoco lo hizo.

—Él tenía otras cosas en qué pensar —sonrió secamente Baby.

—Come, come… ¿O te da asco esto, niña?

—Me da asco… Pero sé que tengo que comer algo.

Eligió el queso, y estuvo mordiéndolo sin entusiasmo, pero notando el calor que su cuerpo necesitaba, después de casi dos días sin comer, y sin beber. Angela estaba ante ella, mirándola codiciosamente con su solitario y pavoroso ojo…

—¿Qué ha ido a hacer Luigi, Angela? —preguntó Brigitte de pronto.

—A buscar un coche. Lo necesitaremos.

—Sí… Pero tenía que hacer algo más, ¿verdad?

—No… Nada… Cosas sin importancia.

—Creo que me estás mintiendo.

—No, no… De verdad que no, niña. Come y descansa. Yo

vigilaré. Brigitte bebió un trago de vino, que resultó lo mejor de todo. El pan estaba durísimo, y el queso un poco agrio, sucio. Pero continuó comiendo y bebiendo, impasible, indiferente a esos detalles. Sabía que tenía que comer y beber, y eso era todo. No siempre se puede comer langosta y faisán, y beber Perignon 55… Ni dormir en un lecho de vicuña, ni bañarse con agua perfumada… Una espía de categoría tiene que sacar partido de todo. Y en aquellos momentos lo mejor era comer queso agrio, pan duro, y beber vino barato…

Angela se había sentado cerca de la ventana, y miraba hacia el exterior. Brigitte se sentó en el borde del catre, ya casi satisfecha, prudente tanto en comer como en beber, lo cual es obligado después de dos días con el estómago vacío. De nuevo le pareció oír el rumor de un motor, pero fue un instante. Quizás el aire había llevado hasta allí aquel rumor, desde muchas millas de distancia…

Estuvieron silenciosas las dos, esperando, hasta que sí fue seguro que se oyó el rumor de un motor. Angela se volvió una vez más, para mirarla, y comentó:

—Ahí viene Luigi, con el coche. Ya podremos marcharnos, niña.

—Está bien.

Brigitte se puso en pie. Por supuesto, no pensaba seguir los planes de Angela, sino apoderarse del coche y hacer lo que tenía que hacer. Esperaría a despedirse de Luigi, y ya las dos en el coche, esperaba poder desembarazarse de la tuerta, de un modo u otro… Cesó pronto el rumor del coche, y poco después Luigi entraba en la cabaña.

—Ya está, Angela El doctor dice…

—¡Calla!

—Pero le llamé por teléfono a Génova, y dice…

—¡Calla, te digo!

Luigi se mordió los labios.

—Bien… Bueno, dame el dinero ahora, ¿no?

—¿Dinero?

—Sí… Tienes que pagarme.

—Claro… Claro, Luigi, te voy a pagar… Es verdad.

Se acercó al hombre y, de pronto, sus manazas rodearon el seco y arrugado cuello de Luigi. No lo estranguló. Simplemente, lo empujó, hasta la pared, y golpeó allí tres veces su cabeza, que

chascó como un melón, partiéndose…

—¡Ya te estoy pagando, ya te estoy pagando…! —reía Angela.

Brigitte se deslizó hacia la puerta, comprendiendo que ninguna ocasión mejor que aquella para escapar con el coche se le podía presentar. Pero, cuando estaba a punto de cruzar el umbral, Angela se volvió, soltó el cadáver ensangrentado de Luigi y la empujó violentamente hacia el interior de la cabaña.

—¿Adónde vas? —gritó.

—A… Iba a esperarte en el coche…

—¡Mentira! ¡Querías escapar!

—No, no, Angela…

—¡Querías escapar, porque has oído a Luigi hablar del doctor que me está esperando hace tiempo en Génova, y has comprendido la verdad!

—¿Qué verdad, Angela…?

—¡No finjas! ¡La has comprendido, porque Luigi te ha dicho que tienes los ojos muy hermosos, y que ha avisado al doctor…! ¡Tú sabes lo que yo quiero de ti!

—No… No, Angela, de verdad. Vámonos, y…

—¡Ya no saldrás viva de aquí, porque querrías escapar de mí! ¡¡¡Y no voy a perder tus ojos, no!!!

Se abalanzó contra Brigitte, tan impetuosa, tan salvajemente, que la derribó, aplastándola contra el sucio suelo con su peso, sujetándola con sus manazas, rugiendo, babeando…

—¿No lo has comprendido? —gritó—. ¡Quiero tus ojos para tenerlos yo! He estado esperando mucho tiempo, buscando los ojos más hermosos del mundo… Hace años que un médico me está esperando, para quitarme este ojo que me queda y trasplantarme los dos que yo le lleve… He estado mucho tiempo esperando, y ahora tengo para mí los dos ojos más hermosos del mundo: ¡los tuyos!

Brigitte se contorsionó, hizo un violento esfuerzo por quitarse de encima aquella mole, pero Angela apretó más y más…

—No… No escaparás… —jadeó—. Quiero tener tus ojos en mi cara, y por eso te mataré y te llevaré al doctor, para que te los quite y me los ponga a mí… Iré a salones de belleza, me depilaré completamente, me compraré bonitos vestidos, y carmín, y maquillaje para día y para noche, y para tarde… Seré hermosa, con tus ojos… ¡Son tan grandes, tan bellos, tan dulces…! ¡Te mato

ahora mismo, y te llevo a Génova, para…!

La manita derecha de Brigitte consiguió quedar libre, tras un tirón que pilló de sorpresa a Angela Lombarte. Y aquella dulce manita, de apariencia tierna, golpeó de canto, horizontalmente, en plena garganta de la tuerta. Fue un golpe insuficiente para decidir nada, pero bastó para que Brigitte soltase su mano izquierda, asiera los cabellos de Angela y tirase fuertemente hacia un lado, quitándosela de encima, haciéndola rodar por el suelo…

Pero Angela Lombarte se alzó inmediatamente y corrió hacia la puerta, tapándola con su corpachón. Brigitte adelantó un paso, sin inmutarse. Esperaba que Angela se moviese, pero no lo hizo. La tuerta quedó allí, inmóvil, fijo en ella su ávido ojo, tendidas sus manazas rojizas hacia delante, casi temblando… Y de pronto saltó hacia Brigitte, asiéndola por la blanca túnica brevísima. La tuerta lanzó un alarido de placer y tiró con toda su fuerza, rasgando la túnica, arrancándola, tirándola a un lado al tiempo que se volcaba sobre Brigitte, inundándola con sus enormes pechos, cayendo su peluda boca sobre la de la espía, mientras sus manos se clavaban en la fresca y tersa carne…

Lanzó un espantoso grito cuando Brigitte mordió aquellos labios rodeados de gruesos pelos punzantes. Se separó de ella, chorreando sangre por la boca, pero enseguida volvió a la carga, con las manos por delante, pavoroso como nunca su único ojo.

La mano derecha de Brigitte se crispó en el cuello de la botella de vino. La alzó, y cuando Angela Lombarte se cernía de nuevo sobre ella, la descargó con toda su fuerza. La botella saltó en mil pedazos, y el vino se juntó con la sangre que brotó de la brecha abierta en la cabeza de la tuerta, que cayó de rodillas, chillando espantosamente. Brigitte echó a correr hacia la puerta, pero tampoco esta vez pudo llegar. Las manos de Angela la asieron por los tobillos, la derribaron, la arrastraron hacia ella, mientras no dejaba de gritar, de gritar…

Y la agente Baby tuvo que poner fin a aquella repugnante pelea. Cuando Angela todavía tiraba con fuerza de ella, para volcarse encima, la golpeó en una sien, en un terrorífico golpe de karate, que relajó un instante el increíble vigor físico del monstruo tuerto. Solo un instante, porque insistió en apretar a la espía, en abrazarla… Sus fuerzas eran ya escasas, sin embargo, y Brigitte se escurrió per

debajo, se colocó sobre su espalda y pasó un bracito por el descomunal cuello de Angela, apretando con todas sus fuerzas.

—¡AAAaaAAAggGGG…!

Un apretón seco aflojó todavía más la resistencia de Angela Lombarte. Luego, fue relativamente fácil para Baby acabar de estrangularla, lentamente, debido a la asombrosa resistencia de la mujerota feroz.

Por fin, derrengada ella misma, Baby cayó, jadeando, sobre el cadáver de Angela Lombarte, sobre la gruesa espalda carnosa y blanda.

Entonces, una voz de hombre dijo tras ella, en la puerta:

—Increíble… Pero cierto. Asombroso en suma, señorita Montfort. Ahora, volverá con nosotros al «Dios Dólar».

Capítulo XV

Brigitte se volvió lentamente, desalentada. Estuvo unos segundos mirando a los dos hombres que, desde la puerta, la estaban apuntando con sus pistolas.

—Bien… Temo que no habrá otro remedio…

—No, señorita Montfort, no lo hay. A «Dó1ar» le gustará saber exactamente cómo ha conseguido salir del «Dios Dólar». Aunque presumimos una traición, naturalmente.

—Dos —aclaró Brigitte—. Y estoy pensando que quizá podría haber dos más, señores.

Los dos hombres sonrieron. Pero antes de que pudiesen decir nada, apareció también Leonardo, sonriendo duramente

—Si acaso, señorita Montfort, tendrían que ser tres. Pero me temo que a mí no va a convencerme.

—Mala suerte… Cuando ustedes quieran, caballeros.

—Salga, por favor. Y otra vez que pelee con alguien, no permita que grite tanto. Si alguien la está buscando por determinado lugar, puede oír los gritos, y comprender dónde está.

—Es cierto… Angela gritó demasiado. Pero a veces lo que va mal para una cosa, va bien para otra.

—¿Qué quiere decir? —masculló Leonardo.

—Nada… Nada, Leonardo.

Estaban ya en el exterior. Había un pequeño espacio embaldosado con simples piedras. Luego, la arena hasta la playa. Y desde allí la espía pudo ver en el mar un helicóptero, que le pareció parte de la pareja que había visto en el «Dios Dólar». Recordó el rumor de un potente motor, y sonrió tristemente. Debió prestarle más atención…

—Desde luego —adivinó sus pensamientos Leonardo—: hemos venido en el helicóptero, y ahora regresaremos con él.

—¿Solamente salió uno, Leonardo?

—Los dos. Ahora, bastará una simple llamada por la radio para que el otro regrese al «Dios Dólar». Hacia la playa, señorita espía.

Le abrieron camino, colocándose a los lados, vigilantes. Parecían dispuestos a no confiar lo más mínimo en ella, después de haberla visto casi matar a Angela a golpes de karate, y luego estrangularla, eso aparte de lo que sabían que había hecho con *herr* Leonitz. No más descuidos con la agente de la CIA llamada Baby. Ni uno más.

Pero apenas habían dado una docena de pasos cuando se oyó una —voz, en áspero italiano, que pareció brotar del suelo:

—¡Tiren sus armas! —ordenó—. ¡Y no se muevan!

Brigitte se dejó caer inmediatamente a la arena, como si quisiera esconderse bajo ella. Sabía que Leonardo y los otros dos no se dejarían coger sin ofrecer resistencia, y alguna bala de las disparadas en la pelea podía acertarla a ella…

Cierto. Hubo pelea. Pero muy breve.

Leonardo lanzó un grito y se volvió de lado, hacia donde había brotado la voz… Como consecuencia de su movimiento desobediente, recibió un balazo en un hombro, que lo tiró casi encima de Brigitte, la cual se apresuró a saltar hacia él, pasándole un brazo por el cuello e inmovilizándolo sobre ella, como una protección, como un escudo… Los otros dos tuvieron menos suerte que Leonardo.

Uno de ellos recibió enseguida una bala en la cabeza, que lo tiró hacia atrás, con un grotesco salto. El otro recibió un balazo en el vientre, empezó a chillar con todas sus fuerzas, olvidado completamente de su pistola, y quiso empezar a correr… Un balazo disparado desde atrás le ayudó a dar los dos primeros pasos… Lástima que ya no dio ninguno más: cayó de bruces en la arena, con una bala en la nuca.

—¡No disparen más! —gritó Brigitte—. ¡Y vengan a sujetar a este!

Tres sombras parecieron brotar de la arena. Llegaron inmediatamente junto a la espía y Leonardo, y mientras dos de los personajes recién aparecidos alzaban y sujetaban a Leonardo, el otro ayudó a Brigitte a ponerse en pie.

—¿Está bien, Baby? —inquirió ansiosamente.

—Sí… Estoy bien, Simón. ¿Ha venido el señor «Europa»?

—No… Él está más lejos, con el grupo coordinador. Pero ya le

pasamos su mensaje, y ha dado la orden a todos los que participamos en esto para venir a este lugar. En menos de una hora esto estará lleno de compañeros de la CIA.

—Una hora es demasiado tiempo, Simón.

—Lo supongo. Tenemos orden de actuar sin discusión alguna bajo sus órdenes… ¿Qué hacemos?

—Lo primero de todo, darme un cigarrillo —sonrió Baby—. ¿Recibieron mi llamada?

—Desde luego. —El agente de la CIA dio un cigarrillo a Brigitte y se lo encendió—. ¿Qué pasaba, en realidad?

—La radio que utilicé para llamarlos desde el pequeño balandro, después de lo de Hermann Leonitz, se fue al fondo del mar, con el balandro, de modo que quedé incomunicada con ustedes. La última llamada la he hecho desde una especie de huevo de plástico…

—Había alguien con usted, ¿no es cierto?

—Una mujer…, o algo parecido. Pero, afortunadamente, no entendía nada de radios, y no se dio cuenta de que cambiaba la frecuencia y que les informaba brevemente de lo que sabía… ¿Han pedido aviones?

—El señor «Europa», como jefe de la CIA en este continente, se ha encargado de esos detalles. Creo que vendrán un par de submarinos de la Sexta Flota.

—No podemos esperar… No podemos esperar ni siquiera una sola hora, Simón, o el «Dios Dólar» desaparecerá, navegando bajo las aguas, o volando… Podemos estar buscándolo en el mar, y ese artefacto estar en lo alto de una montaña… Hay que actuar ahora.

—Ya me advirtió el jefe que usted empezaría a dar órdenes inmediatamente.

—El señor «Europa» me conoce bien. Y no simpatizamos mucho, precisamente.[2]

—Algo sé sobre eso. Bien… ¿qué hacemos?

Brigitte se quedó mirando duramente a Leonardo, expeliendo lentamente, con fruición, el humo de su cigarrillo. De pronto, lo apuntó con este, bruscamente.

—Esta es mi proposición, Leonardo —dijo fríamente—: usted me dice cómo entrar en el «Dios Dólar», y yo le perdono la vida.

—No la creo —musitó Leonardo.

—Escuche bien, porque no insistiré, ni repetiré nada: usted me

dice cuál es la contraseña para que me abran la escotilla para los helicópteros y ese artefacto salga a la superficie. Yo me voy, lo dejo aquí con uno de mis compañeros, y una hora más tarde, cuando lleguen los demás, será llevado a Istanbul. Allá, curada ya su herida, será dejado a su suerte. Yo creo que es una buena oferta. Su vida, a cambio… a cambio de nada, realmente. Tiene diez segundos para contestar.

Leonardo se mordió los labios. Dudaba, era evidente. Pero los ojos de la espía, fijos en él, le hicieron comprender que aquella mujer no estaba mintiendo. De modo que solo tardó cinco segundos en decidirse.

—Le diré lo que tiene que hacer exactamente para poder entrar en el «Dios Dólar» —musitó.

—Decisión afortunada, Leonardo. Vamos hacia el helicóptero.

* * *

El helicóptero, provisto de flotadores neumáticos, se elevó sobre las aguas, dejando abajo, en la orilla del mar, a uno de los agentes de la CIA, que cuidaría de Leonardo hasta el momento señalado.

Y en el aparato, la agente Baby estaba examinando el pequeño emisor de señales eléctricas.

—Parece que irá bien —musitó.

—No ha debido fiarse de ese hombre —gruñó Simón.

—Lo sé, pero no había otro remedio. Dentro de una hora, los del «Dios Dólar» ya estarían lejos, aunque fuese dejando atrás tres de sus hombres y un helicóptero. Hay que cazarlo ahora.

—Sí, sí, de acuerdo en eso. Pero… ¿podremos hacerlo, los tres solos?

—No lo sé, Simón. Pero nuestro trabajo consiste precisamente en intentarlo. ¿Se da cuenta de lo que pasaría si ese loco llamado «Dólar» consigue sus propósitos?

—Me doy cuenta. ¡Maldito loco del demonio…!

Iban a poca altura, apenas a cincuenta pies sobre las negras aguas manchadas de luz lunar. En todo cuanto permitía aquella visibilidad no se veía nada que pudiera parecerse a la descomunal mole del artefacto llamado «Dios Dólar».

—Voy a hacer la llamada eléctrica. Si Leonardo no nos ha

engañado, se encenderá una luz en el tablero de mandos privado de «Dólar», y este ordenará inmersión y autorizará la entrada del helicóptero.

Hizo la conexión, y segundos después una lucecita roja se encendía en el tablero de mandos del helicóptero.

—Autorizados… —suspiró aliviada Brigitte—. Pronto emergerá el «Dios Dólar»…

Lo vieron un minuto después, negro, enorme, flotando fácilmente sobre las aguas, apenas visible. Simón refunfuñó algo, y el otro agente hizo un comentario feo sobre los hombres que contenía aquella nave aéreo-acuática. Volando por encima del dirigible sumergible, vieron abierta una gran trampilla, en un lado. Evidentemente, tenía que descender, tomar horizontalmente aquella entrada y luego posarse sobre una de las plataformas, que, al carecer de agua ahora los tanques, habría descendido al nivel inferior del vientre del dirigible…

—No olviden esto, Simón: me esperarán en la cisterna de llenado para inmersión. Y si oyen mi voz por el circuito que desde la cámara de «Dólar» tiene que llegar a todos los rincones del dirigible, salgan de este. Para ello, solo tienen que utilizar una o dos de esas esferas de plástico, tal como les he dicho.

—Eso está entendido. Pero… ¿y usted?

—Yo… soy yo —sonrió Baby—. Y ustedes son ustedes. ¿Está entendido?

—Si usted no sale con nosotros…

—Creí que habían recibido instrucciones para obedecerme con toda exactitud y sin discusiones.

—De acuerdo —mascculló Simón.

Entraron en el «Dios Dólar», y la trampilla se cerró inmediatamente. E inmediatamente también empezó a entrar agua, con tal rapidez, en tal cantidad, que Brigitte comprendió que debía mantener el helicóptero suspendido mientras se realizaba la velocísima inmersión. No duró ni siquiera treinta segundos. Y entonces la agente Baby descendió hasta posarse en una de las plataformas.

En el borde del estrecho muelle, dos hombres con largas pértigas con ganchos sujetaron la plataforma, y la atrajeron hacia allí, lentamente. Dos hombres más, arriba, en el pasillo volante,

vigilaban la operación, pistola en mano.

—Todavía no nos han visto... —susurró Brigitte—. Es decir, no nos han reconocido. Lamentándolo, habrá que matar a los dos hombres de arriba. Uno para cada uno de ustedes. De los de las pértigas me encargo yo.

Simón y Simón asintieron con la cabeza, empuñando sus pistolas, mientras Brigitte abría la pequeña caja que contenía ampollas de gas y unas pequeñísimas gasas que cubrían apenas la boca, con adhesivo a los lados. Se colocó una rápidamente, esperó unos segundos más, y miró a sus compañeros, asintiendo con la cabeza al ver que ellos también se la habían puesto.

Inmediatamente, Simón y Simón saltaron a la plataforma, por un lado, mientras ella lo hacía por el otro. Ellos apuntaron hacia arriba, se oyeron dos suaves «plop»..., y mientras los dos hombres del pasillo volante se precipitaban hacia el agua, Brigitte lanzaba una ampolla de gas hacia los dos sorprendidos encargados de las pértigas, que perdieron instantáneamente el conocimiento. Uno de ellos quedó tendido en el muelle, y el otro se precipitó al agua. Mala suerte. Pero, al menos, no se daría cuenta de que moría ahogado.

Brigitte se despidió con un gesto y corrió escalera arriba, tras saltar al pequeño muelle. Llevaba en una mano la cajita con las ampollas de gas, y en la otra la pistola. A no dudar, las primeras le serían más útiles que la segunda, pero nunca estaba de más un arma de fuego, de acción directa y tan rápida como el gas.

Alcanzó la escalera de caracol que llevaba al segundo piso. Sabía que solo en este encontraría personal del «Dios Dólar», ya que el piso alto estaba destinado al almacenamiento de billetes falsos.

Llegó al segundo piso, esto es, el de en medio, y se sorprendió tanto como los dos hombres que casi chocaron contra ella. Solo que la estupefacción de ellos duró un segundo más... Reventó rápidamente la ampolla que llevaba en la mano, entre los dedos, y siguió adelante, apartándolos mientras se deslizaban hacia el suelo. Llegó a la cabina de recepción para los que llegaban desde el primer piso, y tiró otra ampolla justo en la rendija casi hermética, en el suelo. Por allí no podría entrar nada, ciertamente..., excepto el gas.

Inmediatamente, se volvió hacia la puerta que daba a la gran Sala de Producción, pulsó la llamada... y se encendió la lucecita

azul. Y justo cuando empujaba la puerta empezó a oírse, en todos lados, la chirriante voz del robot llamado «Dólar»:

—¡Atención todos! ¡Atención todos! ¡La espía de la CIA ha vuelto a bordo, pero no en calidad de prisionera! ¡Cuidado con ella, mátenla inmediatamente que la vean! ¡Mátenla inmediatamente!

Los hombres que trabajaban en las máquinas se habían vuelto sobresaltados hacia la puerta. El que manejaba el mecanismo para abrirla y cerrarla quiso hacer esto último, pero un disparo en un hombro lo tiró lejos de allí, rodando… Y al mismo tiempo tres ampollas de gas saltaban de la mano de Brigitte, que describió un arco, esparciéndolas.

En un segundo, las máquinas se quedaron funcionando solas, sin la vigilancia del personal especializado.

Brigitte dio media vuelta y salió de allí, de nuevo al pasillo.

Y ante ella, corriendo pistola en mano hacia la Sala de Producción, vio justamente a Andrea y Sibelius, los dos hombres que habían matado al agente de la CIA en Nueva York.

—Estabais advertidos —musitó Brigitte a través de la mascarilla antigás.

Alzó la mano y disparó por dos veces, tan rápidamente que los disparos parecieron un solo «plop» silencioso. Y como no en vano la agente Baby era una eficacísima tiradora, en el pecho de cada hombre apareció, justo sobre el corazón, una manchita roja… Estaban todavía cayendo trágicamente contorsionados cuando de las demás cámaras empezaron a salir hombres…, y ella tiró rápidamente cuatro ampollas, que obraron efectos fulminantes. Y luego, mientras se dirigía resueltamente hacia la Sala de Reuniones y cámara privada de «Dólar», la espía fue viendo, en las cámaras, los hombres tendidos en el suelo, desvanecidos por el gas que tan velozmente se extendía. En aquellos momentos, todo el segundo piso debía de estar completamente contaminado por el gas.

La puerta de la Sala de Reuniones estaba cerrada, pero ya no era momento de andarse con miramientos. De modo que Brigitte apuntó al centro de las dos hojas, justo en el cierre, y disparó por tres veces tras apartarse un par de pasos. Las puertas quedaron juntas todavía, pero se veía la rendija entre ellas.

Las empujó lentamente. Luego, empujó una sola, y lanzó dentro una ampolla. La penúltima. Hecho esto, entró resueltamente. Lo

primero que vio, como siempre, fue el robot, sentado ante la mesa, pero no le hizo el menor caso.

Fue hacia la doble puerta de la cámara privada de «Dólar», la probó, y se sorprendió al notar que cedía. Sonriendo fríamente, la espía abrió apenas una pulgada y tiró la ampolla dentro.

Luego, entró.

Y no vio a nadie.

Desconcertada, efectuó un rápido registro. Si «Dólar» estaba allí, por mucho que se hubiera escondido estaría en aquellos momentos bajo los efectos del gas… Había una gran cama, dos sillones, biblioteca, una escalera de fibra de plástico, desplazable, una mesa de despacho, un gran armario empotrado…

Pero, definitivamente, allá dentro no había nadie. No poco perpleja, la espía regresó a la Sala de Reuniones. Desde luego, tampoco allí podía haber nadie, en ningún lado. Se acercó al robot, cogió uno de sus brazos y lo alzó un poco. Estaba vacío. Quiso mirar los ojos, pero los cristales eran reflectantes, y no consiguió ver nada…

Desorientada, Baby decidió que lo mejor en tales circunstancias era dedicarse a los archivos. Tenía que conseguir los nombres de los banqueros europeos, de los pilotos comprometidos al lanzamiento de los dólares falsos desde aparatos de líneas aéreas privadas, el mapa que indicaba dónde estaba escondida la reserva de billetes falsos, en una cueva… Todo aquello tenía que conseguirlo.

Se fue directa a los archivos y manipuló igual que lo hiciera la primera vez ante ella Rikjavan. Tardó casi un minuto en conseguir que los archivos descorrieran su mecanismo invisible y secreto. Empezó a tirar de las gavetas metálicas…, desconcertándose cada vez más, ya que en ninguna de ellas había nada.

Excepto en la penúltima.

Se quedó mirando, fruncido el ceño, aquel pequeño aparato metálico, como una caja… Exactamente: una caja que debía de contener algo. La estuvo manoseando durante unos segundos… y se volvió de pronto, velozmente, lista la pistola. Habría jurado que algo se había movido a su espalda…

Pero no. Todo seguía igual, ni allí había nadie, excepto el robot «Dólar». Lo estuvo mirando unos segundos, hoscamente, pero al final encogió los hombros, y dedicó de nuevo su atención a la caja

metálica. Estuvo a punto de lanzar una exclamación cuando, tras darle varias vueltas entre las manos, la caja se abrió, de pronto, y un pequeño proyector cayó dentro de la gaveta.

Tiró la caja a un lado, cogió el proyector y lo accionó, apuntando hacia la pared. Efectivamente, era autónomo. En la pared apareció la imagen de un billete de veinte dólares. Luego, uno de cincuenta, de cien, de…

Se volvió rápidamente otra vez, cogiendo la pistola. Pero de nuevo la había engañado su sexto sentido, sus reflejos. No había nadie allí, tras ella.

Nadie, excepto el robot.

Otra vez fruncido el ceño, Brigitte continuó proyectando la película en la pared. Empezaron a salir rostros de hombres, y tras cada uno de ellos el nombre y dirección en Europa… ¡Lo tenía! Nada de fichas, ni de cualquier otro tipo de fichero. Una micropelícula era suficiente para contener todos los datos que…

Una vez más, Brigitte Baby Montfort, la más astuta espía del mundo, se volvió, empuñando la pistola. Algo se movía tras ella, estaba segura. No lo había visto, no lo había oído tampoco… Pero estaba segura de que algo se movía tras ella. Se lo decía aquel sexto sentido que tantas veces había salvado su vida…

Pero allí no había nada ni nadie que pudiera moverse. Nada, excepto el robot.

Los hermosos ojos azules quedaron fijos en el muñeco mecánico, duros, fríos, casi crueles en aquel momento.

—¿Puede oírme, «Dólar»? —preguntó de pronto.

—La oigo perfectamente, señorita Montfort. Y también la estoy viendo, además.

—¿Dónde está usted? ¿Desde dónde maneja ahora el robot?

«Dólar» contestó a la última pregunta con una áspera carcajada:

—Si le dijera esto, señorita Montfort, usted sería capaz de acabar incluso conmigo. Debo admitir que la menosprecié a usted.

—Es un gran error en el que muchos han caído. No se culpe demasiado por eso.

—Pues me culpo. Jamás me perdonaré a mí mismo que una mujer me haya obligado a hundir el «Dios Dólar».

—¿Hundirlo? —musitó Brigitte.

—Se está hundiendo en estos momentos. No sé cuándo ni cómo

podré recuperarlo, pero tendré que intentarlo, pasado un tiempo. Respecto a sus dos amigos que están en el estanque, temo que morirán dentro de unos pocos minutos. Exactamente cuando el estanque se llene completamente y el «Dios Dólar» se hunda hasta el fondo… Unos seiscientos metros, creo que hay por esta parte del mar.

—Pero entonces usted también morirá.

—Oh, no… Estoy en una cámara especial, que reventará cuando la profundidad de las aguas sea de doscientos cincuenta metros. Y al reventar esa cámara, el «Dios Dólar» todavía se inundará más, y se hundirá más rápidamente…

—Y usted con él.

—No, no… Yo subiré a la superficie, dentro de un traje especial. Como ve, lo tengo todo previsto. Especialmente, claro, mi fuga… para un caso como este. Usted sí que esta vez va a morir inevitablemente, señorita Montfort. Y nada le servirá de nada. Pero no crea que va a morir ahogada, no… Voy a tener el gusto de matarla personalmente de un modo… desagradable, ciertamente.

—Usted está loco —masculló la espía—. Así que, esté donde esté, puede hacer lo que guste. Yo no me voy del «Dios Dólar».

—No podrá salir de esta cámara con vida.

—¿No? —sonrió secamente la espía—. Pues vea si puedo o no puedo hacerlo, señor robot.

Se volvió, para tomar la cámara que contenía todo lo relacionado con la «Operación Dólar»…, y de nuevo captó aquel movimiento. Solo que aquella vez la mente de la espía estaba más alerta. Era como si, inconscientemente, por puro instinto, hubiera estado en todo momento al borde de la verdad.

Y allí estaba la verdad: mientras ella recogía la cámara, miraba de reojo hacia el robot, que se movió claramente hacia ella, ladeándose lentamente en el asiento y alzando uno de aquellos brazos vacíos.

Brigitte se volvió de pronto y se dejó caer al suelo justamente cuando de la mano del robot brotaba un chispazo eléctrico, y una especie de relámpago se extendía, se alargaba hacia el lugar que ella ocupaba un instante antes. El relámpago alcanzó el fichero metálico, que pareció ponerse al rojo vivo en una fracción de segundo, con un seco chasquido escalofriante.

Fue como si Baby comprendiera la verdad de pronto. Una de esas verdades era que nada conseguiría disparando contra el robot, de modo que se arrastró rápidamente por el suelo, alejándose del fichero al rojo vivo…, mientras el robot continuaba moviéndose, pero muy lentamente, muy mal… Era como si le faltasen las fuerzas, como si los brazos se doblasen, como si estuviese medio vacío y medio lleno…

Brigitte llegó sin dificultad a espaldas del robot, que seguía intentando encararse a ella. Pero la espía, sonriendo fríamente, pasó un brazo por el cuello del muñeco mecánico, atenazándola fuertemente.

—Puede disparar cuanto quiera, «Dólar». Ya no va a poder alcanzarme… Y le diré otra cosa: voy a estropear su traje especial, de modo que jamás saldrá de la profundidad del mar.

—¡Suélteme! —chilló una voz, aguda entonces, también procedente del robot—. ¡Suélteme, y salvaremos los dos la vida! ¡Puedo hacer que el «Dios Dólar» vuelva a la superficie, y…!

—Ya no le necesito para nada, «Dólar». Ya lo sé todo. Y si no lo cree, convénzase.

Dio bruscamente un giro a la cabeza del robot, con toda su fuerza. Se oyó un chasquido, y la cabeza dio media vuelta, quedando encarada a Brigitte. Dentro del robot se oían gritos, casi un llanto histérico, pero Brigitte continuó desenroscando la cabeza metálica, implacable, hasta que pudo quitarla del todo. El robot continuaba sentado, de modo que ella pudo echar un vistazo dentro del muñeco mecánico decapitado, de proporciones casi gigantescas.

Esperaba aquello, pero menos monstruoso. Dio un grito casi de espanto, vio la anilla de la cremallera interior, y pasando delante del robot la descorrió, hacia abajo, abriendo el traje especial por el centro…

Y un hombre diminuto, de apenas tres pies, con una cabeza enorme, salió rodando de dentro del robot, deslizándose por el suelo, gritando, aullando. Un hombre con una cabeza tan descomunal y deformada que la espía quedó poco menos que pálida de espanto ante aquel pequeño monstruo que apenas debía de llegarle por la cintura.

—¡Morirás! —chillaba el enano cabezudo, con voz histérica, y no ya metálica, ronca, áspera—. ¡Morirás tú, moriremos todos…!

Se tiró como un loco contra la mesa, y sus diminutas manos se aferraron con fuerza a una de las patas. A pesar de sus chillidos, la petrificada Brigitte oyó el chasquido eléctrico, y eso la obligó a reaccionar.

De un manotazo, apartó de la mesa al enano deforme, derribándolo fácilmente, quizás arrastrado por el peso de su enorme cabeza.

—¡Ya no podrás escapar, ya nadie saldrá vivo de aquí! ¡En menos de dos minutos, todos saltaremos en pedazos por…!

Estremecida de asco y no poco de miedo, la espía internacional alzó la pistola, apretó el gatillo… y la cabeza de «Dólar» estalló espantosamente, mientras el cuerpecillo raquítico salía como disparado, contra el fichero al rojo vivo. Hubo un chisporroteo, salió un humo blanco y negro…

Brigitte Montfort estuvo, como nunca, al borde del desmayo.

Notaba el estómago como vuelto al revés, el rostro frío, las facciones tensas, las mandíbulas encajadas… y al mismo tiempo sentía unos deseos irreprimibles de abrir la boca, de desahogar su angustia… Su último intento por evitar aquel malestar fue apartar la vista de lo que quedaba del diminuto «Dólar», el enano que había vivido dentro de un robot atlético, quizá queriendo ser grande, fuerte…

Se precipitó de pronto hacia la envoltura del robot, aquel traje especial que, sin duda, contenía todos los mandos de aquel siniestro mundo que era, el «Dios Dólar».

En efecto, tal como esperaba, en el centro del pecho, por dentro del traje, había un tablero de mandos eléctricos, a pilas solares. Había otros mandos, y clavijas y resortes en los brazos, una batería en un hombro…

—Dios… Dios mío…

El sudor apareció en el rostro de la mejor espía del mundo, mientras contemplaba todo aquel intrincado conjunto de mandos eléctricos. Se pasó la lengua por los labios, antes de apretar un resorte… Cuando lo hizo, un relámpago igual que el que había puesto al rojo vivo el fichero brotó de la mano izquierda del robot deshinchado. Desechó aquel botón, y su gemelo, que debía de ser para la otra mano. Estuvo quieta, intentando serenarse, durante cinco segundos, cerrados los ojos. Por fin, movió otra de las

pequeñas clavijas…, y no sucedió nada.

—Simón… ¿me oye?

Oyó su propia voz dentro de la Sala de Reuniones, y lanzó un grito de alegría, antes de ordenar, aullando:

—¡Simón, salgan de esta madriguera enseguida! ¡Utilicen las esferas de plástico, nos estamos yendo a más de seiscientas yardas de profundidad, y todo estallará dentro de minuto y medio! ¡Par el amor de Dios, salgan inmediatamente!

* * *

Simón y Simón, cada uno dentro de una esfera de plástico todavía abierta, se miraron, sobresaltados, pálidos.

—¡Afuera! —dijo Simón.

—Pero… ¿no la esperamos? —musitó el otro.

—Ya la has oído: salgan inmediatamente.

—Pero, Charlie, ella… Yo me quedaré a esperarla, tal como habíamos…

—¡Ella ha dicho que salgamos! ¡Y tú y yo vamos a obedecerla!

—¡Este trasto estallará en menos de minuto y medio!

—¡No importa! ¡Si ella dice que salgamos, nosotros tenemos que salir! ¿Estás seguro de que entiendes este aparato?

—Sí, pero…

—¡Salgamos!

Simón cerró su esfera, y el otro, tras breve vacilación, lo imitó. Inmediatamente, ambas esferas se hundieron, en busca de la salida de emergencia. Había un gran disco bajo el agua, que se oprimía con la propia esfera, y esta salía expulsada al mar… Tanto uno como otro espía notaron inmediatamente la tremenda presión: las esferas crujieron como si el plástico fuese a quebrarse como simple cáscara de huevo. Pero, afortunadamente, parecía que la resistencia de aquel plástico había sido bien calculada y lograda…

Y así, en medio de una tenebrosa, estremecedora oscuridad, los dos agentes de la CIA ascendieron rápidamente a la superficie del mar, frente a las costas italianas.

Una vez arriba, ambos alzaron la mitad superior de las esferas, y juntaron estas, mirando ansiosamente hacia el agua.

—Quizás… quizás ella logre salir también, Charlie.
—Por Dios, Dick, cállate ya —gimió el otro.
—No debimos dejarla que…
—¡Cállate! ¡Ella saldrá, es la agente Baby, ¿no es eso?!
—Pero alguna vez ha de…
El mar pareció alzarse de pronto bajo ellos, alzando las esferas de plástico, agitándolas; arrancándolas de allí y lanzándolas varias yardas lejos, girando en el aire hasta hundirse en el agua. Fue como si del fondo hubiese brotado una gigantesca burbuja de no menos de cuarenta pies de altura, de diámetro, que pudo con todo. Se formó una bola enorme, una ola espantosa, que sepultó a los dos espías por unos segundos, hundiéndolos, como aplastándolos contra la oscuridad del fondo del mar.
Luego, se formaron más olas, todas con cresta blanca, que brillaba como plata a la luz de la luna. Y otras olas, más pequeñas ahora. Y otras todavía más pequeñas, y más pequeñas… Hubo un remolino, como un embudo giratorio, que nació con mucha fuerza, pero que inmediatamente se calmó…
Quince segundos más tarde, el mar volvía a estar en calma, como si allí no hubiese pasado nada.
—¡Charliiiiieee…!
—¡Aquí estoy, Dick!
—¡Creo que tengo un brazo roto, o dislocado…! ¡Ven a ayudarme!
Se juntaron pronto los dos, y Simón-Charlie ayudó a Simón-Dick a sostenerse a flote, de nuevo sobre las aguas tranquilas, empapados, derrengados, heridos…, pero vivos.
—Este es el fin, Dick —musitó Simón—. Hay que olvidarlo todo y nadar hacia la costa. Ella tenía razón: el «Dios Dólar» ha estallado. Ya no queda nada… Ni siquiera la agente Baby.
—Charlie, lo siento, lo siento… ¡Ella no merecía…!
—¿Qué es aquello? —interrumpió Simón-Charlie, excitado.
—¿Qué…?
—Eso que flota ahí, a poca distancia… Parece… una bola de plástico, un globo hinchado… ¿Lo ves?
—No sé… Algún resto del «Dios Dólar»…
—Claro… ¡Se está deshinchando!
El globo de plástico estaba a menos de diez yardas de ellos, de

modo que pudieron oír el siseo parecido al de un escape de aire. Se plegó completamente, reduciendo su tamaño, quedando como un cuerpo sobre el agua.

—¡Simón! —oyeron—. ¡¿Están bien, Simón?!

Los dos espías quedaron petrificados, temblando inmediatamente de pura emoción.

—¡Por Dios bendito…! —aulló Simón-Charlie—. ¡¡¡Baby!!!

Algo se acercaba ya nadando hacia ellos, remolcando aquella cosa que parecía un cuerpo sobre el agua.

—Hola, Simón y Simón —saludó la espía internacional, alzando una cabeza metálica—. Les presento a «Dólar», pero es falso. El auténtico, junto con todo lo demás, quedó abajo. ¿Están bien, muchachos?

Este es el final

Simón, el de la floristería, fue introducido en el apartamento por la bellísima, simpática y pizpireta Peggy, que parecía un poco sobresaltada en aquella ocasión.

—¿Acaso Brigitte no está bien, Peggy?

—Sí… ¡Oh, sí!

—Bueno —Simón se tocó la corbata del esmoquin, agitando con la otra mano el ramo de rosas rojas—. Ella me dijo que alguna noche cenaría conmigo, y he pensado que ninguna noche mejor que esta, en que podemos celebrar su regreso de…

—¡Ssst! —chistó Peggy—. La señorita tiene otra visita.

—Ah… —se alarmó Simón—. Vaya, demonios, no sabía… Creo que lo mejor será que me vaya. No me gusta molestar…

—¿Quién habla de marcharse?

Simón se volvió como un rayo hacia la puerta del *living*, y sonrió como si le obligasen a ello.

—Hola, Ba… señorita Montfort.

—¿Qué tal, Simón?

—Bueno, pensé que esta noche podríamos salir, y…

—Oh, cuánto lo siento…

—Bueno, me voy, y ya…

—No, no… ¡Nada de marcharse! ¿Quiere conocer a mi otra visita?

—Bueno, no creo que…

—Sí, sí… Por favor, venga. —Brigitte cogió las rosas, las olió, y puso los ojos en blanco—. ¡Qué delicado es usted, Simón! ¿Cómo sabe que me gustan las rosas rojas?

—Bueno, siempre que… ¡Claro que lo sé! Usted siempre…

Simón se calló bruscamente. Allá dentro, en el *living,* estaba la otra visita, con una cajita de celofán en una mano, conteniendo una estupenda orquídea. Y Simón lo conocía muy bien, porque era el

recién incorporado a la Embajada soviética en Nueva York: Boris Neuliyev, el hombre al cual habían vigilado, buceado en su vida, en sus antecedentes personales de acuerdo a los datos facilitados por los agentes de la CIA en Rusia… Y no. No era un espía, no era un hombre de la MVD.

—El señor Boris Neuliyev… El señor Simón Simons —presentó la espía, sonriendo—. No se conocían, ¿verdad?

Los dos hombres movieron negativamente la cabeza. Neuliyev, el ruso, con sinceridad; Simón, el norteamericano, con toda la hipocresía del espía profesional.

Los dos se quedaron mirándose, vacilantes. Parecía que uno quería alargar la mano, también el otro… Pero no lo hicieron.

Simón carraspeó, y dijo:

—Tío Charlie ha tenido noticias de los parientes de Europa, Brigitte. La boda terminó felizmente en todos los sentidos.

—¿Y los parientes de América?

—Oh, también, también… Todo bien.

—¿No es estupendo?… —sonrió dulcemente Baby—. Todo es maravilloso… cuando todo acaba bien. Oh, Boris, muy bonita su orquídea.

—Emmm… Temo que esas rosas rojas son más espléndidas, Brigitte —musitó Neuliyev.

—De ninguna manera —masculló Simón—: es más bonita la orquídea. Tendré que tirar las rosas a…

—¡Aquí no se tira nada! —rio Brigitte—. Yo tengo la solución: la orquídea, para la salida de esta noche; las rosas rojas, para mi dormitorio durante el día, y la terraza durante la noche… ¿Conformes los dos?

—Por mí, encantado —sonrió Neuliyev.

—Bueno… —murmuró Simón—. Realmente, yo no puedo pretender que usted lleve una docena de rosas sobre el vestido…

Rieron los tres. Brigitte abrió la cajita de celofán, se prendió la orquídea sobre el despampanante vestido azul y oro, y se quedó mirando de uno a otro hombre.

—Por esta vez, saldré con dos guapos muchachos. Ninguno de ustedes merece el plantón. Otro día… Otro día, será otro día. Pero, hoy, me gustaría salir con los dos. ¿Conformes?

—Bueno…

—Sí… Claro, conformes…

—Entonces, por favor, dense la mano, que es lo que han tenido que hacer hace rato. ¿Acaso usted, Boris, tiene algo contra los americanos?

—No, no —exclamó Boris, como alarmado, tendiendo su mano.

—¿Y usted, Simón? ¿Tiene algo contra los rusos?

Simón tragó saliva y movió negativamente la cabeza.

—No… Por supuesto que no…

Se dieron la mano. Brigitte los miraba a los dos, con aquella dulce ironía que desarmaba a cualquier hombre. Por fin, riendo, tomó un brazo de cada hombre, llevándolos hacia la salida del *living*.

—¡Ah, si pudiese hacer lo mismo con todos los rusos y con todos los americanos, y con todos los hombres…! ¿No sería en verdad maravilloso? Un apretón de manos… *et voilá!*, todo el mundo a vivir en paz…

FIN

Notas

[1] Ver la aventura titulada *Demasiadas mujeres* <<

[2] El señor «Europa», jefe de la CIA en Europa, apareció en la novela de esta misma colección titulada *Operación Estrellas*. < <